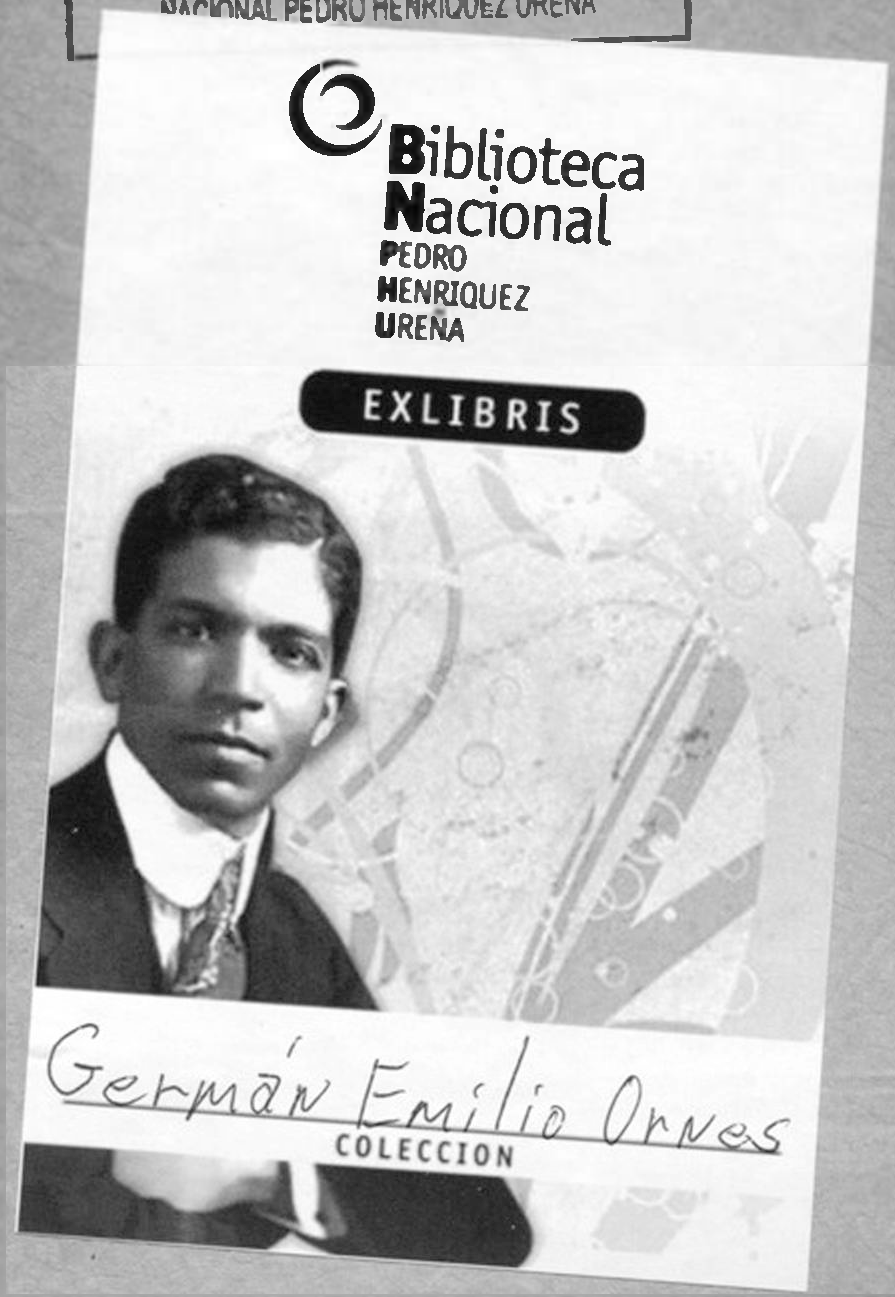
J. A. Osorio Lizarazo

El Bacilo de Marx

Los bacilos son los gérmenes patógenos que producen las más destructivas enfermedades de la humanidad: el bacilo de Koch, la tuberculosis; el bacilo de Hansen, la lepra; el bacilo de Marx, el comunismo.

BIBLIOTECA PERSONAL
GERMAN EMILIO ORNES
DONADA POR EL BANCO DE RESERVAS DE LA
REPUBLICA DOMINICANA A LA BIBLIOTECA
NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA



El Bacilo de Marx

BNPHU
PD-RV
335.4
O83b
Inv 2020/MFF
21614-20

BIBLIOTECA PERSONAL
GERMAN EMILIO ORNES
DONADA POR EL BANCO DE RESERVAS DE LA
REPUBLICA DOMINICANA A LA BIBLIOTECA
NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Es propiedad
del Autor.

BNPH

BNPHU
PD-RV
335.4
O63b
e.2

J. A. OSORIO LIZARAZO

EL BACILO DE MARX

Los bacilos son los gérmenes infecciosos que producen las más destructivas enfermedades de la humanidad: el bacilo de Koch, la tuberculosis; el bacilo de Hansen, la lepra; el bacilo de Marx, el comunismo.

Editorial "LA NACION, C. por A."
Ciudad Trujillo, D. N.,
República Dominicana.
1959

052528

I

LA DOCTRINA DE KARL MARX Y LA ESTRUCTURACION COMUNISTA

Desde un punto de vista enteramente práctico y positivo, sin pretender el descubrimiento o la descripción de los entronques filosóficos y de las valorizaciones imponderables, el origen y el proceso de las ideas sociales concebidas y expuestas por el judío alemán Karl Marx, nacido en 1818 y muerto en 1883, se puede encontrar en la Revolución Francesa, en la interpretación materialista de este acontecimiento y en las consecuencias transformadoras que produjo sobre el mundo.

La interpretación materialista pretende que el impulso determinante de la toma de la Bastilla en 1789 y los extremos sanguinarios del 93 fueron la honda miseria del pueblo, enardecida por la feroz insensibilidad de los privilegiados y por la insolencia del boato que éstos desplegaban. El hambre física que agobiaba el ochenta por ciento de la población francesa desencadenó las pasiones del odio, un odio insaciable, ciego y frenético, que alzó la guillotina y despertó los atroces ímpetus de exter-

minio que parecieron satisfacer plenamente los instintos del populacho.

Los investigadores científicos encuentran las raíces íntimas del movimiento en las doctrinas de la Enciclopedia y del racionalismo que socavaron los cimientos de la sociedad aristocrática y rechazaron tanto el derecho divino de los reyes como las prerrogativas de la nobleza. Al proclamar la igualdad natural y absoluta de los hombres, Rousseau, sus discípulos, sus intérpretes y aún aquellos de sus adversarios que aceptaron el postulado, rompían la tradición de siglos y colocaban la cuchilla sobre el cuello de la monarquía.

Durante la fiebre de la Revolución, los ideólogos y los filósofos, que en medio de la vorágine solían constituirse en verdugos a la manera de Robespierre, de Marat o de Saint Just, expresaron una serie de postulados políticos y sociales, algunos inspirados en aberraciones utópicas e irrealizables, y otros encaminados a excitar las desordenadas pasiones populares. De estas fórmulas, a partir de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano y siguiendo por la igualdad ante la ley y la identidad de oportunidades para todos los ciudadanos, la ilimitada amplitud de las libertades políticas y económicas, la restricción de los fueros del poder y de la autoridad públicos y la suprema consagración del individuo como esencia vital no solo de la sociedad, sino de la humanidad, se extrajeron, sin análisis ni adaptación, las normas y las ideas para la estructuración de los conceptos de libertad y democracia que inspiraron una transformación universal y que fueron considerados como verdaderas conquistas de la civilización. Sobre tales fundamentos se conformaron, especialmente, las Repúblicas latinoamericanas.

Pero ninguna de esas doctrinas tuvo consistencia ni efectividad, sino que se quedó dentro de los linderos de lo impracticable y se redujo a la hermosa teoría igualitaria y libertaria, arreglada expresamente para seducir a

los humildes y a los ingenuos. Al cabo de los años del Terror, del Directorio, del Imperio, el caos sanguinario se había arreglado y la sociedad estaba organizada de nuevo sobre la desigualdad y el privilegio. Simplemente, la riqueza y todas sus ventajas habían pasado de las manos de la aristocracia a las de la burguesía. Los postulados y las prácticas del equilibrio social y económico que reclamaban los miserables tan coléricamente en la Revolución, se habían disipado. Lo mismo en Francia que en todos los países deslumbrados por los arrebatos ideológicos de la Revolución, el pueblo siguió soportando el peso abrumador de la indigencia, sometido al arbitrio de una minoría explotadora que se había apoderado de todos los bienes. Ciertamente, ahora se podía demostrar, por lo menos teóricamente, que los humillados, los condenados a una vida ruin y miserable, cuantos se sintieran abrumados y defraudados, eran seres ineptos que no supieron nunca aprovechar las ventajas que ponían al alcance de su mano la igualdad de oportunidades y las libertades públicas.

De esta suerte se legitimaba con principios abstractos y rudos sofismas el inmenso y creciente poder de la riqueza y se defendía la lógica de sus prerrogativas. Además, las tesis científicas de la selección natural, el predominio de los fuertes, los imperativos del medio, la derrota de los desadaptados, pretendían enseñarles a los miserables a resignarse a sus penurias, que ahora podían explicarse filosóficamente.

El progreso de las artes y de las ciencias, financiado por la concentración de la riqueza, condujo al fenómeno económico y social que se ha definido como revolución industrial y que representa el comienzo de la victoria total de la etapa técnica en el proceso de la civilización occidental. Este fenómeno consistió, reducido a su mínima definición, en la suplantación del obrero manual por la máquina, cada vez más perfeccionada. El adelanto mecánico, el aprovechamiento de

energías físicas que antes se desconocieron y el ingenio de los inventores, transformaron los métodos de producción, con dos resultados inmediatos: el menor costo de las manufacturas con ostensibles beneficios de los patronos y capitalistas; y el superávit de brazos con la reducción de los salarios y la intensificación de la miseria, lo que hacía al capital cada vez más omnipotente, colocaba en sus manos todos los resortes del gobierno y de la administración, y lo investía de prerrogativas y privilegios más absolutistas que los de la orgullosa aristocracia abatida en la Revolución Francesa.

Naturalmente el Estado, sometido a la influencia preponderante de la riqueza y diluído en la serie de las teorías que aseguraban el predominio de ésta, era impotente para regular las dificultades que provenían del acelerado proceso manufacturero, para contener la excesiva ganancia del productor, para imponer la sistematización de los precios o para proteger en alguna forma a la clase trabajadora, cada vez más humillada y superflua.

La implacable desigualdad económica, apoyada por una legislación parcial que fortalecía el absolutismo de la plutocracia y oprimía a los desheredados, produjo un antagonismo irreconciliable entre los dos factores que en el ficticio y artificial sistema económico de equilibrio proclamado por el sofisma liberal deberían ser colaboradores: el capital y el trabajo. El capital consolidó hasta el exceso todos sus privilegios, se hizo cada vez más despótico e impiadoso, defendido tras un exasperado e intocable sentimiento de propiedad privada, y abandonó por completo al trabajador desalojado por la máquina. Ya no era el tiempo en que la producción dependía de instrumentos y herramientas elementales accionados por la fuerza muscular, sino que el vapor y la electricidad suministraban una energía ilimitada. Este desplazamien-

to sumergió al trabajador más aún de lo que estaba en virtud de su inferioridad económica y redujo al mínimo su valor económico. La miseria llegó a los extremos más degradantes y el triunfo del maquinismo exaltaba la omnipotencia y la suntuosidad del capital.

Bajo el signo de la desesperación y del hambre, ocurrieron en muchos países algunas sublevaciones. El poder público se apresuró a aplastarlas y a destruir con ferocidad los ímpetus de rebeldía de los insolentes miserables que al atacar los privilegios del dinero ponían en peligro la estabilidad del convencional orden social.

Los excesos inmisericordes del capitalismo, el total desamparo de los trabajadores y el contraste entre la extremada indigencia de éstos y la insensible soberbia de los ricos fueron circunstancias que formaron un ambiente propicio para la expresión de diversas teorías, unas compasivas y otras coléricas, que trataban de remediar tan ostensible iniquidad o que contenían gérmenes de rebelión. Algunas de ellas fueron enteramente ingenuas porque pedían el benévolo y espontáneo reconocimiento del valor fundamental del trabajo en la formación económica para devolverle su dignidad al trabajador, y otras se lanzaron abiertamente por los campos de la fantasía.

Fué entonces cuando, entre la agitación producida en algunos países europeos por la serie de llamamientos a una incipiente organización obrera y por la seducción de algunas teorías utópicas o excitantes, apareció en 1848 el "Manifiesto Comunista" redactado por Karl Marx con la colaboración de Federico Engels. Rápidamente traducido a todos los idiomas por ser la más positiva de las interpretaciones sociales expuestas hasta entonces, sus ideas fueron luego coordinadas en sistema en "El Capital" y en otros libros, y fueron la base fundamental sobre la cual se ha construído el co-

munismo que hoy amenaza a la más íntimas esencias de la civilización.

Partiendo de conceptos anteriormente expresados por otros teorizantes sociales, entre ellos el de Pedro José Proudhon, según el cual en todo salario, aún el más elevado, hay un fondo de despojo y de robo que representa la utilidad de la empresa, Marx sostuvo, entre otras cosas, que la única fuente positiva de riqueza es el trabajo, sobre el cual realiza el capital una constante usurpación; que el cambio de valor entre la materia prima virgen y la misma materia prima elaborada lo produce exclusivamente el trabajo, se denomina plus-valía y lo aprovecha injusta y absolutamente el capital; que todos los acontecimientos históricos están determinados exclusivamente por los factores económicos, y es lógico predecir, por tanto, el desarrollo de una sociedad o de una nación si se conocen sus circunstancias económicas, las cuales han de producir forzosamente determinadas reacciones colectivas psicológicas y morales, cuyo proceso está regido por las leyes del materialismo histórico, también enunciadas por Marx; que bajo un imperativo de justicia, el capital no podría subsistir por sí mismo, y por lo tanto, en virtud de la evolución natural, llegaría a desaparecer como una prerrogativa individual para convertirse en un bien de beneficio común, administrado por los trabajadores para el reparto equitativo de sus ganancias. Ahora bien, como el número de los desocupados y de los hambrientos crecía sin cesar en la proporción en que se perfeccionaba la máquina, la civilización actual estaba llamada a perecer en una rebelión feroz y vengativa que crearía un mundo nuevo, en el cual el ocioso y explotador capital quedaría sometido a la diligente iniciativa del trabajo creador.

Claro que estas tesis no fueron enunciadas con tanta simplicidad, sino en un volumen de varios centenares de páginas, ampliado posteriormente en libros,

folletos y conferencias, en los que estas afirmaciones fueron respaldadas por nuevas ideas y más penetrantes meditaciones. Pero los conceptos condensados en el mínimo esquema que se ha expuesto fueron el fundamento del comunismo moderno.

La prolijidad explicativa realizada por Marx y sus discípulos inmediatos hizo cada vez más compleja la teoría inicial, que fue revestida de silogismos y argumentos científicos y filosóficos, lo cual dificultó la simplicidad de la interpretación. El revestimiento excesivamente abstracto acabó por colocar las esencias doctrinarias por encima de las capacidades comprensivas del obrero común, a quien iba dirigida la exposición inicial del procedimiento marxista, la cual ha sido aplicada hasta hoy: la masa no necesita ser aleccionada, no necesita saber de qué se trata. La masa debe ser conducida a la desesperación, no por una teoría o por un principio, sino por el hecho práctico de su miseria y de su degradación, los cuales deben acentuarse para que se precipite a la acción como una fuerza ciega. Una masa conciente o ilustrada seguramente adquiriría un derecho a la opción, y esto la sumiría en dudas y cavilaciones. La técnica de acción marxista consiste en el estímulo y el cultivo de un odio social que conduzca a la destrucción y al arrasamiento, y el único elemento de convicción racional puede ser la confusa promesa de una nueva sociedad nunca bien definida sino con los ambiguos términos de justicia, amor y fraternidad, y en la cual cada uno ocupará el puesto que crea merecer.

La interpretación de la doctrina y su aplicación correspondió, pues, a los intelectuales, que deberían encargarse de conducir hacia el fin dado de una sublevación universal a la enorme fuerza que representaban las masas de desheredados y de exasperar su desesperación. Con poetas y escritores fracasados, instigados por temperamentos bohemios, que no habían tenido acceso a la exigente sociedad de entonces, no solo por lo exiguo de su

posición, sino por el desenfreno de sus vidas dadas al alcohol y a los vicios que en su sentir implicaban protesta contra la moral burguesa, se llevaron a cabo los primeros congresos y se redactaron los primeros manifiestos. En ellos fue definiéndose la "lucha de clases" en una forma que sobrepasaba la concepción de Marx, el cual la consideraba en cierto modo más como una consecuencia fatal e involuntaria de la conformación social que como un acto de rebelión intencional y organizada. Palabras y locuciones características del léxico revolucionario fueron mejor definidas y clasificadas no tanto en su valor semántico, como en su potencia dinámica. Así, la expresión "proletario" adquirió un sentido totalmente agresivo y desafiante, lo mismo que el vocablo "desposeído", el cual adquirió un objetivo intrínseco de reinvidicación, y otras muchas.

Otra fórmula de acción que desde los primeros agitadores se puso en práctica y continúa en vigencia, es la de interpretar con dialéctica marxista cualquier incidente espontáneo, cualquier situación o dificultad no provocadas que puedan conducir a despertar o intensificar la revolución. En desarrollo de tal estrategia las manifestaciones o desfiles de obreros hambrientos en muchas ciudades, originadas por la miseria y por la falta de trabajo, fueron aprovechadas para darles un sentido y una derivación teóricos y para ir adecuando las concepciones de Marx a una aplicación sanguinaria y violenta, como cuadraba a temperamentos subversivos y anárquicos. Fueron estos apóstoles de la acción sangrienta, del tipo de Rosa Luxemburgo, de Miguel Bakunin. de Augusto Bebel, de muchos otros agitadores que jamás ejercieron ningún trabajo manual, los que empezaron a aleccionar a los obreros sobre la violencia, el sabotaje y el atentado personal. Fueron los fundadores de los métodos de infiltración, que después, con la experiencia, han adquirido una técnica diabólica, sutil y proteica.

Durante varios años la doctrina inicial fué puliéndo-

se y sutilizándose mientras sus agitadores penetraban en los medios obreros y en las masas populares, sin grandes resultados prácticos, pero con valiosas adquisiciones experimentales sobre los métodos de producir el desorden, sobre la organización de la acción subversiva, sobre el valor y significado de cada factor económico y psicológico, sobre las leyes del ritmo y de la medida de la revolución. Los Congresos adquirieron categoría internacional, con el fin de plantear y expandir el sentido ecuménico de la nueva doctrina, y los agitadores se dispersaron por todos los países, organizando el descontento de las clases trabajadoras y excitando su rebeldía. En tales asambleas, como es natural, más que puntos doctrinarios, se discutían métodos de lucha, y se condensaba poco a poco el carácter absolutista que habría de adquirir esa entidad difusa, controlada en realidad por unos cuantos dirigentes y regida por una disciplina férrea que se denominó primeramente la Internacional Comunista, y que luego concretó en los partidos comunistas de todos los países, estrechamente vinculados entre sí, no solo por la ideología sino por la unidad de los procedimientos.

II

LA MISTICA Y EL IMPERIALISMO RUSOS

Durante los últimos años el siglo pasado y los primeros del presente fue realizándose la adaptación de la teoría marxista a la práctica de la lucha comunista. En Congresos, interpretaciones y propagandas se deformaron y se completaron algunas de las conclusiones del judío alemán, con el fin de hacerlas más dinámicas y efectivas. Y al estallar la guerra mundial de 1914, el desorden y el caos que desencadenó la intensidad destructiva del cataclismo fueron ampliamente aprovechados por los dirigentes y agitadores comunistas para acentuar su campaña de difundir entre las clases populares el gérmen de la anarquía social. En acuerdo con los métodos de lucha ya adoptados por los dirigentes, los argumentos principales para despertar el espíritu de rebelión no estaban tanto en el análisis y la exposición de teorías sociales, sino en promover el sentimiento de que el exceso de sacrificios que se imponía a los pueblos, los que además de soportar la miseria debían suministrar las víctimas, solo tenía por objeto la defensa de los intereses de la burguesía que los esclavizaba, que ahora les imponía

una contribución de sangre y de dolor, y que volvería a explotarlos en cuanto liquidara sus rivalidades.

Núcleos dispersos en distintas ciudades de Europa, unas veces aliados con revolucionarios de otras escuelas, como los socialistas o los anarquistas, y otras actuando en su propio nombre, trataban de provocar el espíritu de rebelión popular. Pero ninguno operaba con tanta diligencia y con mayor ímpetu como el dirigido por el ruso Vladimiro Ulianof, que había adoptado el nombre de Nicolai Lenin, y era un perseguido por la justicia común en todos los países. Llevado de su pasión demoledora, Lenin había establecido desde tiempo atrás la doctrina extremista de que todo crimen, toda traición, toda delincuencia, aún la más atroz, son loables y se convierten en virtudes si contribuyen en alguna manera a la victoria del proletariado y al arrasamiento total de la sociedad burguesa con los vicios y depravaciones que le atribuye Marx.

Refugiado en Suiza con algunos de sus secuaces, Lenin se había convertido en el centro primordial de la agitación comunista internacional. La mayor parte de estos secuaces eran también exilados o deportados rusos, perseguidos por el drástico despotismo zarista y por la terrible amenaza de los presidios siberianos. Esta circunstancia encaminaba hacia el imperio euro-asiático de manera preferencial los esfuerzos de la propaganda y atraía una constante información sobre el curso de la guerra en el frente oriental y sobre las posibilidades que las contingencias bélicas podrían ofrecer para lanzarse a una experiencia práctica. De todas las naciones que participaban en la contienda, Rusia era la más cruelmente castigada. La implacable severidad del clima, la espantosa miseria general, el hambre, las plagas y la desnudez en los campamentos, la ineptitud del gobierno para afrontar los problemas, la despiadada tiranía de que era víctima el pueblo, el predominio de ese campesino analfabeto y borracho que se llamó Rasputín, habían relajado la

moral de las tropas en el frente y de los trabajadores en las ciudades y aún entre la nobleza moscovita surgían señales de fatiga, no solo por la prolongación de una campaña de objetivos imprecisos, sino por los desastres de la Administración. El exilado revolucionario puso en práctica un plan largamente madurado, sobre la base de sus elásticas concepciones éticas. Al través de intermediarios hábiles pudo establecer contacto con el Estado Mayor Alemán y proponerle una negociación, según la cual se comprometía, si se le daban los recursos necesarios, a desarticular la organización militar y obrera de Rusia y a explotar la desesperación del pueblo y el descontento del ejército para derribar al régimen zarista y constituir un gobierno popular que firmaría una paz a espaldas de los aliados, lo cual le permitiría a Alemania concentrar toda su potencialidad en el frente occidental. Lenin aceptaba previamente una condición de vencido a cambio del dinero que recibiría y prometía inmensas concesiones, reservándose, en acuerdo con la moral comunista que predicaba, el derecho de traicionar también a su insólito aliado como traicionaba a su patria.

Trasladados a la frontera rusa a través de Alemania bajo la protección especial del General Ludendorf, Jefe del Estado Mayor, Lenin y sus acompañantes, entre ellos Trotzky, Bujarin y Zinovief, más tarde sacrificados por la implacable ferocidad de Stalin, encontraron el ambiente propicio que esperaban para su acción disolvente y en breve tiempo lograron la parte principal de su objetivo. La huelga general y la insurrección del ejército decidieron la abdicación del zar y la constitución de la breve república presidida por Alejandro Kerensky, cuya debilidad facilitó el propósito totalmente destructivo que llevaban los líderes comunistas. La austera y eficaz energía del judío León Broinstein, llamado Trotzky, logró improvisar un verdadero ejército, compuesto de desertores, de obreros y campesinos, a quienes se incitaba al asalto de las fábricas y de las propiedades rurales y al asesinato de

patronos y propietarios. En vano trató de organizarse una resistencia formal. El nuevo ejército rojo se impuso y durante largo tiempo reinaron la anarquía y el crimen, hasta que, al cabo de un período de confusión, logró concentrarse el poder y establecerse una disciplina cada vez más violenta, que partía del arrasamiento de todo lo que representara tradición y moral, y culminaba en el establecimiento del Estado Soviético.

Numerosas circunstancias contribuyeron a esta victoria que transformó la história del mundo. Además de la desmoralización a que había llegado el imperio, de la natural descomposición producida por la guerra y de los efectos de la propaganda derrotista hábilmente distribuida desde el extranjero, principalmente desde Suiza, es indispensable tener en cuenta esa poderosa vocación para el sacrificio y para el renunciamiento que es característica de la psicología rusa. Sociólogos y literatos han presentado siempre al pueblo ruso agobiado por el fatalismo y al mismo tiempo exasperado por la mística, capaz de someterse a las más crueles privaciones y de experimentar hondos sufrimientos por el dolor del prójimo. Esta alma compleja había combatido contra el zarismo desde los principios del siglo en un género de terrorismo personal llamado nihilismo, de nihil, nada, que fué exclusivamente intelectual y en cuyo nombre se cometieron varios atentados políticos. Pero este movimiento, dentro de su tendencia criminal, tuvo un carácter romántico, partía solo de la acción individual y carecía de las actividades proselitistas que hubieran podido conferirle a esa exaltación de autosacrificio un fin orgánico y un programa político. Y a pesar de que representaba una lucha intensa, el comunismo calificó siempre el nihilismo como una ridícula manifestación pequeño-burguesa, inspirada solo por un impulso individualista.

El comunismo, si bien se presentaba con la crudeza de una decisión demoledora y se lanzaba al arrasamiento total, se investía de una apariencia idealista, seductora para una psicología inclinada naturalmente al sacri-

ficio. Llevaba consigo una plan de reconstrucción universal para fundar una sociedad nueva, colmada de felicidad, inspirada en una fraternidad perfecta, en donde todo, las esperanzas y los bienes, las responsabilidades y los esfuerzos, serían comunes y jubilosamente compartidos. Nadie valdría más que otro, ni tendría más autoridad. No habría propiamente un gobierno, en el sentido burgués de este concepto, sino una administración absolutamente popular. Sería un mundo de justicia, de paz y de amor.

Este era el Estado ideal que el comunismo le proponía construir al pueblo ruso, al cual competía la responsabilidad de cumplir el destino maravilloso que le señalaba la historia, y que consistía en sentar las bases de una nueva humanidad. Y esta condición aparentemente mesiánica coincidía con el temperamento misticoide que caracterizó siempre lo mismo al rústico mujik que al obrero o al pequeño funcionario moscovita.

Pero trasladado el espíritu apostólico, que es un fenómeno psicológico ampliamente descrito por la copiosa literatura rusa del siglo pasado y principios del presente, al comportamiento histórico del país como Estado, como conjunto político, como entidad perdurable, adquiere las proporciones de la ansiedad expansionista característica de la raza mestiza y compleja que desde la época prehistórica comenzó a poblar las estepas, y que ha constituído la fisonomía invasora propia de todos los pueblos dominadores. Rusia entra en la historia hacia el siglo XI, cuando san Vladimiro se convierte al cristianismo y agrupa bajo su dominación las tribus dispersas de eslavos, varegos y escandinavos que habían fundado los primeros establecimientos en Kiev y Novgorod y se hace titular duque de Moscovia. Desde este punto de partida, la trayectoria de la historia rusa es una constante expansión territorial, proseguida por cada príncipe y por cada zar, impulsados por la ambición fundamental de añadir algo al imperio, cada vez más vasto. Solo durante el predominio de los tártaros de Genghis Khan y de alguno de

sus descendientes fue contenido el avance del poderoso grupo étnico que había irradiado desde las fortalezas de Novgorod. Pero destruídos los bárbaros invasores, los zares continuaron cumpliendo lo que en términos más contemporáneos se llamó "destino manifiesto", y el imperio se siguió extendiendo en todas las direcciones del horizonte, cubriendo gran parte de Asia y avanzando sobre Europa como una fuerza avasalladora.

Cuando el gobierno soviético sucedió al zarista, se impuso por el terror y el exterminio, rompió la organización secular del Estado y destruyó las múltiples esencias de la tradición, confirmó el "destino manifiesto" del expansionismo y con ello satisfizo el unánime sentimiento eslavo. El evangelio marxista, concebido inicialmente solo como una exposición de hechos apreciados según la peculiar percepción del judío alemán e interpretados según su dialéctica, y elaborado después como un plan de acción por Lenin y los demás próceres del comunismo, que lo adaptaron previamente a las circunstancias políticas, sociales, geográficas e históricas de Rusia como punto de partida, tenía un sentido internacional que lo convertía en un excelente instrumento para fortalecer y amplificar el imperialismo. En efecto, el comunismo proclamaba la abolición de las fronteras nacionales, especialmente de los países vecinos, lo que conducía simplemente a la absorción total, pues éstos quedarían sometidos a un régimen único cuya dirección suprema estaría en Moscú, de donde emanarían todas las expresiones de la fuerza y a donde desembocarían todos los esfuerzos de los pueblos. La organización que se dió desde el principio la Unión Soviética, concretada en un sistema de apariencia federalista, pero en realidad de un férreo e inexorable centralismo, fue más eficaz que el despotismo zarista para fortalcer la unidad del imperio. Los métodos de anexión que puso en práctica tuvieron una acción más positiva, porque el argumento de la fuerza física, agregaron los de la dialéctica, las promesas de riqueza para las clases trabajadoras y las presiones irre-

sistibles con la adopción de una técnica refinadamente científica y psicológica. El resultado fue la incorporación de casi todo el Medio Oriente y la consolidación del feroz centralismo del Kremlin, cuya política denuncia la inextinguible ambición de un dominio cada vez mayor, y el impulso del mismo sentimiento imperialista que inspiró la de Iván el Terrible, la de Pedro el Grande o la de Catalina II.

Este imperialismo ruso ha sido siempre, pues, una característica nacional, como lo fueron en su hora el romano, el germánico, el arábigo, el español, el británico y el norteamericano. No importa que el gobierno esté controlado por un príncipe de antiguo linaje o por un obrero de mínimo origen. La ambición anexionista es un irresistible instinto de la raza eslava, que ha aceptado al marxismo como instrumento, de la misma manera que en otro tiempo utilizó la denominación religiosa y más cuando este instrumento actúa como avanzada de innumerables ejércitos poderosamente equipados con bombas atómicas y con cohetes dirigidos.

Todas las circunstancias mencionadas, unificadas en una dinámica acción despóticamente comandada, centralizaron en Rusia la práctica de las ideas marxistas, reformadas en acuerdo con las conveniencias y sobre todo en acuerdo con la necesidad de inmediata ejecución, y permitieron la elaboración de un plan capaz de perturbar el mundo y de elevar a escala universal el espíritu imperialista que es característico de la historia rusa, bajo cualquier régimen o dominio.

III

LA PROPIEDAD COMUN

La base fundamental de la sociedad que debía resultar de la teoría económica y social de Marx llevada a la práctica, una sociedad sin clases, ni privilegios, ni límites para la expansión de la personalidad, sería la abolición de toda propiedad privada que diera margen a la explotación del hombre por el hombre. Puesto que es el trabajo el que vivifica y valoriza, es a los trabajadores en común a quienes pertenecen todos los bienes que son fuente de producción, como las fábricas, los talleres, la gran propiedad rural. Suprimidos el capital como base de explotación y los patronos como ejecutores y usufructuarios de ésta, los trabajadores toman posesión de los bienes y desde entonces su esfuerzo será para su exclusivo beneficio, todos tendrán lo necesario y nadie lo superfluo y el mundo se deslizará en medio de la unánime felicidad y de una inquebrantable fraternidad, porque nadie podrá experimentar los efectos de la codicia de los bienes ajenos, ni se sentirá tan humillado que ansíe rebelarse.

Esta es la teoría, tanto más atractiva para los trabajadores cuanto más simplemente expresada. Para llevar tan lisonjero porvenir a la práctica era preciso empezar por el desquiciamiento de la organización capitalista con sus sistemas de explotación. Y no solamente para gravar al capital con compromisos que le dificulten sus preeminencias y acaben por destruirlo, sino como un avance de las seguridades y de la felicidad que espera a los trabajadores cuando sean copropietarios de la economía, los agitadores revolucionarios, desde antes de la revolución bolchevique, lo mismo que lo hacen ahora en otros países, excitaban a los obreros a exigir de las empresas todos los beneficios posibles; disminución de las horas de trabajo, aumento de salarios, recreaciones, auxilios especiales para todas las contingencias, libertad de asociación incluso para conspirar y otras ventajas similares que arruinan a las empresas y producen el desempleo. Es con este sistema como los obreros se colocan en los umbrales del nuevo mundo y se aprestan a tomar posesión de la propiedad conquistada y a disfrutarla en paz y dicha inagotable bajo el régimen de la comunidad.

Al apoderarse de la revolución de 1917 y encabezar la destrucción total que fue su primer propósito, el partido comunista asumió la responsabilidad de ejecutar la teoría marxista desde el gobierno y ponerla en acción. Empezó a hacerlo, encontrándose con inesperados e insolubles problemas de hecho. La huelga general, las matanzas callejeras, la destrucción de las fábricas y el sabotaje de los transportes, y más tarde, el saqueo y el incendio de las ciudades y el asesinato de todos los propietarios y burgueses trajeron consigo un colapso total de la exánime economía rusa, que desembocó en el hambre y en la indigencia totales. Al tratar de imponer un poco de orden y de método, y proclamada ya la república socialista de los obreros y de los campesinos, con el símbolo de la hoz y el martillo, lo que fue lográndose especialmente bajo la terrible dirección del propio Lenin y de León Trotzky, el partido exigió esfuerzos y sacrificios

que se anunciaban como de carácter temporal para consolidar la gran victoria del pueblo y para organizar el nuevo sistema económico y social.

En tal virtud se procedió a la adopción de medidas extremas, mientras se reconstruía todo lo que había sido arrasado, se reglamentaba la producción y se fijaban normas para la distribución de las utilidades entre los trabajadores, conforme a la teoría marxista. Las jornadas de trabajo fueron ampliadas a doce y catorce horas, en lugar de las ocho prometidas. Los salarios fueron eliminados, porque el obrero no vendería su trabajo, sino que recibiría directamente su participación proporcional en el rendimiento de la propiedad común. Las mujeres, que serían dignificadas en el Estado ideal, debían cooperar en la misma medida que los hombres en la nueva organización, a fin de que no recibieran sus beneficios como una merced, sino como un derecho adquirido. Como en la vorágine inicial de la destrucción se había arrasado todo, faltaban víveres, ropas y alojamientos y era indispensable, por lo tanto, que el pueblo se sometiera a algunas privaciones alimenticias, siguiera soportando las calamidades de la intemperie y tuviera que aglomerarse bajo los escasos techos útiles en camaradería y promiscuidad.

Así comenzaba la dictadura del proletariado, anunciada como el nacimiento de un mundo nuevo y justiciero, de donde sería extirpada toda desigualdad para ser reemplazada por una fraternidad universal.

La situación de emergencia tuvo que irse prolongando, la miseria y la escasez aumentaron sus rigores, la producción no recuperaba su ritmo, las maquinarias habían sido averiadas. En breve, las altas directivas del partido echaron de ver que la administración de la propiedad común de fábricas, talleres y tierras no es tan sencilla como se enuncia en la alucinada teoría de Marx. Se comprobó que ninguna obra colectiva puede hacerse sin una dirección técnica y un método de trabajo, y que éstos no pueden actuar sin un reglamento que distribuya

las responsabilidades y sin una autoridad que lo haga cumplir. Se comprobó igualmente que la producción debe ser coordinada y armónica en el rendimiento de los distintos frentes industriales y agrícolas, y como los propietarios privados habían sido eliminados y el sistema de cooperación capitalista era una de las monstruosidades que debían suprimirse, correspondía al partido comunista, que ahora era el Estado, como intérprete y ejecutor de la ilusionada doctrina, asumir la dirección suprema y dictar los reglamentos. Para cumplir tal fin necesitaba funcionarios suficientemente enérgicos, capaces de imponer el orden y la disciplina, contener cualquier oposición, ahogar el descontento y aplicar sanciones extremas para convencer a los obreros de que estaban trabajando en su propiedad común, y de que las medidas restrictivas eran provisionales. Necesitaba expertos y técnicos que fijaran la calidad y la cantidad de la producción, y que estaban también colocados por encima del obrero común, puesto que actuaban como jefes. Necesitaba, finalmente, coordinadores de la producción para engranar las labores de los talleres o de las usinas. Y como le era indispensable mantener la suprema dirección de todas las funciones, a fin de que la empresa unánime de construir un mundo nuevo no se desviara de los propósitos y de los planes ideados por Marx y empezados a cumplir por Lenín, resultaba un mecanismo y un engranaje cuyo ínfimo elemento era el ufano copropietario, el cual descendía a un nivel mucho más bajo que el que ocupaba bajo el abominable sistema burgués.

En efecto, en un régimen capitalista constituído bajo los principios liberales que predominaban en el mundo, el Estado sólo puede intervenir en proporción muy limitada en el régimen interno de la producción, y regula las relaciones entre patrono y obrero con una legislación, muchas veces insuficiente o inoperante, pero que tiende a sujetar al propietario al cumplimiento de algunos deberes y da derecho al desheredado para acudir a la justicia. Es evidente que ésta no siempre se

muestra estrictamente imparcial, y que con frecuencia la aplicación de las normas no es perfecta en todos los casos particulares. Pero hay un sistema en cuya virtud nadie queda totalmente inerme ante los desafueros ajenos. El capitalista y el empresario están sujetos a obligaciones a veces severas respecto de sus subalternos y éstos se hallan protegidos por leyes expresas.

En cambio, en la sociedad comunista, constituída expresamente para administrar la propiedad común, el trabajador está más estrecha e indisolublemente ligado al compromiso y al deber. Es el objeto de una vasta conspiración de mentira, de engaño y de explotación. En lugar del antiguo patrón autónomo, tiene que humillarse ante una serie encadenada de funcionarios aterrorizados ante la imponencia inexorable del partido y del Estado. La ficción y la entelequia en virtud de las cuales el copropietario delega voluntariamente sus derechos y su representación en el Estado para la mayor eficacia en la administración de la propiedad común, convierte al Estado en el único capitalista y le confiere poder suficiente para dominar sobre sus mandantes en forma absolutista y unilateral, establecer reglamentos agotadores y decretar sin límites ni restricciones las condiciones del trabajador. Para imponer sus decisiones, que son inapelables, dispone de la fuerza pública y de las sanciones judiciales y policivas, que se convierten en instrumentos de terror. La ficticia propiedad común exige que el obrero encaje en ella como un artefacto impersonal, que no puede quejarse, ni arrepentirse de la delegación que confirió, ni reclamar sus derechos de copropietario, ni siquiera elegir el sitio para trabajar o el oficio que desea desempeñar. Y como el partido comunista comprende que estas resistencias multiplicadas conducirían al desorden de la producción y a la anarquía del trabajo, debe refrenarlas enérgicamente y en efecto las refrena con la prisión, la tortura, la mutilación o la muerte.

Si estas fueron las características de la administración de la propiedad común en las ciudades, en el campo

agrícola se hicieron tanto más crueles y drásticas, cuanto que era indispensable reglamentar de preferencia y con mayor severidad la producción y distribución de víveres como base para cualquier otra actividad constructiva. Ya es sabido que durante el período proselitista, lo mismo cuando se planeaba la revolución bolchevique que ahora cuando se trata de darle alcance universal, el comunismo y sus agentes prescinden ligeramente de la teoría marxista sobre la propiedad común, y fingen excepciones acerca de la tierra, porque la psicología campesina se funda esencialmente sobre la propiedad privada, así sea de una parcela mínima. En tal virtud, para excitar el sentimiento revolucionario de los peones rurales, perpetuos desheredados, se proclaman como prospectos comunistas la distribución de la tierra, la fragmentación del latifundio, los auxilios oficiales para la pequeña agricultura y el reemplazo de los grandes cultivos por los domésticos y familiares, y se les incita a arrebatarle estos beneficios al capitalismo.

Pero el Estado comunista no puede marchar dejando abandonada la producción agrícola a la iniciativa de los campesinos, mientras dirige la industrial. El concepto de propiedad común se hace extensivo también a la tierra, que no puede ser una excepción sino para efectos de propaganda, y la propiedad común no es compatible con el minifundio ni con la parcela. En la etapa inicial de la consolidación bolchevique pudo eliminarse fácilmente y con unánime complacencia el poder absoluto del latifundio anterior, y como la población urbana necesitaba alimentarse, así fuera precariamente, y no podía adquirir los víveres, el Estado se encargó de recoger las cosechas, transportarlas y distribuirlas. Los pequeños campesinos o kulaks debían entregar a los funcionarios fiscales la totalidad de su producción. Pero surgieron el contrabando y el ocultamiento y llegó el momento en que se hizo indispensable poner en vigencia la colectivización o sea el régimen de la propiedad común de la

tierra. Esta colectivización afectaba a cerca de seis millones de kulaks, quienes no podían sustraerse al instinto campesino de la posesión y resistieron al despojo. Comenzó una matanza sistemática, una verdadera guerra civil contra los indefensos labriegos, en nombre de la propiedad común, de la igualdad y de las fraternales promesas del paraíso que había concebido el judío alemán. Se consideró la liquidación total de los kulaks como una operación esencial e inevitable, y se llegó a ella por todos los recursos de la violencia. Como el exterminio comprendía también a las familias de los labriegos, el número total de víctimas ha sido calculado en diez millones.

La producción agrícola se organizó entonces en las llamadas granjas colectivas o koljoses, donde los funcionarios del Estado ejercen la más inexorable tiranía sobre los trabajadores rurales. Algunos de ellos fueron antiguos pequeños propietarios. Nadie tiene derecho a disponer de un garbanzo, porque violaría la propiedad común. El Estado recoge las cosechas, y de ellas, lo mismo que de la producción pecuaria, no les queda a los labriegos ni lo necesario para sus mínimas necesidades. El trabajador del koljós padece más hambre y miseria que el más envilecido peón del mundo capitalista, porque además de estar sometido a la más cruel explotación, se estremece bajo la angustia del terror.

En suma, la ficticia propiedad común sólo puede funcionar bajo la dirección única y el poder omnipotente del Estado, que debe construir un bloque inconmovible y totalitario, el cual comprende toda la potencialidad de la nación: las instituciones, las fuentes económicas, la estructura social, y sobre todo, el capital humano, que reduce al individuo a la categoría de un mecanismo fácilmente reemplazable, de una célula dentro de un organismo biológico; y en esta anulación culmina la pretendida propiedad común de todos los bienes de producción.

Este es el proceso ineludible que debe recorrer la

aplicación a la práctica de la teoría marxista, y la revolución bolchevique, por la fuerza de una lógica imponderable, tuvo que seguirlo. No hay otro camino para lograr alguna organización en las funciones directivas y administrativas de la propiedad común.

IV

EL TRABAJADOR ESCLAVO

A medida que se multiplicaban los problemas surgidos con la administración de la propiedad común, las severas restricciones que los dirigentes de la Revolución bolchevique impusieron como provisionales, y sólo mientras se procedía a la organización de la producción, adquirían un carácter más drástico y extremado. Muy pronto se vió que si el Estado comunista no adoptaba una consistencia monolítica definitiva en todos los órdenes de la vida no podría subsistir, y que sólo bajo una dirección absolutista y fuerte le era posible coordinar la nueva economía. En poco tiempo la "dictadura del proletariado" se había convertido en la más feroz y opresora de las tiranías, bajo la cual el trabajador ilusionado con la famosa propiedad común, quedaba absolutamente esclavizado.

Con el fin de crearse un organismo que ofreciera las máximas seguridades y la más estricta disciplina, los altos dirigentes consideraron oportuno fortalecer la estructura del partido comunista, en cuyo nombre se había

hecho la revolución, e identificarlo con el Estado. En realidad, en los primeros tiempos, el comando absoluto correspondió a los seis líderes primordiales colocados por encima de todos los mecanismos que trataban de encontrarle sentido a la idea marxista. Estos líderes eran Lenín, Trotzky, Kamenev, Bujarin, Zinoviev y Sverdlov. El último fue reemplazado por Stalin poco después de su muerte, en 1919. Estos seis personajes eran el partido comunista y el gobierno, y sobre ellos predominaba la poderosa voluntad de Lenín, que, en último término, encarnaba la totalidad del poder supremo y único, fortalecido más tarde hasta sus últimos extremos por Stalin para su dominación feroz e inexorable.

Pero para efectos de difusión internacional y de psicología interna, se mantuvo la existencia del partido como una entidad múltiple, dinámica y actuante, reglamentado por un criterio de exclusivismo. En sus filas no pueden penetrar sino los militantes de larga trayectoria, con amplias ejecutorias de sacrificio y abnegación en las cuales han comprobado la posesión de una mentalidad incorruptible, de una sumisión inquebrantable y de una perfecta liberación hasta del más recóndito prejuicio burgués, como la piedad, el afecto o la amistad. Y puesto que esa autoridad no debía ser discutida ni pesada por la inmensa masa explotada para beneficio de la famosa "propiedad común", el partido se rodeó de ciertas investiduras litúrgicas, de cierta solemnidad mística y se hizo inasible, impreciso, indefinido, puesto que a la masa, incluso a la internacional, sólo trascienden unos cuantos nombres con apariencias directivas, pero que en realidad están aterrorizadamente sometidos al déspota supremo, sujetos a constantes purgas, en las que desaparecen cuantos vayan adquiriendo algún síntoma de personalidad propia, y obligados a cumplir las más insensatas órdenes, que no pueden ser discutidas, ni siquiera analizadas. Sólo una obediencia ciega y un renunciamiento integral de su condición humana les permite seguir viviendo; porque los ojos de los censores

y de la policía política están fijos en la conducta de los flamantes miembros del partido, y cualquier titubeo, incertidumbre o presunción los hace culpables de desviacionismo y otros crímenes atroces que los conducen ante el pelotón de fusilamiento.

Se ha creado una ficción según la cual este partido, así constituído, es el resorte supremo del Estado comunista. En realidad, solo sus miembros activos pueden ocupar los puestos de jerarquía en la burocracia y en la dirección técnica. Solo ellos pueden desempeñar funciones administrativas, ejercer profesiones liberales o realizar investigaciones científicas; y su posición excepcional está compensada con una serie de preferencias especiales en los salarios, en los racionamientos de víveres y vestuario, en el alojamiento, en los transportes, mientras la inmensa masa humana que se agota en los talleres, perece de inanición en las fábricas, se congela en los largos y gélidos inviernos rusos y está sujeta a las más crueles privaciones. Ciertamente, las ventajas de que disfrutan los miembros del partido deben ser pagadas en monedas de terror, de sumisión y de angustia, amenazados como están por constantes depuraciones y por un espionaje que penetra hasta lo más íntimo y recóndito de sus pensamientos.

Pero aún así, y frente a la infinita postración de los obreros, el partido constituye una casta comparativamente más privilegiada y favorecida que el más afortunado de los grupos dominantes que haya padecido cualquier sociedad, constituída por una minoría insignificante. El número de sus miembros no sobrepasa de los tres millones, sobre una población calculada en doscientos doce millones de esclavos.

El trabajador común no tendrá nunca acceso al partido, lo cual se logra solamente a base de intrigas y de influencias. El trabajador común ha perdido todos sus derechos, aún los más elementales del ser humano. En el despotismo zarista, aún bajo la amenaza del knut y de la deportación a Siberia, el mujik y el obrero, su-

jetos a la servidumbre del señor o del príncipe, podían ejercer algunas manifestaciones de vida individual, aún cuando fueran elementales, como embriagarse de vodka. En el despotismo comunista, el trabajador, deslumbrado al principio con las fabulosas conquistas que le ofrecía el ideal marxista, ha descendido a un nivel más bajo y exiguo que el del antiguo siervo. No podrá jamás quejarse, ni mucho menos limitar sus horas de trabajo, ni reclamar las de descanso, ni tener una familia, ni subsistir del fruto de su esfuerzo, ni reclamar mejores condiciones, ni solicitar aumento de salarios, ni subvenciones, ni protección, porque tales aspiraciones solo revelan la sobrevivencia de prejuicios burgueses, la falta de adoctrinamiento y de confianza en la bondad y en la sabiduría del marxismo, y la insensibilidad colectiva.

En el proceso de eliminación de tan culpables aspiraciones, que muchos obreros creyeron la esencia de la revolución, fueron sacrificados millones de hombres y de mujeres, empezando por todos los retrasados en la concepción marxista, los no suficientemente evolucionados, los que se obstinaban en juzgar con el torpe criterio capitalista la igualdad prometida, creyendo todavía en la simple reforma de los sistemas y dudando de su reemplazo total. Entre ellos estaban cuantos provenían del antiguo régimen sin estar equipados de suficiente dialéctica, esto, es, la mayoría de los obreros de más de cuarenta años, que reducían los fines de la revolución a algo tan rudimentario como el mejoramiento del standard de vida del trabajador. Siguieron cuantos, obsesionados en su mentalidad burguesa, defendían su libre albedrío para dirigir su destino, mejorar egoístamente de condición con detrimento del interés colectivo y defender los signos y las esencias de su individuo. Esta eliminación sin piedad equivalía a una medida profiláctica porque eran exactamente los elementos infecciosos de la peste capitalista lo que se trataba de extirpar en el mundo. Y estos gérmenes estaban encarnados lo mismo en los obreros urbanos que

pretendían un cómodo régimen de trabajo bien remunerado con derecho a imposibles expansiones personales, como un hogar permanente o pequeñas diversiones, que en los tercos campesinos empeñados en oponerse a la colectivización de las tierras y de la producción agrícola bajo el control técnico del Estado y obstinados en poseer y cultivar libremente sus parcelas, las parcelas prometidas antes de la revolución para su provecho personal.

En poco tiempo solo subsistió gente nueva, maleable, más o menos incontaminada de prejuicios burgueses, la cual quedó aislada de todo contacto con el mundo que no fuera el de las directivas oficiales. Y para asegurar su formación dentro de esa disciplina inflexible se estableció una adecuada clasificación criminal. Mientras se toleraron muchas de las prácticas prohibidas y sancionadas en las sociedades burguesas, se elevaron a la categoría de delitos atroces, incluso de crímenes de alta traición, faltas como el retraso de algunos minutos en la hora de entrada al trabajo, la indolencia o la inhabilidad en la labor, la sustracción de algunos minutos al horario de reglamento, así fuera por motivos de salud, la falta de entusiasmo en el adoctrinamiento marxista, la sugerencia proveniente de la iniciativa personal aún para mejorar la calidad o el método de la producción, o la diferencia de conceptos con jerarcas calificados oficialmente como técnicos. Tales monstruosos delitos atentan contra "la propiedad del pueblo" y merecen sanciones severas, que van desde la esclavitud total, hasta la deportación, la tortura, la mutilación y la pena de muerte.

Para establecer y comprobar estos delitos capitales se estimularon la delación y la deslealtad, al propio tiempo que se investía a una feroz organización policiva de poderes monstruosamente ilimitados, que pudo aplicar toda suerte de penas por su propia decisión y juicio. La tortura, el fusilamiento, el sim-

ple asesinato, todos los medios de eliminación fueron aplicados y perfeccionados: y como cualquier persona que se interesara por alguien sometido a la acción policiva resultaba de hecho culpable de complicidad, desapareció hasta la más elemental manifestación de solidaridad o de piedad, cada uno se reconcentró dentro de sí mismo, absorto en su desconfianza y en su miedo, y la curiosidad pasó a figurar también entre los delitos enormes.

Abolidos no solo la práctica, sino el concepto abstracto de los derechos humanos, la fuerza compulsiva de los deberes se intensificó hasta que logró hacer del hombre un ente mecánico, castrado de voluntad y de iniciativa. El primero de los deberes fué el de trabajar sin límite, sin selección de oficio, sin aspiración a salario, convirtiendo la laboriosidad en la suprema expresión del ser; y el segundo, purificarse de todo sentimiento burgués por medio del adoctrinamiento. La vida debía transcurrir exclusivamente entre el taller y los centros de enseñanza marxista: y todas las actividades del espíritu, las artes y las letras, la ciencia y la filosofía, solo tendrían un objetivo: el de contribuir a la desintegración de la personalidad, el de moldear robots y pequeños mecanismos con la inerte materia humana, hecha dócil por el terror, la convicción y la anulación psicológica.

Tanto la sanguinaria represión de los instintos elementales del ser humano, como la abolición de todo residuo de moral burguesa, la eliminación de las prácticas religiosas, la supremacía de los intereses del partido sobre todas las otras consideraciones, incluso sobre los íntimos sentimientos que pretendieran sobrevivir, produjeron resultados positivos y doblegaron el ánimo de los que estaban en peligro de sentirse defraudados y de los que pudieran mostrarse inferiores a la comprensión de la asombrosa maravilla del mundo nuevo que se trataba de construir.

Con tan poderosos instrumentos, el Estado comunista ha obtenido, como en un proceso genético, un tipo de trabajador sumiso e impersonal. Eliminada la tradición de los antiguos tiempos por la desaparición de la gente mayor de cuarenta años, que pudiera traer gérmenes de nostalgia o de comparación, el hijo de la revolución fue conformado dentro de una concepción adecuada de la vida, cuya mayor eficacia consistía en eliminarle, como se extirpa un órgano superfluo en una adaptación zoológica, el sentimiento del derecho, mientras se hipertrofiaba el del deber, exaltándolo hasta el punto de exigir que en sus aras se sacrificara cuanto pudiera exaltar la mísera esencia individual. La educación sistemática, el aislamiento absoluto de todo contacto exterior, la tradición del despotismo estatal, la sumisión del siervo a la clase privilegiada, todo lo que había conformado una fisonomía psicológica, fue puesto a contribución por el Estado comunista para la conformación del trabajador esclavo, incapacitado para todo sentimiento de resistencia o de rebeldía y resignado a su trascendental insignificancia, por medio de una serie de amputaciones morales.

Esta es la maravillosa situación que el comunismo le ofrece al trabajador del mundo capitalista, protegido por leyes, amparado en sus reclamaciones, incluso por la huelga, respaldado por la seguridad social, reconocida su condición humana y su derecho a conservar y a salvar su personalidad. Nadie podrá desconocer que el sistema capitalista presenta vicios e injusticias, que la riqueza confiere privilegios exagerados, que las clases menesterosas son con frecuencia explotadas hasta el exceso. Pero aún dentro de un régimen extremista, el hombre conserva sus esencias básicas, su conciencia de sí mismo, todo lo que es arrebatado en la sociedad comunista, en la cual se le impone un renunciamiento total en beneficio de la colectividad.

V

LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE

La administración de la propiedad común que pretende el comunismo, conduce a la mecanización social y a la esclavitud del trabajador. En la sociedad comunista, lo fundamental son los intereses del conjunto, a los cuales deben estar subordinados hasta la anulación los del individuo. La dirección y la capacidad de la producción se rigen no por las necesidades personales sino por las conveniencias del Estado.

Para establecer esta prelación ha sido preciso apelar a los métodos del exterminio y del terror, porque su simple enunciación contradice la naturaleza humana. Y la contradice aún desde el punto de vista materialista, sin considerar la dualidad espiritual del hombre y las emanaciones divinas que lo hacen respetable en las doctrinas escolásticas, sino atendiendo a su complexión y a sus condiciones materiales y a sus instintos y tendencias primarias. El hombre se ama, ante todo, a sí mismo: y este amor estimula la mayor parte de sus acciones, desarrolla su personalidad, sos-

tiene sus esfuerzos e impulsa su iniciativa para procurarse satisfacciones: las de sostener una familia y hacerse digno de su respeto y de su cariño; crearse un bienestar y una seguridad, adquirir medios de confort y comportarse como un ser voluntariamente útil. Todo es, en definitiva, efluvio o concreción del amor a sí mismo: incluso la fe religiosa, en cuya virtud el hombre aspira a adquirir la perdurable felicidad de su alma, que es, en el sentido místico, lo más precioso de sí mismo, y lo más digno de su amor.

El comunismo implica la abolición de todas las expresiones características de la naturaleza humana. La propia estimación queda anulada por las necesidades colectivas. La propia estimación es un resabio burgués, como lo son la fidelidad, la gratitud o la piedad. El buen comunista debe entregarse de lleno a la comunidad, sin dejar ninguna reserva para sí: ni sentimientos morales, ni afectos que lo desvíen de su renunciamiento o le hagan concebir ambiciones, ni aficiones estéticas o vocacionales, ni nada que denuncie la existencia de una personalidad estimable. Y si no lo hace así, si se reserva un residuo de sí mismo, entonces no solamente no merece disfrutar de la felicidad del mundo colectivizado, de la dicha de su propia desindividualización, sino que constituye un peligro social, un foco de infección que debe ser eliminado.

Junto con la propia estimación todas las demás manifestaciones del ser humano, sus aflicciones, sus deseos, sus penas, su fatiga, quedan aplastadas bajo el peso de los intereses de la colectividad. El individuo es una creación y un prejuicio burgueses: y en la sociedad comunista no puede tener significado ni siquiera como ente teórico. Precisamente una de las bases del régimen capitalista que se pretende destruir es la preeminencia del individuo. Para que el marxismo pueda funcionar es menester que el valor del individuo sea absorbido por la colectividad. No hay dere-

cho, por lo tanto, ni a la vida privada, ni a las ambiciones personales, ni a los anhelos de mejoramiento: porque si ello se permitiera, la sociedad comunista se desquiciaría por el simple ejercicio de estas aspiraciones, que romperían la igualdad anónima, quebrantarían la esencia del conjunto social y harían imposible el progreso colectivo, que no es, como en el sistema capitalista, la suma de una serie de éxitos individuales, sino el fortalecimiento del Estado.

Las manifestaciones elementales de la entidad individual han sido consideradas delitos atroces. El mundo de los afectos fue quebrantado con la relajación de los vínculos familiares, la eliminación de la vida privada, el secuestro de los hijos por el Estado para moldearlos desde la primera infancia en los principios del nuevo orden y la mecanización del amor, el cual quedó reducido a su simple finalidad física de la reproducción, siendo calificadas como desviaciones capitalistas esas demostraciones de ternura y devoción que diafanizan y parecen purificar las intimidades instintivas de la atracción sexual.

Suprimidos y castigados como un vicio capitalista y burgués los sentimientos familiares, fueron estimulados la delación y el espionaje entre los seres vinculados por algún sentimiento. El hijo acusó a su padre y el padre al hijo por la comisión de alguno de los nuevos crímenes, como haber dudado de la eficiencia práctica del marxismo o haber criticado una decisión de algún miembro del partido, y lo acusaba a sabiendas de que lo enviaba a los trabajos forzados al Artico o a Siberia, si acaso su falta no merecía el fusilamiento u otra forma de eliminación.

No solo la práctica de cualquier culto religioso, sino la más elemental manifestación de una fe o de una creencia metafísica implica la falta de confianza en la suma perfección de la doctrina marxista, fuente única de felicidad para el ser humano. "La religión es el opio del pueblo", fue la sentencia de Lenin en cuya virtud el

comunismo se propuso "desintoxicar" al pueblo de la tendencia natural del hombre hacia lo sobrenatural. Fueron clausurados los templos, quemados y destruídos los iconos, asesinados o deportados los popes, y no solamente la religión cristiana ortodoxa, que era la oficial y por lo tanto la más extendida en Rusia, sino todas las expresiones confesionales fueron condenadas y perseguidas. El Estado fundó una institución de "hombres sin Dios" respaldada por la omnipotente policía política, para imponer el ateismo por todos los medios de la violencia.

Con el fin de que ese ser degradado y mutilado que es el trabajador comunista carezca de cualquier índice para medir su envilecimiento, se tendió en torno suyo una inmensa cadena infranqueable, que lo aisló del mundo y lo encerró en su propia desolación. Al propio tiempo se le rodeó de una atmósfera de terror y fue estrechado cada vez más por el espionaje, aún cuando ya le hubiera sido amputado hasta el más pequeño signo de personalidad. Sus gestos, sus ademanes, las expresiones del rostro que pudieran revelar un pensamiento o una emoción fueron catalogados e interpretados. Mecánica y forzosamente tenía que hacer en todos los actos de su vida manifestaciones de odio al capitalismo, cuya intimidad ni conocía ni le interesaba conocer, y de amor al partido y a la fe marxista, encarnada, como en un símbolo bárbaro, en el jerarca supremo, el secretario general del partido y a la vez jefe intocable del gobierno, llamárase Lenin o Stalin.

Todos los procedimientos sutiles y directos, de convicción por el terror o de exterminio, de educación o de violencia, fueron empleados para arrancarle al trabajador esclavo hasta las recónditas raigambres de la personalidad.

La ambición concebida por José Stalin de convertirse en el supremo ejecutor del comunismo y centralizar en sus manos la suma del poder y de la doctrina, perfeccionó los métodos empleados para la despersonalización total, mejoró la eficacia de la dilución psico-

lógica y estimuló la imaginación de los verdugos. Con el pretexto de repudiar la opinión, expresada por Trotzky, de que la revolución debía tener un objetivo universal en sus procedimientos de intrusión violenta, Stalin desencadenó la más atroz carnicería que haya presentado la historia. Cuantos, entre los altos dirigentes, dudaron, siquiera mentalmente, de su capacidad para la suprema posición a que aspiraba fueron acusados de crimen y traición. Todos los próceres de la revolución, los que habían consolidado la doctrina de Marx y le habían dado posibilidades prácticas y en la hora de la lucha habían soportado rudas privaciones, largos presidios, solitarios exilios, para salvar sus ideales equivocados, los que entregaron la totalidad de su vida a la agitación proselitista, los que alcanzaron el triunfo de su causa en 1917 recibiendo dinero de Alemania para desencadenar la revolución, fueron eliminados, empezando por los compañeros de Lenin y del propio Stalin en la etapa inicial del gobierno: Kamenev, Bujarin, Zinoviev y el propio Trotzky, perseguido hasta su exilio en México y allí asesinado.

Nadie ignora que esta matanza se amplió hasta la escala del genocidio y que por fin el poder único y absolutista de Stalin se afianzó sobre millones de cadáveres, víctimas de las más insensatas acusaciones o simplemente asesinados.

Esta experiencia aportó nuevos elementos para perfeccionar la demolición total de la personalidad. Psicólogos y científicos, verdugos y policías adquirieron conocimientos nuevos para aplastar al ser humano y reducirlo a la masa gaseosa pero laborante que debe ser en el régimen comunista.

La muerte de Stalin no produjo modificación alguna ni redujo el monstruoso despotismo comunista, porque éste no proviene de un nombre propio ni de la imposición de una voluntad personal, sino que es el resultado fatal de un sistema y de una ideología en desarrollo práctico.

La universalización de este sistema de aniquilación total hasta de las mínimas características individuales, la absorción del ciudadano por el Estado, la concepción de un progreso colectivo que no tiene relación con las situaciones individuales ni es la suma de éstas, la conformación de la sociedad-hormiguero, en que la supervivencia colectiva y el interés del conjunto predominan sobre todas las consideraciones, sobre el hambre y la depauperación personal, sobre la indigencia y la esclavización de los hombres, son las realidades que les esperan a los pueblos lo bastante cándidos para confiar en la seducción de los agitadores, que a su vez son engañados y exprimidos y luego eliminados por el proceso fatal del sistema cuando han logrado la victoria.

La experiencia ha demostrado que esta férrea concepción de la sociedad a base del absoluto exterminio de las características individuales, no ha conducido ni siquiera a determinados éxitos de conjunto, como la eficacia armamentista, el adelanto científico o la intensificación industrial. El exhibicionismo que, sobre todo en los últimos tiempos, ha hecho el Soviet de sus conquistas en los campos de la física espacial no provienen, ciertamente, de la iniciativa o de la ejecución colectivas, sino de la acción individual de los sabios, principalmente alemanes, que fueron capturados, internados y explotados por el totalitarismo bolchevique. Porque es lo cierto que toda la historia del progreso humano ha sido realizada por el individuo en la plenitud de su iniciativa y del libre desenvolvimiento de su personalidad. Las grandes acciones de conjunto, los ímpetus masivos e impersonales, han tendido al exterminio y han sido casi siempre inspirados por el contagio de ciertas formas de psicosis o de grandes pasiones negativas, como el odio.

Pero en el fondo de esta abyección, de la suma degradación sistemática, sostenida durante cuarenta años, perfeccionada hasta la sutileza, ejercida sobre adolescentes y sobre niños, sin un solo sobreviviente de los

antiguos tiempos, está latente la indestructible esencia humana, incapacitada por el terror para cualquier expresión, pero sometida a la ansiedad universal de ser y de expresarse. Está latente de la misma manera que el principio de vida estuvo adormecido en el grano de trigo que permaneció sepultado en la tumba del Faraón durante milenios y que germinó en cuanto encontró condiciones propicias.

En efecto, en los últimos tiempos esa juventud mutilada, esa humanidad deformada en moldes monstruosos, hecha sobre medidas para el servicio del ideal comunista, asume actitudes que contradicen las conclusiones dialécticas del marxismo. Incluso en los órganos de publicidad del partido han aparecido recientemente artículos que denuncian la precoz fatiga de esas juventudes, el amortiguamiento del goce que debía producirles su despersonalización y su engranaje en el conjunto, la culpable tendencia a mirarse hacia dentro y buscarse a sí mismos, su curiosidad de vislumbrar siquiera el mundo que se les ha clausurado, su incertidumbre y su duda. La revista "Komsomolskaia Pravda", especialmente dedicada a los Komsomols o centros de formación comunista de la juventud, formula frecuentes llamamientos al fervor inicial, ahora en decadencia. En vano se han establecido estímulos especiales, como el fácil acceso a las Universidades, el traslado a otros establecimientos superiores o la adscripción en las investigaciones científicas, beneficios que significan una temprana consagración y un seguro ingreso en el seno de los grupos altamente privilegiados. En vano se han tratado de extirpar los recónditos instintos que dan forma y cauce a la naturaleza humana y que surgen de lo profundo del ser, en busca ansiosa de un ambiente para su expansión.

Ciertamente, ni el jazz ni el rock-and-roll constituyen signos interpretativos de la civilización que le ha sido vedada a la juventud rusa. Pero son destellos de

otro mundo, de una vida dinámica y libre, donde el hombre tiene una personalidad propia con sus aficiones y sus efectos y no es un minúsculo engranaje mecánico. Al través de la férrea frontera que circunda y aisla al estudiante soviético, se ha filtrado un eco de jazz y de rock-and-roll, y este solo hecho ha bastado para exaltar la sensibilidad y la imaginación de esa maltratada juventud, que tiende a su expresión natural por encima de las deformaciones de que ha sido objeto. Y esta inclinación es tan vehemente, que grupos clandestinos de estudiantes desafían continuamente las represalias del feroz espionaje que los circunda solo para tratar de escuchar algunas notas fugitivas de las convulsionadas armonías que les hablan de cosas desconocidas y jubilosas y abren sus mentes al ensueño y a la fantasía, al análisis y a la duda. ¿Qué le ocurriría a la esclavizada juventud rusa de hoy, si vislumbrara algunas formas positivas y auténticas de la desconocida civilización? Seguramente sentiría un deslumbramiento que pondría en libertad las fuerzas incontenibles de la naturaleza humana para restaurar las esencias del ser.

V I

EL PROPAGANDISTA INTELECTUAL

En un mundo en que el menor indicio de personalidad es perseguido como un peligro contra la solidez del bloque colectivo, el intelectual y el artista, en el sentido que la cultura occidental les confiere a estos vocablos y al ejercicio que representan, son absolutamente incompatibles. El arte y la inteligencia son justamente expresiones de personalidad; y aún la simple tentativa de que sean dirigidos constituye su anulación. El concepto marxista y el Estado Soviético que es su cristalización, se fundan sobre factores esencialmente económicos que excluyen otras formas de expresividad vital. En su organización y desarrollo solo cuenta la producción industrial y agraria, en la cual participan la técnica, el capital y el trabajo manual, y todos estos elementos, a lo menos en teoría, pueden medirse en términos más o menos matemáticos, por lo cual presentan un carácter mecanizable, esto es, reducible a normas más o menos precisas. El escritor, el artista, el filósofo, el intelectual propiamente dicho, no tienen oficio ni justificación

en esta concepción social, rutinaria y fabril, que no necesita ni siquiera la propaganda interna, porque se maneja por ordenanzas drásticas y fuertemente sancionadas. Sus elementos de convicción son la fuerza y el terror, porque la desobediencia y la discusión romperían la unidad totalitaria del colectivismo.

Los intérpretes y hermeneutas del marxismo han sido claros en su apreciación del intelectual. Solo puede ser considerado útil durante el período de agitación. Son su capacidad como escritor y como orador, lo que solivianta a las masas, su penetración mental la que concibe sofismas y teorías, su sensibilidad la que infunde estética y ritmo a las ideas de la universal fraternidad. Es el intelectual quien sostiene el engaño y deforma la realidad para producir en las masas conciencia de poder destructivo, actitudes de rebelión, odio de clases y las ambiciones hegemónicas del trabajo sobre el capital. Es el encargado de crear en el pueblo el clima de la revolución. Producida ésta, la etapa del afianzamiento puede hacer conveniente por breve lapso la colaboración del intelectual, para que estimule la confianza de las masas ante las primeras decepciones y justifique los tropiezos iniciales. Pero una vez consolidado el poder en manos del partido, el intelectual se hace superfluo o indeseable. Sería el testigo de los fracasos y de la violencia y acaso se sentiría culpable de haber contribuído al impiadoso engaño colectivo. Y esta conciencia lo haría rebelde e insubordinado y lo convertiría en un peligro para la estabilidad de las nuevas formas sociales, porque continuaría llevando en sí los elementos propulsores y dinámicos que fueron útiles en la preparación de la lucha. En el interés del partido, está, por lo tanto, la supresión de tan vistosos estorbos, bien con la muerte bajo cualquier inculpación, bien con el entrabamiento total de sus actividades o con el despojo total de las esencias de su personalidad.

Sin embargo, para efectos de propaganda, pues la presencia de escritores y artistas puede conducir a ate-

nuar las críticas de excesivo materialismo que se le formulan en el mundo capitalista y a demostrar la amplitud con que el marxismo abarca todas las formas de la actividad humana, el Estado comunista puede tolerar el parasitaje de algunos intelectuales. Quiere probar que la concentración colectiva no se opone a ciertas concreciones estéticas, aunque sean totalmente distintas, por su fin y por su método, de la creación burguesa. Pero como todo el sistema se basa en la destrucción de la entidad individual, tanto el arte como la inteligencia deben transitar solo por los carriles que les sean señalados, y no pueden salirse un punto de ellos, sin ser acusados de desviacionismo y otras fórmulas de traición. La más pequeña presunción de independencia hace indispensable la inmediata eliminación del rebelde. Teóricamente, la orientación de cualquier obra artística o literaria es decretada por el partido, que conserva su condición indescifrable y gaseosa. Pero en la práctica, el intelectual o el artista solo tiene contacto con funcionarios subalternos dotados de un poder delegado y transitorio. Ahora bien, si hay un error de interpretación, una simple frase perdida, un concepto equívoco, es el autor quien habrá de pagar en Siberia, en el trabajo forzado o en el patíbulo.

Hace algún tiempo, Stalin declaró en un discurso que la economía capitalista de los Estados Unidos estaba en el más bajo nivel de su decadencia. Los funcionarios que controlan la literatura se apresuraron a ordenar la confección de libros que reforzaran esta tesis, y en breve la inapelable afirmación del omnipotente verdugo veíase respaldada por comprobaciones analíticas y literarias, en las cuales la estadística se juntaba con la imaginación, el argumento técnico andaba de brazo con la argumentación novelística, con los informes sobre la vida íntima, con datos sobre producción y consumo. De la literatura así elaborada resultaba, en último término, que los habitantes de los Estados Unidos soportaban la vida más miserable del planeta

y que el colapso total y la insurrección del pueblo debían producirse en breve plazo. Y cuando éste cúmulo de literatura empezaba a aparecer, llegó a Moscú un periodista norteamericano, ante el cual declaró Stalin que reconocía el alto nivel de vida del pueblo de los Estados Unidos y la solidez que este hecho le confería a su estructura económica. Cuantos habían señalado el objetivo de la literatura en las últimas semanas y cuantos habían dado y cumplido las órdenes, sintiéronse hundidos. Todo lo que se había hecho fué apresuradamente ocultado y destruído. Pero este apuro no salvó de la ejecución o la degradación a unos cuantos escritores y torpes burócratas que ostentaron tan burdamente la insuficiencia dialéctica de su formación. El famoso órgano periodístico del partido en Moscú, "Pravda" relató el acontecimiento para expresar su indignación y su condena contra ellos. Y si algunos culpables de tan abominable error de interpretación se salvaron, se debió a que pudieron presentar apresuradamente argumentos para demostrar el alto nivel de vida de los Estados Unidos y la fortaleza de su estructura económica.

Este pequeño incidente, mil veces repetido con la corrección y enmienda de los textos de historia, de las conclusiones científicas, de las obras pictóricas, arquitectónicas o musicales que deben estar siempre adaptadas a las necesidades del momento o al capricho del déspota en turno, es una demostración de la situación en que se encuentran colocados el intelectual o el artista ante el concepto comunista. Y si se tienen en cuenta estas realidades innegables, es preciso concluir en que la condición de propagandista del comunismo en un país donde se trata de desquiciar la estructura social para establecer la nueva doctrina y construir una derivación del mundo ruso, sujeta al dominio de los jerarcas soviéticos, así ese propagandista proceda por intimidad partidaria, por simpatía ideológica, por interés personal o por simples resentimientos, requiere la conformación de una sensibilidad, de una conciencia y de una vo-

luntad anormales. Deben preexistir determinadas condiciones psicológicas, según el temperamento y el grado de inteligencia del sujeto. Si se trata de una personalidad negativa, ha de partir de una apreciable proporción de candidez e ingenuidad como para imaginar la posibilidad de que el mecanismo de la teoría marxista pueda funcionar en la práctica de tal suerte que los beneficios colectivos le alcancen a su mínimo individuo. Y si se trata de una personalidad más positiva deben entonces presidir sus actos y sus reacciones circunstancias tales como un profundo desprecio por la lógica y por el sentido moral; un espíritu de sumisión, de servilismo y de renunciamiento absolutos, coexistentes, sin embargo, con cierto grado de ambición personal que después se le extirpará; un estado permanente de contradicción consigo mismo y con su propia naturaleza; una inclinación mística, despojada de toda seducción metafísica, y una vocación franca o retenida pero latente, para la delincuencia en pequeña y en grande escala, para la traición, la deslealtad, la insensibilidad moral, la crueldad y el engaño.

Al propio tiempo, desde el mismo instante en que se inscribe en la nómina de los propagandistas o contrae compromisos, debe empezar la obra de su propia despersonalización. Jamás podrá discutir las normas que se le señalen, ni rebelarse contra las más humillantes imposiciones, ni hacer alardes por sus merecimientos. Hace mucho tiempo que el comunismo incluyó entre las pruebas de la incompatibilidad con el marxismo la tendencia a mostrarse mártir por las ideas. Desde su primera acción, el propagandista está hundido en un engranaje que lo trae y lo lleva, le arrebata su criterio y le advierte que jamás deberá esperar recompensa positiva, ni podrá trabajar por ninguna ambición burguesa. Sin embargo, mientras se espera que preste algún rendimiento puede permitirse algunas expansiones personales sin caer bajo la sanción, que entre otras cosas, no siempre puede imponerse.

Naturalmente, algunas veces se le ofrece una oportunidad de ponerse en relieve: pero es muy condicional, y sujeta a una inspección y a un espionaje incesantes, que alcanzan hasta el más recóndito de sus actos. Este relieve desaparece en cuanto el beneficiado con una distinción tan excepcional pretenda poner en juego su iniciativa personal o trate de actuar por su cuenta, actitudes que lo hacen sospechoso automáticamente de inclinaciones titoístas. En lo general, la afiliación al partido o la simple simpatía hacia la doctrina marxista, se convierten en un honor que deben pagarse con el renunciamiento y la sumisión incondicionales.

Solo se puede hacer obra comunizante partiendo de una apreciación extática, impersonal y abnegada. Se comprende, hasta cierto punto, que temperamentos místicos, incapaces de dar curso a su esencia por el cauce de la dogmática religiosa o la convicción metafísica, desvíen el desbordamiento de su fe hacia la ilusoria promesa de la felicidad humana que ofrece el marxismo. Pero solo bajo la influencia de una ingenuidad tan extrema que equivalga a un estado de retraso mental o a una falla de la normalidad psíquica, puede creerse que bajo la sociedad comunista lleguen a eliminarse las trabas que en la capitalista impiden sobresalir a inteligencias mediocres, a voluntades indolentes, a personas ignorantes y torpes. Y personas así suelen ser precisamente esos agitadores que llevan sus propias debilidades dentro de sí mismos, y que las atribuyen al ambiente, hasta suponer que una modificación de éste permitiría el relieve de sus desconocidas virtudes, y que el comunismo les abriría todas las puertas de la oportunidad para que sus méritos individuales salgan de la innata mediocridad.

Con una simplicidad conmovedora, algunos de los más asiduos servidores del comunismo, casi siempre los más dóciles y los más impersonales, suponen que con sus labores están acumulando méritos que les serán ampliamente reconocidos a la hora de la revolución y de la victoria. Como es natural, han olvidado que la gratitud

es uno de los vicios y de las aberraciones burguesas que es preciso abolir en el mundo comunista y quizás ignoran la despreocupación con que el partido se desembaraza en purgas periódicas de todos los elementos que puedan alegar un título de acción o de servicio. Cuantos dedicaron la totalidad de sus vidas no solamente a la propaganda, que es un oficio secundario y subalterno, sino a la obra fundamental de darle un sentido de acción y de funcionamiento a los confusos conceptos del judío alemán, y sobre todo de concebir y ejecutar la política procedimental que condujo a la absoluta supremacía del Estado y a la abolición del individuo, han sido drásticamente suprimidos, sin el menor reconocimiento, bien sea en el patíbulo, en la prisión o en el tormento. Basta evocar los nombres más conocidos, los de los compañeros de Lenin en la hora inicial, los de verdugos tan útiles para fortalecer la estructura monolítica por el terror y por la violencia, como Beria o como Smirnov, los que le han dado esencia a la política exterior y han obtenido inmensas victorias diplomáticas como Molotov o los viejos jefes militares que abatieron el ejército blanco, para saber lo que hace el comunismo con los hombres que le sirven. No solamente los destruye con la muerte física, sino que con los métodos refinados de dilución psicológica, en cuya virtud se adultera la conciencia, se aniquilan la voluntad y la inteligencia, se obnubila la memoria y se suplanta la conciencia, los hace confesos de crímenes atroces para que el recuerdo que pueda subsistir de ellos sea el de traidores y pérfidos y no sobreviva ni siquiera el veredicto de la historia.

En estos casos se ha tratado de figuras de primera magnitud, de los verdaderos creadores del comunismo universal . Y es conmovedor el espectáculo de esos pobres agitadores de ínfima cuantía, que suponen cándidamente haber realizado una obra decisiva con una asonada popular, o con una actividad de alcances locales, que en el transfondo de su insignificancia se sienten importantes y ufanos por mínimas contribuciones a la pene-

tración comunista, y que guardan en lo recóndito de su ingenuidad la esperanza de que en la hora del triunfo les serán reservadas determinadas preeminencias en la organización y dirección de la nueva sociedad, como justa recompensa a sus esfuerzos.

Con los métodos extremos utilizados por Stalin tanto durante el período de las grandes purgas para imponer su espantosa dictadura, como en el tiempo sucesivo para consolidarla, quedó claramente establecida la situación de los intelectuales bajo el comunismo. La política sanguinaria del todopoderoso déspota al acentuar la despersonalización del individuo, ya anulado por la simple definición marxista, fijó la insignificancia y la superfluidad de los intelectuales y empequeñeció el sacrificio personal de que éstos suelen presumir con mayor frecuencia que los obreros manuales; y no solo lo despojó de méritos, sino que lo convirtió en una sucia bazofia que fué arrojada contra el rostro de los ingenuos y de los crédulos.

En resumen, los pequeños intelectuales, artistas, escritores o profesionales que se han convertido en propagandistas revolucionarios, lo mismo en los países de Europa que en los de nuestra América Latina, actúan por el resentimiento de encontrarse en una situación social inferior, a la que atribuyen la imposibilidad de destacar sus cualidades; o por la ambición de posiciones directivas políticas o burocráticas; o por el miraje teórico de la interpretación marxista de la economía o de la historia. Pero la mayor parte está impulsada por mala fe, por innata perversidad, por tendencias antisociales o por vocación de crimen. Su espíritu ha estado sujeto a promesas sostenidas al principio por la ilusión y más tarde por el terror, y para hacerse dignos de confianza en las altas esferas de la subversión, han de practicar la delación, ser esencialmente desleales y traidores hasta consigo mismos, colocar al partido comunista y a sus fines por encima de toda preocupación personal, des-

deñar la honradez y la probidad tradicionales y llevar consigo las simientes del odio y de la destrucción. Solo así puede decirse que su espíritu está maduro para la revolución, la que después, a la hora del triunfo, los extirpará como a fastidiosos y superfluos tumores malignos.

La concesión del Premio Nóbel en noviembre de 1958 al escritor ruso Boris Pasternack, implicó la más amplia confirmación de la miserable servidumbre del intelectual bajo el régimen soviético. El reconocimiento que implicaba el Premio de la personalidad del novelista desencadenó una ola de contumelia y de proscripción. Humillado y vencido por ella, Pasternack renunció al Premio, se confesó traidor y vendido al capitalismo por haberlo alcanzado, renegó de su obra y se hundió en la soledad y en la contrición, para tratar de proteger su vida. Seguramente nadie volverá a pronunciar su nombre en Rusia, ni sabrá cuando se abra la tumba que habrá de recibirlo pronto para castigar el horrendo pecado de su insumisión, que no merecerá atenuante alguno.

¡Y aún en nuestra América hay gentes que presumen de intelectuales, que tratan de implantar la monstruosa tiranía y que esperan sobrevivir a ella!

VII

LA REALIDAD AMERICANA Y EL COMUNISMO

La interpretación marxista de la economía y de la organización social que dió origen al comunismo, no fué concebida con limitaciones geográficas o en acuerdo con características típicas o regionales, sino con un criterio general. Los fenómenos que sirvieron como base para el planteamiento eran inherentes al sistema capitalista bajo todas las latitudes, y las consecuencias que habrían de derivarse de esos fenómenos serían idénticas en cualquier parte del mundo donde hubiera la posibilidad de un conflicto entre un capital absorbente, egoísta y protegido por privilegios, y un trabajo explotado e inerme. En todas partes se presentarían los mismos hechos de prepotencia de la riqueza, reemplazo del esfuerzo muscular por la energía mecánica y por consiguiente sobreproducción de brazos, desempleo e intensificación de las diferencias sociales. En todas partes los salarios con que se retribuye el trabajo serían inferiores al exacto valor de éste, por cuanto la diferencia constituía la utilidad del industrial.

Solamente factores eventuales podían influir en el retraso o el adelanto de la revolución que Marx consideraba inevitable porque era el desenlace lógico de las intimidades y del funcionamiento del sistema capitalista, base fundamental de la civilización contemporánea. Estos factores podían consistir en un exceso de las prerrogativas del capital, lo cual constituía una presión lo bastante intensa para inducir a los trabajadores a la rebelión; en un desajuste temporal del sistema por causas fortuitas; en una viciosa organización política; en una conmoción psicológica colectiva y en otros motivos similares. No importaba dónde ocurriera la primera catástrofe que derrumbaría el sistema. Tarde o temprano, según Marx, este habría de desaparecer del mundo.

Si al final de la primera guerra mundial fué Rusia el país que se lanzó a la revolución, debióse, según la hermenéutica marxista, a que en el vasto imperio de los zares se habían producido las condiciones propicias; y también, como hecho circunstancial, a que los primordiales intérpretes de la doctrina marxista, los ejecutores que se propusieron reducir la teoría a una ejecución práctica, fueron exilados rusos, prófugos del absolutismo zarista.

Lo cierto es que el comunismo se apoderó de Rusia con un sentido de destino universal, que se puso en juego desde el primer momento. Los bolcheviques moscovistas sentían pesar sobre sí la responsabilidad de conferirle alcance ecuménico a su revolución, en parte por la definición intrínseca del marxismo; en parte por el instinto expansionista que, como lo comprueba la historia, ha sido característica de la raza; y en parte por su propia seguridad, pues la estabilidad del comunismo solo podrá consolidarse con la reducción o la eliminación del poderío capitalista. De consiguiente, a la vez que se afianzaban en Rusia por medio del terror, del exterminio, del arrasamiento total, los jefes de la revolución extendieron en torno su acción infiltradora. Lógicamente, los métodos para socavar la sociedad capitalista y precipitar

su derrumbamiento no podían ser iguales en todos los países, sino que era indispensable adoptar procedimientos adecuados a cada caso y dividir el mundo en zonas de similitud. Y así, en la organización inicial del régimen bolchevique se crearon secciones especiales para estudiar las características de cada una de estas zonas, como medida previa para la realización de los propósitos de llevar el marxismo por todos los confines del planeta. Desde luego la meta primordial quedó constituída por la misma Europa, carcomida también por los efectos de la contienda, la cual había destruído a la vez la economía y la moral y dejaba a las nuevas generaciones huérfanas de fe en los ideales que no habían podido evitar el cataclismo, lo cual facilitó la fundación de partidos obedientes, por cuyo conducto Rusia podría influir en la restauración de post-guerra. Pero la imponderable riqueza de esos pueblos jóvenes, un poco imprecisos y nebulosos, que pugnaban por incorporarse en el conjunto universal desde sus remotas soledades del otro Continente, no podía menospreciarse y América quedó clasificada dentro de los planes del comunismo internacional como una inmensa colonia futura del nuevo imperio universal cuya metrópoli estaría centralizada tras las torres bermejas del Kremlin. Para comenzar en seguida su conquista, y mientras fortalecían su poder interno, los bolcheviques creaban comisiones técnicas para estudiar las características del mundo americano, sus debilidades y sus fuerzas de resistencia, su composición y sus reacciones, su formación psicológica y sus deficiencias sociales y económicas, a fin de fijar los métodos adecuados para emprender la destrucción de sus cualidades positivas.

Los fenómenos de la primera post-guerra eran muy distintos en América y en Europa y por consiguiente, el ambiente. Ni la guerra destruyó directamente la riqueza, ni los aviones abrieron los cráteres del bombardeo, ni el pueblo tuvo que ir a desfallecer en las trincheras. El problema social de nuestros pueblos era bien distinto del europeo. Un precario desarrollo industrial evitaba

las aglomeraciones obreras urbanas, y la mecanización de los talleres no alcanzaba a producir una desocupación que afectara la vida nacional; y en acuerdo con la doctrina de Marx, serían los excedentes desesperados de estos elementos urbanos y no los campesinos, los que se lanzarían en primer término a la revolución para el apoderamiento y destrucción de las bases económicas esenciales, porque el campesino ama la tierra y el obrero no ama su taller.

Pero si no existía la descomposición interna y externa de los países que sufrieron directamente la guerra, castigados por el desempleo, la miseria, la paralización de las industrias, la bancarrota comercial y la insuficiencia de la tierra laborable, la estructura general íntima de las naciones americanas presentaba fallas que podrían ser muy bien aprovechadas para acentuar el descontento y convertirlo en impulso destructivo. Estas fallas provenían de factores de diverso origen que han afectado la organización política y administrativa, y se manifiestan continuamente por una serie de fenómenos negativos entre los cuales se cuenta el convulsionado ardor de la invivencia. A causa de ellas, muchos países, acaso los de menor experiencia histórica, andaban chocando con toda clase de conflictos; en otros, las diferencias ideológicas profundizan divisiones internas irreconciliables; eran frecuentes las tiranías y los despotismos de torpes y primitivos dictadores; algunos experimentaban verdadera ansiedad de progreso, pero estaban devorados por una impotencia anárquica; otros, colmados de riquezas naturales, languidecían en la bancarrota y el déficit mientras sus habitantes perecían de miseria.

Y como a medida que afianzaban su poder en Rusia, tanto los teóricos como los ejecutores de la revolución comunista confirmaban su interés en la inmensa potencialidad de la América y en la inagotable provisión de sus reservas, los especialistas se encargaron de analizar las circunstancias que obstruían su desarrollo, los fundamentos que las sostenían y las posibilidades de

aprovechamiento que presentaban para la subversión. En primer lugar, la independencia con toda su presunción libertadora y revolucionaria no había abolido determinadas deficiencias del sistema colonial, especialmente lo relativo al derecho a la propiedad y a la desigualdad social por razones de linaje. En segundo lugar, la conformación apresurada de las nuevas nacionalidades, realizadas por noveles estadistas bajo la influencia de sentimientos más románticos que realistas, más idealizados que prácticos, se inspiró en la simple importación de determinados principios y enunciaciones en boga, sin que fuera posible una adaptación a las circunstancias de tiempo, de lugar, de raza, de condiciones telúricas, todo lo cual constituyó a la larga una verdadera imprecisión en los objetivos y en la valuación de los destinos. En tercer lugar, el exuberante y acelerado desarrollo de los Estados Unidos frente al lento y difícil de la América Latina acentuó la prepotencia y el instinto de dominio que ha sido característica de la raza sajona, y los políticos y capitalistas de aquel país se lanzaron sobre el sur con ansiedades imperialistas, cuyos excesos produjeron una mentalidad defensiva, la cual podría ser excitada por la propaganda bolchevique.

Por otro lado, la investigación adelantada por los técnicos bolcheviques para fijar el procedimiento de subvertir a la América Latina, encontró algunos elementos protectores de las nacionalidades contra los cuales habría que luchar especialmente. En primer término, todos los países se habían fundado sobre la base de un sentimiento individualista, al cual contribuían no solo los postulados filosóficos del liberalismo clásico, sino las tendencias instintivas de los aborígenes, que fueron siempre reservados y cuyas manifestaciones de relación se recortan siempre por actitudes silenciosas e introvertidas; y en segundo, no solamente las circunstancias históricas de la conquista y de la colonia y los temperamentos que se reunieron en la raza sino los atentados, más recientes, del imperialismo norteamericano, condujeron a la

formación de una acentuada y agresiva actitud nacionalista en todos nuestros pueblos.

Explicaremos a continuación el peso y la densidad de cada uno de estos factores propicios y adversos al apoderamiento comunista, como debieron verlos los técnicos soviéticos que elaboraron los planes iniciales de penetración. Lo hacemos con el propósito de que se fijen los límites respectivos y se establezca la posibilidad de que, corrigiendo los favorables y estimulando las resistencias, la América pueda salir victoriosa de la acechanza que viene poniendo en peligro desde hace algunos años la existencia de los valores esenciales de su destino.

a).— La desigualdad social

El punto más débil de las defensas de la civilización americana contra la invasión que pretende arrasarla y por consiguiente, el elemento que más facilitaba la acción comunista inicial, era la extremada desigualdad social. La organización de nuestros países después de la Independencia se fundó, como era natural, sobre las características de la sociedad colonial, dentro de la cual existían el privilegio y el exclusivismo, representados, principalmente, en la posesión de la tierra. Los primeros alardes de la emancipación, en todos los países, consistieron en la proclamación de libertades públicas y de doctrinas de igualdad ante la ley. Pero es lo cierto que las clases indígenas no lograron ninguna recuperación, que la esclavitud subsistió durante cuarenta o cincuenta años más, y que al abolirse fue reemplazada por un estado de servidumbre irredimible. A medida que la riqueza se hacía más ostensible por las mayores posibilidades de confort que representaba y que el dinero definía una posición social con más solidez que el linaje, la clase privilegiada entrelazó sus intereses en un sistema oligárquico, que ha dividido a casi todas las so-

ciedades latinoamericanas en sectores prácticamente antagónicos. En la cumbre quedaron situados los grupos que lo poseen todo, la tierra y las fábricas, la banca y la industria, de cuyo seno salen los administradores del Estado, los dirigentes de la política, los representantes y ejecutores del sistema económico, los ordenadores de todos los actos de la vida nacional, los cuales pactan, combinan, maniobran, especulan, y trafican, no solo para fortalecer su hegemonía, sino para acrecentar y asegurar su riqueza.

El resto de la población, con algunos matices a veces transitorios y aceptados principalmente por los intereses políticos de la oligarquía, presenta tres formas de inconformidad y descontento. En primer lugar se encuentra ese grupo que suele llamarse de clase media, auncuando esta denominación no corresponda a una realidad estricta. En lo general representa el núcleo más numeroso y heterogéneo de nuestras sociedades, y no se le puede asimilar a la burguesía propiamente dicha, si bien tiene contactos muy íntimos con lo que en forma más técnica se ha definido como tal. Enfilan en la clase media desde gentes de alta posición venidas a menos hasta artesanos u obreros adinerados, que pueden escaparse de su estrato inferior. La gran mayoría está formada por personas ansiosas de fingir una elevada posición social, la que no pueden sostener en la proporción deseada porque no disponen de medios para ello, por lo cual han de mantenerse en un estado continuo de simulación. De su seno salen los artistas y los intelectuales, lo mismo que los profesionales universitarios destinados realmente a ejercer sus oficios para subsistir, y cuyos títulos no son ornamentales como los que logran fácilmente las altas clases para afirmar su jerarquía en una sabiduría dipomada.

En un ambiente de ficciones culturales como es el de la América Latina, el artista o el intelectual de clase media no ejercen ninguna influencia, ni obtienen un provecho adecuado, en dignidad o en dinero, de sus

esfuerzos. Las altas clases los rechazan coléricamente como presuntos intrusos, porque solo aceptan las formas importadas de cultura, las que den **cachet** y representen altos contactos sociales, y las clases populares son excesivamente iletradas y carecen de sensibilidad y de interés por las manifestaciones de la inteligencia. Otro tanto ocurre con los profesionales universitarios, condenados, en su gran mayoría, a una condición precaria que los inclina a mezclarse en los negocios de la política donde pueden obtener mayor rendimiento. Son excepciones los individuos que, dotados de facultades especiales, de ese don del "savoir faire", logran evolucionar en su carrera e incorporarse en el seno exclusivista de los grupos dirigentes. Pero en lo general, ese múltiple conjunto de la clase media vive ansioso de progreso personal y atribuye sus descalabros y fracasos a la irregularidad del ambiente, que rodea de hostilidad al que carece de respaldo pecuniario, lo cual desarrolla una actitud de resentimiento y de amargura contra los grupos dominantes. Prejuicios tan ilógicos como inactuales le hacen abominable y aun deshonroso el trabajo manual, por lo cual se refugia en la burocracia y en las labores oficinescas. Esto introduce un elemento de ficción en su vida, que lo coloca en una situación de protesta, a veces silenciosa pero siempre latente, en su conducta general. La clase media, que más tarde será integralmente abolida, le suministra al comunismo la materia prima de los agitadores, porque es sensible a las excitaciones individuales, está mejor preparada para la acción proselitista, es aficionada a la polémica, dispone de oradores y de escritores y trata de embellecer sus ambiciones y de disimular sus dificultades con pretextos idealistas y desinteresados. De la clase media salieron todos los promotores de la revolución bolchevique, desde sus ideólogos primordiales, Proudhon, Marx, Engels, Rosa Luxemburgo, Louis Blanc, Kropotkin, hasta sus ejecutores efectivos, como Lenin, Trotzky, Bujarin, y Zinovief. La técnica marxista, perfeccionada al

cabo de prolongada experiencia, ha aprendido a valorizar a los intelectuales como elementos primordiales en el período de la agitación, y a colocarlos en su lugar superfluo y estorboso en cuanto hayan cumplido la esencia de su misión.

El suministro de elementos para los movimientos masivos, para darle vigor y violencia a la etapa de la acción, debía proceder del segundo factor en la composición social, constituído por el obrero urbano, el cual trabaja a veces de manera independiente en mínimas industrias o forma el personal de fábricas y talleres de gran capital. En la mayor parte de sus expresiones tiene un fondo de insolencia y rebeldía que la mentira comunista sabe explotar y exasperar. Esto se logra despertando, en primer lugar, la conciencia de la fuerza destructiva conjunta de la clase obrera, y luego, en una graduación adaptable a las circunstancias, la sensación del despojo, la rebelión contra la desigualdad, y el odio de clases. El obrero manual no requiere ningún retoque de adoctrinamiento ideológico. Su impulso sale de la confusa perspectiva de un mundo nuevo en donde su fuerza y su destreza predominarán sobre el ocio culpable del propietario o del patrón. Basta, pues, producirle ciertos reflejos mecánicos para conducirlo a la acción, y una de las técnicas elementales del agitador es promover esos reflejos sin darle mucho en qué pensar, sino presentándole el hecho simplista de su situación presente y la deslumbrante promesa de su futura exaltación. En todos los movimientos comunistas ha sido el obrero manual, impulsado al odio, el elemento de choque y de lucha más eficaz para desequilibrar la economía y romper el orden.

En el ínfimo piso de la organización social se encuentra el peón campesino, con sus complejos ancestrales de sumisión que le vienen desde la conquista, fueron conservados durante la Colonia y subsisten hasta la época contemporánea, porque en su gran mayoría pertenecen a la abatida raza indígena, a veces

ligeramente matizada por un mestizaje que no atenúa su humillación. En la mayor parte de los países de América, el latifundio ha sido el sistema vigente de propiedad, y la vida de la población campesina depende de unos cuantos propietarios, que exaltan su autoridad suprema y ejercen un poder casi feudal por sí o por medio de crueles y exigentes capataces. El campesino ama la tierra y su máxima ambición es la de poseer unos metros de superficie que le permitan sentirse propietario, así sea en la mínima escala posible. El agitador comunista lo podrá soliviantar fácilmente solo con prometerle una era revolucionaria en la cual el latifundio será dividido y el peón verá cumplido su gran anhelo de diminuto propietario. Con esta promesa, que incluye la emancipación individual, el campesino, de suyo dócil y humilde, tendría fuerzas y alientos para sublevarse y para lanzarse a la contienda, como lo hizo siempre en las guerras civiles, cuando suministró toda la carne de cañón que fue necesaria.

La excesiva desigualdad social que ha imperado en casi toda la América, la existencia de clases privilegiadas a quienes todo les sobra y de clases humildes a quienes todo les falta, fue considerada por los sociólogos bolcheviques como un ambiente propicio a la penetración comunista, que simplificaría el trabajo de los agitadores. Es evidente que teórica y literariamente ha existido la igualdad ante la ley en la constitución republicana y democrática de todos los países, pero no lo es menos que en la práctica las clases trabajadoras carecen en casi todos ellos de suficiente protección contra la ilimitada explotación que realizan las pudientes. Sus índices de vida son mínimos y el salario no basta para ahuyentar el hambre que ronda en torno a viviendas elementales y desabrigadas. La precaria condición de su existencia impregna de odio y de amargura su corazón, y al comunismo solo le falta atizar estos sentimientos y describir la sociedad ideal que se propone fundar, donde

todo será de todos, no habrá patronos egoístas y absorbentes, cada uno tendrá su parcela y verá sus necesidades satisfechas, para empujar a la violencia y a la revolución al hombre que se siente injustamente tratado.

Es innecesario declarar positivamente que este mínimo análisis carece de valor absoluto. Es un cuadro a grandes brochazos, sin precisar detalles de excepción o de agravamiento, de la realidad social en la América, que los sociólogos y los técnicos comunistas rusos estudiaron a fondo desde el primer momento, con todas sus alternativas y variaciones, para elaborar los planes específicos que condujeran en primer lugar a la destrucción interna de las nacionalidades, excitando los factores favorables y socavando los adversos, y en segundo a la conquista total de esos territorios para alzar en las cumbres andinas la roja bandera de la barbarie total.

Los rusos sabían muy bien desde el principio que el exclusivismo, la presunción y el egoísmo de las clases pudientes ha sembrado el descontento y el rencor en las clases inferiores, y sobre ello comenzaron a trabajar. Y como la situación de injusticia social, en la mayor parte de los países americanos, ha subsistido hasta nuestros días, todavía esta desigualdad extrema constituye un elemento disociador continuamente aprovechado.

b-.—La imprecisión política

La estructuración doctrinaria que sostiene la orgazación de la mayor parte de las naciones americanas no ofrece solidez suficiente contra los embates de la penetración marxista. Los ideales políticos y filosóficos fundamentales han sido demasiado imprecisos para constituir una coraza defensiva. En efecto, es sabido que la teoría de nuestras instituciones proviene del racionalismo que alcanzó su máxima expresión en la Revolución Francesa, y que de ese tremendo movimiento salió una

serie de principios que contribuyeron más a perfeccionar la técnica que a formar una cultura nueva.

Pero auncuando estas bases hubieran sido lo suficientemente sólidas y completas como para sustentar una civilización, lo que puede ponerse en duda con la simple contemplación del actual desmoronamiento de Europa, fundada sobre ellas, nuestros ideólogos y organizadores intentaron una conformación doctrinaria que no consultaba nuestras esencias, ni nuestras realidades económicas, sociales y aún étnicas, ni el estado y la potencia de nuestra civilización y nuestra cultura, tomadas en un sentido más global y colectivo de lo que habitualmente se hace. Los primeros legisladores y constitucionalistas se limitaron a copiar frases y fórmulas y con ellas pretendieron animar los cuerpos políticos de los nuevos estados.

De esta suerte, nuestras nacionalidades se fundaron sobre bases inadecuadas. Al cabo de un largo proceso de adaptación, prolongado durante varias generaciones y no reducido a unas cuantas décadas, que en el proceso individual son decisivas, pero que en el colectivo representan poca cosa, los países americanos acabarían por definir con perfiles precisos su personalidad y su ubicación propia dentro de la cultura universal. En el breve tiempo de su historia no han tenido tiempo de labrarse la fisonomía que les corresponde y que ha de provenir de todos los elementos físicos y morales, autóctonos y exóticos, abstractos y positivos, que constituyen sus esencias nacionales. De ello ha resultado la inestable estructura de nuestros países que hace de su biografía una serie convulsionada de revoluciones y golpes de cuartel. Es un hecho evidente que en casi todos ellos falta la maduración de una conciencia nacional y de un sentido de solidaridad social.

Los pueblos se encuentran, pues, sin la protección de una envoltura doctrinaria firmemente definida, a tiempo que han perdido la fe en sus dirigentes. Están colo-

cados en una situación de debilidad frente al miraje y a la seducción comunistas, que se presentan con programas de apariencia práctica para consumar el engaño total.

La misma inestabilidad ha dado margen a la prosperidad de la pequeña y de la gran industria politiquera, consistente en el tráfico de los puestos representativos, bien remunerados y para cuyo ejercicio no se exige ningún certificado de indoneidad. De ello ha resultado esa profusión de partidos políticos con distintas denominaciones, los cuales han hecho consistir la democracia en la cuantía de los beneficios prácticos que obtengan, bien sea en la disputa electoral, bien en la provisión de las posiciones burocráticas. De este concepto, y ensanchando sin límites la teoría liberal del "laissez faire", han extraído el sofisma de la libertad sin restricciones que ha engendrado tánta injusticia y tánta tiranía. En efecto, los partidos liberales pretenden hacer de la especulación, de la explotación del trabajo, del fraude electoral, del enriquecimiento ilícito, de la combinación política y de otras actividades en que el pez grande se coma al chico, la práctica de sagradas e intocables libertades. En realidad esta práctica representa el miraje de que se ha hecho víctima a los pueblos, a quienes se les ofrecen libertades que no pueden disfrutar, a cambio de los cruentos sacrificios que se les imponen, para el mayor enriquecimiento de las clases explotadoras en lo económico y en lo político.

Claro que los sociólogos bolcheviques que estaban buscando las fallas de estructura de nuestras Repúblicas cuando, a tiempo que el comunismo aseguraba su hegemonía en el antiguo imperio de los Zares, se preparaba al asalto de ese mundo prodigioso y ubérrimo que es la América Latina, lo descubrían indefenso y minado por vicios de constitución. Todos los países tenían de la política una noción comercial y utilitaria y carecían de una doctrina profunda-

mente cimentada que diera cohesión y firmeza a las instituciones por las cuales se regían. Partidos dispersos, conflictivos, imprecisos, proclamaban libertades imposibles para el pueblo y provechosas para el negocio politiquero. Los pueblos latinoamericanos, en la época en que Rusia, recién comunizada, se interesaba en preparar la extensión de su dominio hasta los confines del nuevo mundo, sentíanse escépticos sobre la eficacia de los principios en cuyo nombre los habían gobernado, engañado y explotado; y a esta desconfianza se unía la inmensa bancarrota que padecieron valores de apariencia indestructible en la primera guerra mundial, y cuya anulación llegaba como un oleaje pesimista.

Existían, pues, circunstancias que hacían propicia la penetración comunista en el inmediato futuro. La técnica de la infiltración y de la subversión sabría aprovechar estas circunstancias. Y no eran solamente la desigualdad social y la imprecisión política las que debilitaban la consistencia de la vida americana. A primera vista aparecían otros factores de trascendencia disociadora, como la ignorancia popular. No era difícil descubrir una inclinación cultural espontánea, especialmente en la clase media, que tenía manifestaciones individuales, pero que no representaba un espíritu, ni una tradición, ni una posición mental estable, ni tampoco definía una personalidad nacional o regional. Y mientras esto se practicaba como una simulación entre determinados intelectuales, ante la despectiva indiferencia de las clases dirigentes de la política y de la economía, los índices de analfabetismo alcanzaban proporciones impresionantes, porque en los gobiernos apenas existía una inquietud superficial por estos problemas, que no les parecían básicos, y porque los fondos públicos, muy reducidos por la insignificancia del desarrollo económico y por las restricciones que impuso la guerra europea, se destinaban primordialmente a fortalecer el

privilegio de los grupos oligárquicos y a emprender obras simplemente suntuarias, cuando no de conveniencia privada.

Los países latinoamericanos estaban, pues, estructuralmente indefensos cuando la victoria del comunismo en Rusia desencadenó sobre el mundo, como una plaga mortal, los gérmenes de la destrucción total de las más puras y nobles esencias humanas.

c).—Imperialismo y nacionalismo

Un factor que los investigadores rusos debieron estudiar muy a fondo fue el fenómeno del imperialismo que gravitaba sobre la América Latina y de las reacciones que producían en los pueblos los distintos atentados contra su soberanía, los que con frecuencia se convertían en situaciones permanentes. En lo largo de su breve historia, casi todos los países habían sido víctimas en una u otra forma de esta ambición, bien por amputaciones y usurpaciones de su territorio, bien por actos de ocupación militar, bien por el apoderamiento, a base de medios ilícitos casi siempre, por soborno o por conquista, de las fuentes de materias primas. Compañías norteamericanas poseían en todos los países concesiones sobre reservas minerales y agrícolas y sobre explotaciones de servicios públicos, dentro de cuya jurisdicción ejercían un poder ilimitado, más absorbente que el de un sistema francamente colonial, y explotaban a los nativos y los humillaban colocándolos en situación siempre inferior a la de los altivos e insolentes "gringos" y estableciendo salarios discriminatorios. En la mayor parte de los casos, los concesionarios no pagaban retribución alguna por sus expoliaciones, y cuando debían hacerlo procuraban trampear, aducir cláusulas de excepción, o conceder, por fin, como un favor especial, alguna participación que se denominaba "regalía", para introducir un aspecto de generoso desprendimiento a lo que era la más elemental de las re-

tribuciones. Los productos de las grandes explotaciones mineras, que comprendían todos los minerales, oro, plata, platino, cobre, hierro, estaño, petróleo y carbón, para citar solo los que se extraían en gran escala, o de las agrícolas, como azúcar, café, cacao, frutas y fibras, no dejaban al respectivo país ninguna utilidad, pues se llevaban y se vendían en mercados extranjeros y su valor se distribuía allá mismo entre los accionistas. Las compañías lograban eludir hasta los impuestos más insignificantes.

Esta prepotencia absorbedora y la política expansionista de que los concesionarios norteamericanos eran las vanguardias, constituyó durante mucho tiempo un sistema y una vocación nacional de los Estados Unidos. Los dirigentes hablaban de su "destino manifiesto" de dominación sobre los países del sur y del Caribe, y los estadistas aplicaban y metodizaban la penetración militar o simplemente tomaban posesión de aquellos territorios que fueran útiles para sus propósitos, sin tener en cuenta ningún derecho de soberanía o de independencia. Y cuando algún rubor o cálculo les impedía actuar por la violencia del "big-stick" la famosa "diplomacia del dólar" utilizaba los métodos sinuosos, la compra de conciencias, el soborno y otras prácticas similares que siempre obtenían resultados satisfactorios, porque favorecían ampliamente a las ricas oligarquías nacionales.

Esta política expansionista ha sido modificada en los últimos tiempos; pero en la época en que el comunismo se preparaba a lanzar sobre la América sus primeros agentes y los instruía sobre los puntos débiles de la organización de cada país y les enseñaba las astucias y los ardides que debían emplear para perturbar a los pueblos, estaba en su plena aplicación. Aún tiempo después de que hubiera comenzado la infiltración comunista, los Estados Unidos cometieron graves violencias intervencionistas en varios países.

En lo general, por razón de su propio instinto, todo

núcleo humano en estado de subordinación económica detesta al explotador extranjero que se lleva sin compensación el fruto de la tierra, la riqueza del subsuelo y el trabajo del nativo, sobre el cual ejerce la arrogante actitud de todos los conquistadores.

Este sentimiento fue más intenso y conciente en los pueblos latinoamericanos, que lucharon reciamente por independizarse de España y nacieron a la historia con un agudo espíritu nacionalista, que en veces ha tenido manifestaciones hiperestésicas. Las agresiones del imperialismo, no solo contra sus bienes, sino contra su soberanía, apoyadas unas veces en la fuerza y otras en la complicidad de ciertos sectores sociales, la situación de inermidad en cuya virtud han tenido que someterse al despojo y la humillación que muchas veces hubieron de soportar, no solo no pudo amenguar, sino que, por el contrario, exasperó hasta la susceptibilidad un institnto defensivo que todavía hoy suele culminar en actos agresivos.

El sentimiento anti-imperialista podía ser un excelente instrumento para incitar a la perturbación que el comunismo incipiente se proponía desarrollar en América, si hábiles agitadores lograban excitar esta animosidad hasta hacerla explosiva y vehemente, para lo cual inventarían continuamente pretextos, o sobrecargarían de importancia los hechos consumados y cualquier otra imposición efectiva, inflando incidentes secundarios y halagando la susceptibilidad nacional de cada uno de los países. Exasperado así el espíritu nacionalista, que es una cualidad defensiva, el comunismo lo aprovecharía si se presentaba como aliado compasivo para proteger a los pueblos débiles contra la brutalidad imperialista.

Pero esta fuerza solo podría ser aprovechada con suma sagacidad. En efecto, los mismos pueblos no tardarían en darse cuenta de que la esencia misma del comunismo, sus principios y sus procedimientos, son de carácter internacional, y por consiguiente antinacional y por lo mismo imperialista. Su doctrina no se funda

sobre hechos, o sobre episodios, o sobre emociones nacionales o patrióticas, sino que se asienta sobre bases universales; desplaza lo romántico y lo heróico y se aferra al positivismo económico; tiende a abolir expresiones esenciales en la vida de los pueblos, y los de la América Latina tienen bien definidas y constantes estas expresiones esenciales, como son los ideales de patria, el culto a los héroes y el orgullo ancestral proveniente de sus factores étnicos.

En resumen, el sentimiento nacionalista de nuestros pueblos podría ser explotado por el comunismo en determinados momentos y bajo ciertas circunstancias; pero está latente como una fuerza biológica, y en el fondo constituye un elemento defensivo contra la intención de convertir a la América Latina en una serie de estados comunistas sometidos al coloniaje moscovista. Sin embargo, bajo la presión de un engaño sistemático que explotara sus ingenuidades, lejos de oponerse francamente a la penetración comunista, podría contribuir a la acción de elementos perturbadores y al desarrollo de los gérmenes de descomposición que en esos momentos, poco después de la victoria roja de los bolcheviques, el comunismo se preparaba a dispersar sobre nuestros valles y nuestras cordilleras.

d).—El individualismo

En la estructuración, aún imperfecta, de los países que constituyen la América Latina, intervino, en forma directa, en el sentido práctico y en el filosófico, un sentimiento individualista, que provenía de las doctrinas entonces en boga en Europa, y que los próceres y estadistas iniciales trataron de poner en función sin una adaptación previa. Ciertamente, en la formación social posterior prevalecieron las costumbres y los elementos básicos de la Colonia, que establecían el privilegio y la desigualdad. Pero la independencia se llevó a cabo im-

pulsada por las teorías de igualdad y de democracia, que cautivaron la atención del pueblo, hasta cuyas capas inferiores trascendieron las nociones de su propio ser, para las cuales lo habían hecho apto los complejos ancestrales.

Es evidente que el individualismo, tal como fue concebido y definido por los filósofos racionalistas, esto es, como una reacción extremista contra los excesivos poderes del Estado y contra los privilegios de una linajuda minoría, conduce forzosamente hacia el libertinaje, no solo en lo ético sino en los campos económico y social, y hacia la relajación de los vínculos que deben unir al hombre con la sociedad. Estas deficiencias fueron las que introdujeron y profundizaron en los países europeos la excesiva desigualdad que provino del enriquecimiento y el predominio de los más fuertes y de los más hábiles, y se convirtieron en uno de los pretextos para la enunciación de la teoría marxista sobre la supremacía del trabajo y la comunidad del capital.

Pero si el individualismo doctrinario y sistemático trae consigo la injusticia, en cambio no contradice ninguna esencia humana, como lo hace el colectivismo al abolir el amor del hombre por sí mismo y al vetarle sus propias satisfacciones. El individualismo culmina en un abuso de la personalidad, en la preeminencia del hombre sobre la sociedad, y este es un defecto fundamental. Si el sentimiento individualista que es inherente a nuestros pueblos y que en las masas populares inferiorizadas se convierte en resentimientos, fuera conjugado con determinados límites a la exagerada libertad y con una conciencia de responsabilidad social, se obtendría el equilibrio de una estructura social fundada sobre la solidaridad de todas las clases y sobre la recíproca cooperación; y esta estructura sería invulnerable, por lo menos en sus bases esenciales, a los asaltos del comunismo por disolverla.

De todas maneras, en virtud de su individualismo,

en lo general cualquiera de los tres instrumentos de la actuación marxista —el intelectual o pseudo-intelectual, que es el agitador, el obrero urbano, que ejerce la violencia, y el campesino, que realiza la parte más decisiva del desordenamiento— carece de la disposición al renunciamiento total a sí mismo que exige el comunismo. Ya vimos las condiciones dentro de las cuales las gentes engañadas se colocan a su servicio y realizan la obra que éste necesita en sus etapas iniciales. Pero auncuando dentro de las tres capas se lograran conseguir elementos dinámicos y realmente propulsores, su adhesión no sería incondicional e irrestricta, sino condicionada a la convicción de que la doctrina marxista pueda considerarse como el equilibrio de individualidades que finge ser en sus mentirosas enunciaciones. Porque es lo cierto que, en lo general, el hombre latinoamericano es indisciplinado, indócil, impetuoso y por lo tanto inconstante e inclinado a no aceptar pasivamente la imposición de opiniones ajenas. Es indudable que esta condición, unida a la imprecisión programática y ejecutiva de las ideologías partidistas y a otros factores determinantes y típicos de la configuración moral de nuestros países, es una de las causas de la inestabilidad política de que casi todos ellos han sido víctimas, y la razón de que, en su funcionamiento habitual, hasta los más clásicos y tradicionales partidos políticos se encuentren siempre embarazados por conflictos internos y por disidencias procedentes del inconformismo de los afiliados y de su insumisión a la disciplina interna y al prestigio de los dirigentes. Desde antes de lanzarse sobre la América, el comunismo comprendió que el funcionamiento de los partidos que fundara no podría tener, a lo menos en su iniciación, la férrea disciplina que era necesaria. Por más que trajeran consigo un programa de innovaciones aparentemente seductoras, como la propiedad común, la elevación social de los trabajadores, la humillación de los ricos y otras enunciaciones igualmente mendaces, que engañarían a determinados sectores de las clases oprimidas, los técnicos

del marxismo sabían que mientras no se eliminaran por lo menos los efectos superficiales del individualismo, los partidos comunistas no serían nunca el bloque impenetrable, dócil y sujeto a la infalibilidad de los dirigentes que por aquella época comenzaban a ser en Europa.

La práctica ha comprobado estas previsiones. Durante muchos años los grupos marxistas existentes en nuestros países se han resquebrajado porque algunos elementos insubordinados han producido escisiones y han pretendido imponer un criterio analítico en las decisiones, lo cual ha impedido la formación de esa ciega mística colectiva que ha sido una de las grandes fuerzas del desarrollo comunista. Muchos de los sindicatos y agremiaciones obreras han sido y siguen siendo dirigidas u orientadas por elementos comunistas bien aleccionados, y estos son los promotores principales de los graves desórdenes que se han presentado en casi todos los países, la destrucción de la riqueza, las dificultades financieras y la descomposición económica que son los éxitos comunistas. Pero a pesar de ello, a pesar de la técnica directiva, solo en raras ocasiones estas entidades han adquirido un carácter totalmente mecanizado y sumiso. En su seno han ocurrido disturbios y se han discutido los métodos de lucha. La autocrítica, el renunciamiento, la humillación personal y otros de los procedimientos que han consolidado la fortaleza totalitaria de los partidos comunistas en Europa, no se han podido aplicar en la misma proporción en la América Latina, porque el obrero no es lo bastante dócil para sujetarse a tales disciplinas y porque su individualismo esencial lo inclina a la discusión antes que a la obediencia, a la protesta antes que a la resignación. Y en virtud de esta fisonomía, proveniente de la intensidad de los sentimientos individualistas, solo en escala singular y no masiva el comunismo ha podido formar mentalidades capaces de llevar hasta sus últimos extremos la aniquilación total de sí mismos en beneficio de la organización colectivista.

Por estas razones ha sido y seguirá siendo muy difícil el establecimiento de regímenes comunistas en América con todas las características de absolutismo que presentan los europeos o asiáticos. En los experimentos que se han hecho en Guatemala, en Cuba y en Costa Rica, entre otros, el régimen careció de consistencia y acabó por ser derribado por el mismo pueblo. Pero es evidente que, si no puede aún tenderse sobre la América Latina una cortina de hierro tan rígida e impenetrable como la que cubre el Medio Oriente europeo, los planes trazados por Moscú lograrán que, como preparación para su aniquilamiento, los países sigan encontrando obstáculos, a veces invisibles, contra su organización; padezcan choques sociales de inusitada violencia y sufran hondos quebrantos económicos por defectos administrativos. Los conflictos efectivos que resultan de sus deficiencias orgánicas derivarán hacia una invivencia de pretexto político; y seguirá habiendo, como hasta ahora, otras manifestaciones similares que imposibiliten la unidad, dificulten la prosperidad, detengan la producción, desarticulen la estructura financiera, estallen en revoluciones sin otro objeto que el disturbio y siembren la confusión y el desorden. Y esto es suficiente para ir minando la moral, socavando los elementos de cohesión y preparando, sin apuro pero sin descanso, el colapso total que estuvo en la mente de los expertos marxistas desde cuando planearon el arrasamiento de la civilización. Ya desde entonces sabían que entre nosotros no se dan espontáneamente ni el temperamento, ni la mentalidad, ni la abnegación, ni el renunciamiento, ni la psicología en general, ni las condiciones que son necesarias para intentar en un momento dado la constitución de estados comunistas de tipo soviético. Y concibieron sus proyectos teniendo en cuenta estas circunstancias y tratando de aplicar una táctica adecuada a ellas para destruirlas y neutralizarlas.

Así, pues, desde los días en que la revolución comu-

nista se asentó en Rusia y confirmó el destino ecuménico que le habían asignado sus fundadores, sus ideólogos y sus ejecutores, fué clasificado y medido el material aprovechable que podían ofrecer los pueblos de la América Latina y concebido en dimensiones arquitectónicas el proyecto de la penetración, que podía realizarse en una campaña de largos alcances. Para empezar, no resultaba difícil excitar, especialmente en las clases intelectuales, los sentimientos antiimperialistas, los que serían objeto de una interpretación y una dialéctica marxistas, y éstas alcanzarían una finalidad y una perspectiva positivas, que vitalizarían la actitud de resistencia enteramente pasiva y verbal que hasta entonces se había observado respecto de la expansión del capitalismo norteamericano. Tampoco era difícil demostrar a los pueblos que los derechos de igualdad ante la ley de patronos y obreros, de latifundistas y peones, consagrados en las constituciones de todas las repúblicas, eran irrisorios en la práctica para las clases trabajadoras, las cuales solo estaban protegidas por un formulismo inoperante contra la explotación de que eran objeto y que el comunismo los haría partícipes de la propiedad si se lanzaban con decisión a la conquista de su derecho. Ya los instruirían sobre la técnica de la lucha y les despertarían la conciencia de su potencialidad destructora.

Para conquistar la adhesión de los grupos intelectuales, especialmente jóvenes inexpertos, la cuestión se colocaría en un plano de mayor categoría, sosteniendo la caducidad de las doctrinas y de las ideologías que alimentaron el nacimiento y los primeros pasos de nuestras repúblicas, que tuvieron fallas fundamentales porque condujeron a la injusticia y al privilegio. Sobre estas mentes podría proyectarse la sofística lumbre del precioso materialismo histórico y de la interpretación marxista de la economía, la cual se presentaría revestida con llamativas indumentarias de categoría científica y como el lógico reemplazo, moderno y civilizado, de las

ineficaces teorías políticas que no pudieron evitar la guerra, cuando el mundo podría vivir bajo el signo de una inmensa e inconmovible paz bajo la fraternidad comunista.

Además de los factores de orden psicológico, habíanse valuado en toda su extensión generatriz de descontento y de protesta los vicios de la práctica, la tendencia a la simulación cultural de ciertas clases, la ignorancia popular y todos los elementos que pudieran conducir a la destrucción de la organización existente o por lo menos a su perturbación fundamental.

Estudiado así el plan en todos sus lineamientos, era preciso comenzar a ejecutarlo. Y muy poco tiempo después de la revolución roja, cuando apenas empezaba a consolidarse entre el crimen, el terror y la miseria, la acción de proselitismo comunista empezó a extenderse sobre la América Latina.

VIII

LA PRIMERA PENETRACION

La primera infiltración comunista en América antes de 1920 fue simplemente contemplativa y sentimental y cabalgó sobre un fantasma de amor por la libertad. Los hombres de mediana cultura y los intelectuales de casi todos los países solo vieron en la revolución de 1917 el gesto dramático y heróico de un pueblo esclavizado y martirizado durante siglos, que se alzaba para reclamar su libertad y su derecho a la dignidad humana. Las penalidades y sufrimientos de ese pueblo eran conocidos por esa densa y atormentada literatura, principalmente novelística, en que apiadados escritores como Tolstoy, Dostoyewsky, Gorki, Chejov, Artzibachef, Pushkin, Kuprin, Korolenko y otros muchos pintaban las miserias, la resignación, la bondad innata, el misticisto fatalista del desdichado mujik o la pueril rebeldía del oscuro y hambriento obrero urbano. La convicción de tánta miseria y la total solución que para tánta maldad traería consigo la revolución propagaba el júbilo que, según suponían los ingenuos, experimentaban esos tris-

tes y desvalidos seres al gozar de libertad por primera vez.

Los intelectuales seguían con viva emoción las peripecias del drama, cuyos lineamientos no estaban claramente proyectados. Lo esencial era que un pueblo se había alzado contra sus tiranos seculares para alcanzar su libertad a costa de todos los sacrificios. La efímera república de Kerensky pareció no representar exactamente los ideales comunes sino moverse dentro de un ambinte transaccional, en el cual los anhelos de restauración humana solo se alcanzarían a medias.

Coincidían la revolución y sus fragores de cataclismo con la amargura y el esceptismo que en las nuevas generaciones inspiraban los horrores de la guerra, vislumbrados apenas al través de contradictorias informaciones periodísticas. Las juventudes americanas experimentaban una imprecisa desconfianza hacia los métodos y las doctrinas que hasta entonces habían realizado la historia y descubrían que algo había cambiado fundamentalmente, y que era indispensable buscar nuevos derroteros para seguir adelante. Era una sensación confusa, imposible de ser definida por los que no habían padecido en carne viva el horror de la guerra, pero lo bastante intensa para que las primeras tentativas de aparición ante el público de esa generación nacida al rededor del 1900 se encaminaran a pedirle cuentas a la anterior sobre la manera como había administrado el patrimonio común, y a denunciar lo que había de infecundo y torpe en sus ejecutorias.

Esta disposición psicológica de las juventudes contribuyó a darle relieve y seducción a la revolución rusa. Las teorías de Marx, que hasta entonces habían sido tema de discusión para pseudo-eruditos, comenzaron a descender de su empirisimo y a interesar a la nueva generación, incapaz de comprender el alcance del artefacto ideológico en que se había basado el judío alemán.

Las tesis eran nebulosas y opacas, pero estaban presentadas con habilidad sofística. La simple enunciación de algunas de ellas parecía llevar consigo la evidencia, y el análisis de los hechos económicos sugería un infinito impulso de justicia y de humanidad.

Dentro de tales circunstancias, el proceso bolchevique y las victorias del ejército rojo, organizado con elementos exclusivamente populares y dirigido por generales improvisados, que abatían a los príncipes autócratas y a sus batallones formados por envilecidos siervos, despertaron un vivo entusiasmo entre las nuevas generaciones americanas. La tragedia de Ekaterimburg pareció un procedimiento más expedito y dinámico pero no menos necesario que la larga prisión del Temple, y con esta comparación entre el zar Nicolás II y Luis XVI se establecía de hecho la similitud existente entre la Revolución de 1793 y la de 1917, ambas encaminadas a transformar la historia del mundo y a abrir etapas nuevas en la evolución de la sociedad humana.

Ninguno de cuantos, bajo una inspiración primaria e indocumentada, trataban de reducir la revolución bolchevique al catastrófico colapso de una autocracia absolutista y feroz y al nacimiento de una inmensa democracia igualitaria y justiciera, pudo prever la endeblez y la falsía de la apariencia libertadora que la inspiraba. No había bases para sospechar que el plan comunista no se limitaba a un simple cambio de gobierno y de métodos políticos y administrativos, sino que se extendía al propósito de subvertir todos los valores de la civilización; ni que las teorías marxistas, con su atuendo científico, llevadas a la acción, tomaban la forma de sofismas explosivos, que no dejarían piedra sobre piedra en la historia humana; ni que las más repugnantes aberraciones como la delación, la traición, el asesinato, el robo, la hipocresía, se convertían en virtudes y en méritos, en tanto que cuanto hubiera de noble en el espíritu humano, la gratitud, la fe religiosa, la piedad, la honradez, la sinceridad,

sería considerado como reaccionarios prejuicios burgueses que era preciso exterminar en el hombre que pretendiera considerarse libre.

Ni nadie podía imaginar que aquel movimiento reparador acabaría por desembocar en una tiranía más cruenta y feroz que la de los zares, en la cual serían eliminados todos los derechos humanos para el beneficio de una minoría burocrática que habría de reemplazar monstruosamente a la antigua nobleza moscovita.

Bajo el impulso de esa ingenuidad interpretativa, durante los años inmediatamente siguientes a la revolución, muchos de los jóvenes que comenzaban su actuación en la vida, llegaban a los periódicos o escalaban por primera vez las tribunas de los oradores públicos, hicieron una continua apología de la Rusia soviética recién nacida y de sus próceres, especialmente de Nicolás Lenín, con su cráneo deforme y sus rasgos mongólicos y del pintoresco León Trotzky, el organizador del ejército rojo, con su barbilla recortada en punta y sus lentes de presión ajustados sobre la corta nariz eslava. Pero tanto esas apologías como las expresiones admirativas eran sólo vana literatura, porque nadie podía penetrar en las intimidades de aquel mundo siniestro, y sólo salían a flote las emociones superficiales.

Entretanto, la revolución se consolidaba en actos de la más atroz brutalidad. La horrenda miseria y el hambre total que fueron sus primeras consecuencias empezaron a remediarse parcialmente. Con inmensas deficiencias se intentaba organizar un sistema económico. Y mientras así se trataba de reparar la catástrofe interior, los apóstoles del sentido universal del marxismo ideaban métodos de propaganda y de infiltración, dividían el mundo en zonas de influencia y adaptaban sus sistemas a las circunstancias específicas de cada país: potencialidad económica, factores geográficos y étnicos, tendencias psicológicas y morales, formación política y otras similares.

Y así fue cómo, más o menos enterados de las rea-

lidades aprovechables del ambiente, instruídos en la técnica de penetración y de desconcierto de los valores fundamentales, respaldados con el dinero que fuera menester y adoctrinados en la fe y en la convicción marxistas, en los años de 1920 a 1922 aparecieron en casi todos los países latinoamericanos bandadas de agentes rusos, que se diseminaron por las principales ciudades disfrazados como obreros, artistas, bailarinas que se decían princesas destronadas, vendedores ambulantes y aún campesinos, encargados de predicar y demostrar la dichosa fraternidad de una sociedad sin prejuicios ni privilegios, en la cual los humildes serían ensalzados y destruídos los explotadores de todo género. Reunieron, con el atractivo de su exotismo, con la apreciación benevolente y humanitaria que despertaba la reciente revolución, a estudiantes, escritores y artistas en sus modestos talleres de lavandería o de zapateros remendones, o en refinadas tenidas de arte de vanguardia, como entonces se decía, les ofrecían fuerte té ruso o vodka, les llamaban "tovarich", les hablaban de mujics y de isbas, y todo esto seducía las imaginaciones, ya preparadas por la lectura de la abundante novelística rusa del siglo pasado y de los primeros años del actual, toda impregnada de piedad humana, de angustia y de una honda sensibilidad justiciera y cuyos autores, como Tolstoi y Gorki y Dostoyewsky, habían hecho de sus vidas un apostolado de amor y de paz.

La propaganda inicial de estos agentes no se dirigió a las masas obreras, ni mucho menos a las campesinas directamente, sino que se limitó a actuar sobre la juventud universitaria y profesional, principalmente sobre escritores y políticos precoces. No pretendían una irrupción de violencia que se hubiera limitado a conflictos y choques pasajeros, sino que trataron de constituir un ambiente de influencia que se encargaría luego de distribuir metódicamente el virus en todo el cuerpo social.

Con simples explicaciones teóricas y actuando sobre mentes ágiles y jóvenes, ansiosas de entrar en acción en la vida y dominadas por la imaginación y las natu-

rales características de la edad, formaban un criterio dentro del cual se acentuaba la sensación del oprobio y de la injusticia existentes, se explotaba la piedad humana por los desposeídos y se embellecían la fraternidad, el equilibrio económico y la efectiva igualdad y convivencia entre los hombres que prometía el comunismo. Y al propio tiempo que excitaban la beligerancia contra el imperialismo, invistiéndola con pretextos de recuperación nacionalista y mostraban la caducidad de las ideas políticas vigentes, cuya práctica había conducido a las iniquidades del latifundio y al envilecimiento de los trabajadores, enseñaban la fabricación de bombas domésticas, la técnica de la organización obrera, el aprovechamiento de elementos psicológicos y personales para crear en las masas sentimientos de violencia, y la práctica del sabotaje, y revelaban los puntos frágiles de la estructura económica y social y los métodos de exterminio de todos los valores materiales y morales que sustentaban el predominio de la abominable burguesía.

Fue en desarrollo de estas catequesis como apareció el primer partido procomunista, con expresos pretextos de lucha anti-imperialista. Un universitario peruano, Víctor Raúl Haya de la Torre, conjugó con las seductoras teorías marxistas algunos aspectos de la realidad latinoamericana, como la postración de los valores nacionales —pueblo, economía, política— ante la avidez absorcionista del capital extranjero y con tan efectivos elementos constituyó el Apra, partido de finalidades revolucionarias y dinámicas. El Apra, con su programa circunscrito a problemas definidos y su esencia marxista, encontró adherentes entre las juventudes de casi todos los países, y aun cuando nunca logró victorias decisivas, contribuyó siempre a soliviantar los ánimos y a desbrozar el camino para la infiltración abiertamente comunista.

A medida que realizaban su labor didáctica, estos activos agentes seleccionaban los mejores de sus discípulos para ser invitados a Moscú, con el fin de perfeccionar su adoctrinamiento marxista. La selección se ha-

cía teniendo en cuenta la capacidad para desarrollar la agitación, la intensidad de una fe que debía comprobarse con el desprecio y aún la agresión contra los sentimientos familiares y patrióticos y sobre todo la potencialidad para la delincuencia, pues sus tareas del futuro implicarían la comisión de atentados, la aplicación de torturas y otros ejercicios de los cuales debía estar ausente todo sentimiento de piedad humana.

A su regreso, algunos de los becados, los más inteligentes y observadores, habían descubierto la verdad bajo la densa cortina de preparación y de artificio en que los envolvían y si eran lo bastante audaces, denunciaban la farsa inicua, pero no se les creía, sino que se les calificaba de ingratos y traidores. Otros, más ingenuos, estaban seguros de que el hambre que azotaba al pueblo ruso, el desorden, el crimen vigente, la atroz miseria en que se debatía, eran simples etapas inevitables dentro de la lucha gigantesca que habría de partir la historia en dos: y era justo que una generación se sacrificara para construir el mundo del futuro. Otros llegaban poseídos de esa fe fanática, de ese ardor místico que se coloca por encima de todo razonamiento y que no admite contradicción ni duda, porque estaban hechos de madera de mártires, y tenían fallas emocionales o deficiencias psiquiátricas.

Los jóvenes que habían sido sojuzgados por la apariencia científica del marxismo, por la energía en su aplicación, por el cambio fundamental que traería consigo, o por los naturales resentimientos personales que produce una situación desventajosa padecida desde la infancia, se lanzaron a la lucha. Actuaban unos, como ya se dijo, con ardiente desinterés y espíritu de sacrificio. Otros, comprometidos por su propia timidez o por la gratitud correspondiente al paseo efectuado. No faltaban los espíritus escépticos, que habían perdido la fe en las viejas ideologías y se aferraban a cualquier novedad que implicara un cambio, aun cuando fuera engañoso. Ambiciosos que deseaban hacerse rápidamente una posición,

espíritus sinceramente inconformes que se rebelaban contra la tradición y el quietismo, farsantes y comediantes que encubrían bajo una doctrina sus instintos delictivos, de todo hubo en la agitación comunista realizada a partir de 1921 y prolongada con la unánime tolerancia durante algunos años, con importantes beneficios para la empresa demoledora que era su objetivo final.

En tribunas improvisadas, en salones de conferencias, en las columnas de los periódicos y revistas, los jóvenes recién convertidos al marxismo realizaban una obra de propaganda y penetración que ya no era inspirada en simples especulaciones literarias, sino fundada en los métodos de dialéctica y de técnica psicológica que habían aprendido en los improvisados centros de educación creados por los emisarios bolcheviques. Llevados de su fervor apostólico, enseñaban a su vez la doctrina de amor, de piedad y de justicia que haría de la humanidad una vasta hermandad sin restricciones políticas ni sociales, una sociedad sin clases, una comunidad ejemplar, en donde todo sería de todos, los humildes aplastarían a los soberbios, y los poderosos se verían reducidos a su natural condición de miembros de un conjunto igualitario.

Determinados elementos de la vieja generación, aquellos que pretendían mantener su influencia sobre la juventud, ante cuyos ojos no podían aparecer retrasados en el conocimiento de las nuevas inquietudes que agitaban al mundo ni reaccionarios frente a los movimientos evolutivos, y algunas veces impulsados, además, por propósitos de finalidad política o electoral, mostraron un súbito interés por el marxismo. Avezados escritores y periodistas que dirigían la opinión pública, profesores universitarios de antigua trayectoria y aun expositores y dirigentes de los partidos tradicionales, no directamente influídos por los agentes rusos que colocaban el germen de la subversión como si fueran jardineros de plantas exóticas, empezaron a manifestar un vivo interés por las intimidades del materialismo histórico y por las ca-

racterísticas pérfidas de la sociedad capitalista a que ellos pertenecían, se preocuparon por las consecuencias gigantescas de la revolución industrial, discutieron sobre la plus valía y la legitimidad de su usufructuo, se ufanaron de haber leído, y lo que es más, de comprender las tesis sustentadas en "El Capital" y con ello contribuyeron a su propaganda, no sin pretender mantenerse en un plano de observación sociológica o filosófica. Incluso mentalidades clausuradas para toda evolución y aferradas a la inmovilidad de los hechos y de las ideas tradicionales, prestaron alguna atención y no pudieron permanecer insensibles ante el flamante espejismo de justicia y de humanitarismo con que se mostraba la revolución bolchevique e hicieron manifestaciones de cordial simpatía hacia los rehabilitados siervos y esclavos moscovitas.

De esta manera, atacando todos los aspectos de la sensibilidad, según los distintos temperamentos, excitando en unos la piedad, incitando a otros a la destrucción, estimulando las ambiciones personales, deformando sentimientos legítimos, alimentando la vanidad de los principiantes, invistiendo de carácter intelectual la investigación marxista y aprovechando todas las debilidades del ser humano, la nueva inquietud avanzó prodigiosamente, a lo menos en teoría, en todos los países de América. Amparándose bajo clasificaciones de izquierda, el marxismo llegó a ser hacia 1923 un signo de relativa distinción intelectual, tal como ocurre en los tiempos presentes con la admiración hacia los desafueros pictóricos de los artistas abstractos o con la exhibición de modales y posturas existencialistas.

IX

LA ACCION INICIAL DEL COMUNISMO

En desarrollo de una táctica diabólica y hondamente premeditada, los agentes soviéticos de la primera infiltración sistemática se abstuvieron de establecer contacto con las masas obreras. Su propósito era crear agitadores nativos y capacitarlos moral y físicamente para que, aprovechando las deficiencias orgánicas de nuestros países, especialmente la extrema desigualdad y las características de cada zona o región, crearan nuevas dificultades, atizaran el descontento y el odio de los explotados, paralizaran o desquiciaran la economía, provocaran el desempleo y estimularan la violencia, la rebelión y la agresividad en pueblos acosados. En acuerdo con la técnica marxista, los trabajadores no necesitaban de adoctrinamiento ideológico ni de interpretaciones del mecanismo social, sino que debían actuar como una fuerza bruta y ciega. Bastaba con despertarles la conciencia de su poder demoledor, con excitarles los anhelos de retaliación por la injusticia con que eran tratados, con acentuar las situaciones de miseria, de angustia y desespera-

ción, y con dejarles vislumbrar el mundo maravilloso que podrían construir sólo con su esfuerzo y decisión.

Con estudiantes y profesionales noveles, así aleccionados, se fundaron los primeros partidos comunistas, en los cuales rara vez participaron obreros manuales. Las instrucciones y reglamentos para su funcionamiento venían directamente de Moscú, a través del Cominform, porque la lucha debía ser orgánica y disciplinada, lo que era el primer anticipo del renunciamiento a la personalidad y del absoluto sometimiento y obediencia que se impondrían más tarde. Presionados por esta tutela, rígida y severa, los ingenuos comunistas iniciales presumían de su condición internacional, abjuraban de sus prejuicios burgueses de patria, fe y familia, pensando que lo hacían sólo como táctica, y se sentían los gloriosos precursores de una etapa de justicia universal. Esta posición los situaba en un plano profundamente antinacional, lo cual no era obstáculo para que predicaran un nacionalismo exasperado con el pretexto de combatir las incursiones del imperialismo norteamericano. Es verdad que si el comunismo no se detuvo nunca ante el crimen ni ante la traición. mucho menos se preocuparía por una falla contra la lógica.

Con dinero ruso se fundaron periódicos y se difundieron revistas y libros, unos francamente proselitistas y otros encubiertos de teorías y de literatura, según el campo a donde fueran destinados. Se empezaron a convocar manifestaciones populares de adhesión a Rusia y de protesta contra el imperialismo, y con esta propaganda comenzó la fundación de sindicatos, inspirados en fines de subversión y en objetivos demoledores. Ya desde algún tiempo atrás, tal vez durante la guerra, se habían intentado en algunos países tímidos movimientos de agremiación; pero faltos de espíritu de lucha, de objetivos exactos, de sentido cooperativista, tales tentativas de unidad languidecieron sin efecto, con tanta mayor razón cuanto que no se había buscado la homogeneidad profesional. Pero desde 1920 ó 1921 los jóvenes agitado-

res empezaron a infiltrarse en talleres y fábricas, a convocar a reuniones y mítines, a enseñarles a los obreros el alcance de su poderío si unían en una sola voluntad sus decisiones, a arrebatarles los residuos de timidez social que en algunos sectores subsistían sobre las igualitarias legislaciones teóricas. Con el fin de seducir la retrasada imaginación de los ignorantes trabajadores, rodearon su propaganda de una innecesaria clandestinidad, organizaron células de diez personas dirigidas por jefes que permanecían en el misterio, y se adoptaron procedimientos de apariencia ritual para la inscripción en ellas. Ordenes secretas, cónclaves de dirigentes, mensajes cifrados, eran métodos de irresistible seducción, porque excitaban la fantasía, elevaban la importancia personal y aseguraban la unidad de acción. La mayor parte de estas asociaciones estaba dirigida por personas ajenas al gremio o al oficio respectivo y eran periodistas, escritores o abogados o simplemente agitadores sin profesión precisa, porque los obreros estaban aún incapacitados para intentar su propia organización.

Muy pronto empezaron a redactarse los primeros programas de redención social y apareció el sistema coercitivo de los pliegos de peticiones. Eran programas ambiciosos, exagerados, por encima de las realidades, pero tenían la virtud de despertar la ambición y el ímpetu de los trabajadores. No solamente aumentos de salarios, sino auxilios que los obreros no habían concebido jamás, participación en las utilidades de las empresas y aun en la administración de los negocios y otras pretensiones desorbitadas fueron incluídos en perentorias y amenazantes proclamas formuladas por espontáneos intermediarios ajenos al taller o la fábrica, y que se adjudicaban la misión de soliviantar a los trabajadores.

Los campesinos fueron excitados también con exigencias adecuadas a su mentalidad y a sus recortadas ambiciones. Se plantearon la división de los latifundios y una reforma agraria en cuya virtud cada campesino, aún el más humilde, debería poseer su parcela, aun cuando

el Estado totalitario ruso ya comenzaba a realizar la espantosa matanza de kulaks y pequeños propietarios que se oponían a la colectivización de la tierra y pretendían conservar antiguos derechos o reclamar las promesas con que habían estimulado a los siervos rurales en la hora de la revolución. En los mismos programas de acción se invitaba a la lucha por una autonomía nacionalista en contra de la absorción imperialista, adaptando las exigencias y las proclamaciones a las circunstancias específicas de cada país. Se aduló a las clases obreras y campesinas con los excesos de una demagogia refinada y sagaz, reservándose las ejecuciones en masa de las mismas para después de la victoria, cuando preguntaran por el cumplimiento de las prácticas de justicia y de igualdad por las cuales habían hecho la revolución y exterminado a los patronos.

En poco tiempo comenzaron a presentarse los primeros desórdenes, especialmente en las concesiones extranjeras de productos minerales, explotaciones agrícolas y servicios públicos. La despótica y abusiva organización de estas empresas y su absolutismo creaban un ambiente propicio a la subversión. Los nativos veíanse humillados y maltratados, sujetos a una discriminación de salarios y a reglamentaciones injustas y lesivas. La insolencia de los explotadores y su arrogante superioridad despertaban un odio cordial. La ley estaba siempre de su parte, aun en los más inicuos atropellos y despojos.

No le fue, pues, difícil al comunismo incipiente introducir la beligerancia entre los trabajadores de esas empresas. Se declararon las primeras huelgas. La intervención oficial agravó la situación cuando los fusiles oficiales, casi en todos los países, se pusieron al servicio de las compañías y sacrificaron a centenares de rebeldes que adquirían categoría de mártires. Acuciados por sus directores encubiertos o francos, los obreros trataron de resistir. Muchos de los dirigentes fueron encarcelados y sometidos a procesos vindicativos. Pero la señal de los dis-

turbios había sido dada. La energía sanguinaria de las represiones despertó la indignación en ciertos sectores de la opinión pública, que no consideraba justo ni patriótico el sacrificio de vidas nacionales para proteger los intereses de extranjeros que se llevaban la riqueza pública. Las reclamaciones de los trabajadores fueron reconocidas justas y aun ensalzadas en algunos ambientes de sensibilidad anti-imperialista, que oportunamente eran excitados, y de esta suerte, en acuerdo con sus previsiones, el nacionalismo de nuestros países, condensado en la resistencia contra el apoderamiento de las riquezas naturales, fue explotado sin saberlo para efectos de propaganda comunista.

Muy pronto el movimiento de subversión iniciado primordialmente entre los trabajadores de las compañías extranjeras, se extendió a las empresas nacionales. Ya utilizado el instintivo sentimiento anti-imperialista, se procedió a movilizar los defectos de la organización social y la injusticia que la presidía. La experiencia adquirida, lo mismo que la infatigable propulsión de los dirigentes comunistas, intensificó el desarrollo de la acción que ya podía calificarse como una verdadera insurgencia social. En algunas haciendas y explotaciones agrícolas, especialmente en las próximas a los centros de población, los campesinos se atrevieron también a la huelga, y para manifestar su decisión incendiaban las plantaciones y ejercían otros actos de violencia.

Las represiones oficiales y las defensas del orden no fueron eficaces, unas veces neutralizadas por la oposición política, puesta también a concurso para los fines comunistas, y otras porque sus excesos despertaban la censura de la parte más pusilánime de la piadosa opinión pública.

Al propio tiempo, los jóvenes profesionales aleccionados en las prácticas y en la mentalidad marxista, poderosamente ayudados por las ocultas e irresistibles fuerzas que emanaban desde el Cominform o impulsados por sus propias ambiciones, empezaron a escalar posiciones

de influencia en los respectivos gobiernos, más o menos a partir de 1924, unas veces camuflados y otras en descubierto. Aun cuando en número muy reducido, algunos llegaron al parlamento y a otras corporaciones administrativas y se incorporaron en la alta y baja burocracia, ascendiendo hasta los gabinetes ministeriales, o a las directivas de los antiguos partidos. De ello resultó durante un período que se prolongó por tres o cuatro años una intensa agitación positiva que concretó en hechos reales: la adopción de tesis de extrema izquierda por los partidos liberales; el establecimiento de relaciones diplomáticas y culturales con la Unión Soviética, lo cual protegía con privilegios excepcionales a los instructores, no sólo de la doctrina marxista, sino de los métodos comunistas de lucha y penetración; el estímulo oficial y aun la protección remunerada a la formación de sindicatos obreros bajo la dirección de los mismos expertos comunistas, incluso extranjeros; la ampliación del derecho de huelga en casi todas partes sin control ni restricciones; las tentativas de una reforma agraria que redujo el volumen de la producción y encareció el costo de la vida; la conversión de los sindicatos gremiales en fuerzas de choque políticas; el ataque abierto a las concesiones extranjeras y en algunos casos la caducidad arbitraria de ciertos derechos contractuales; la expedición de leyes contradictorias de beneficio social, que imponían sobre las empresas de manera súbita obligaciones excesivas; el recargo de los presupuestos públicos con gastos superfluos que conducían al déficit, y otras medidas similares, adoptadas todas según los planes concebidos por las altas directivas comunistas.

Con tan fundamentales innovaciones no se trataba en modo alguno de proteger a las clases trabajadoras ni de imponer principios de justicia social, pues jamás el comunismo tuvo en cuenta el bienestar de los obreros, ni siquiera en los días de la actividad inicial. Se trataba sólo de desquiciar las estructuras económicas nacionales; de despertar en las masas la clara conciencia de su po-

der destructor; de crear conflictos de naturaleza insoluble; de fomentar el odio social; de provocar la decadencia de la producción, y por lo tanto el hambre y el desempleo, para conducir a la desesperación a los mismos obreros; de llevar a los países a la bancarrota fiscal y a la dislocación de sus sistemas financieros; de intensificar los recelos y las suspicacias naturales entre las naciones americanas; de introducir, en fin, en la vida de nuestros pueblos el desorden, la destrucción y el caos. Porque este ha sido el método técnico para formar el ambiente propicio al predominio comunista.

X

EL DESORDEN Y EL CAOS

Como consecuencia de la improvisada dinámica de los trabajadores, hasta entonces excesivamente sumisos y dóciles incluso a la insistencia de su propia humillación, y de las absurdas e inconsultas reformas legales y administrativas que eran el resultado del plan dirigido desde el Cominform, se produjeron en casi todos los países los fenómenos de perturbación y de inestabilidad que habían sido previstos.

Hacia 1926 y de ese año en adelante comenzaron a padecerse de manera más general las consecuencias de la activa descomposición general. Una densa confusión mental e ideológica, que padecían por igual dirigentes políticos y autoridades financieras y era otro producto de la táctica marxista, les impedía definir el origen de las turbulencias y de los insólitos problemas artificialmente creados.

Los síntomas de esta descomposición fueron múltiples. Las reformas agrarias, en cuya virtud se parcelaron varias haciendas y fundos próximos a las ciudades

y se repartieron entre los campesinos, disminuyeron la producción agrícola. En primer lugar, fue imposible usar métodos modernos y mecánicos de cultivo; en segundo, las labores se practicaron con anarquía y sin orden y los parcelarios carecían de dinero para fertilizantes y semillas; en tercero, los peones campesinos no educados para su condición de propietarios, ni aún en pequeño, fueron incapaces de administrar sus parcelas, y después de abandonarlas, pronto empezaron a transferir las propiedades, lo que conducía a la reconstrucción del latifundio. Acaso algunas normas de cooperación agrícola en una forma realmente técnica y no con propósitos exclusivos de perturbación, podría conducir a un mejoramiento de la condición del trabajador campesino. Pero la reforma inspirada por el comunismo no trataba de eso, sino de crear dificultades. En muchos lugares los campesinos se sublevaron a la manera rusa y asesinaron a los patronos e incendiaron las plantaciones.

El costo de la vida aumentó considerablemente, no sólo por la merma de la producción agrícola y el desaprovisionamiento de los mercados, sino porque se ejecutaron actos de una barbarie primitiva, como quemar los víveres con pretextos de protesta para lograr mejores salarios y más elevadas tarifas de transporte.

Las huelgas obreras se repitieron con abrumadora frecuencia y las peticiones se hicieron cada vez más exageradas y absurdas. Los obreros, empujados por consejeros de violencia, incendiaban los talleres, destruían la maquinaria y ejercían otros actos de sabotaje, que los privaba de toda posibilidad de trabajo en lo sucesivo. En Colombia, por ejemplo, para citar un solo caso, obreros del transporte fluvial, que era absolutamente fundamental para la economía, echaban a pique las naves y arruinaban a las empresas. Los dirigentes gremiales, instruídos por los comunistas, usaban contra los edificios y las maquinarias las famosas "bombas Molotov", botellas llenas de gasolina, que producían una te-

rrible explosión incendiaria. El asesinato de patronos y administradores de empresas se hizo frecuente. Y a pesar de que la destrucción implicaba la disminución de las posibilidades de trabajo, los pliegos de peticiones seguían conteniendo exigencias tan absurdas como la instalación de campos de tenis para los obreros, vacaciones con viaje pagado a lugares de veraneo en otros climas, licencias remuneradas de quince días al padre obrero por el nacimiento de un hijo y cosas así. La negativa a discutir estas y otras exigencias por parte de los patronos producía sangrientas y demoledoras represalias.

Con el fin de satisfacer las exigencias cada vez más apremiantes de los trabajadores, estimulados por los mismos gobiernos en cuyo seno se habían infiltrado los agentes soviéticos, y con el pretexto de hacerles justicia se dictaban disposiciones que afectaban en su esencia la propiedad privada, o imponían a ésta deberes imposibles. Leyes de aparente beneficio social, como elementos de protección, regalías, donaciones y auxilios exagerados quebraron a muchas empresas de pequeño capital, que eran una poderosa base de estabilidad económica, puesto que en conjunto representaban una enorme fuente de ocupación de trabajadores.

Numerosas fábricas cerraron, otras quedaron totalmente destruídas por el sabotaje y se acentuó el desempleo. Centenares de obreros sin trabajo recorrían las calles urbanas fomentando el desorden con la bandera de "marchas del hambre" y, excitados por impetuosos oradores, asaltaban los comercios y cometían otros desmanes, que la autoridad se veía obligada a contener con la fuerza pública. El objeto de estas asonadas era el de ejercitar y entrenar al pueblo en la técnica del asalto revolucionario y de paso producir las víctimas que mantuvieran encendida la agitación y la protesta, levantaran el nivel de la mística y excitaran la combatividad y el espíritu de represalia y sublevación entre los trabajadores.

En virtud de esta incitación los desocupados obre-

ros y los campesinos desarraigados de algunos lugares se organizaron en cuadrillas de malhechores bajo el comando de jefes improvisados, milagrosamente hábiles en la maniobra de la guerrilla y de la sorpresa, y conseguían, sin saberse cómo, las armas necesarias para saquear e incendiar las propiedades rurales o los pequeños caseríos. Los jefes de estas cuadrillas disponían de secretarios y ayudantes que redactaban encendidos manifiestos demagógicos con pretensiones de repetir la revuelta bolchevique, y en los cuales algunas de estas bandas llegaban a calificarse a sí mismas como ejércitos del pueblo.

Las mismas influencias comunistas, cuya misión era la de romper el equilibrio económico y provocar todas las perturbaciones posibles, indujeron a la adopción de las medidas más absurdas y antitécnicas para solucionar momentáneamente los problemas que habían surgido de la hostilidad contra la industria y la agricultura. En efecto, se establecieron exenciones aduaneras y aun subvenciones específicas para la importación de víveres, con el pretexto de contribuir al abaratamiento de la vida, y con ello se asfixiaba cualquier tentativa de la iniciativa privada para recuperar su elasticidad y sus actividades, pues las nuevas obligaciones impedirían competir con los precios de los artículos importados, tan generosamente protegidos. Se dictaron leyes para auxiliar a los sindicatos en huelga, lo cual les permitía a éstos prolongar indefinidamente el paro de las fábricas hasta arruinar a los propietarios que se habían salvado del sabotaje. Con ficticios e inoportunos pretextos de recuperación nacionalista, se cancelaron intempestivamente algunas concesiones extranjeras, a cambio de fuertes indemnizaciones, con lo cual se dejaba a varios millares de obreros sin trabajo y se aumentaba el desempleo. El Estado adquiría algunas empresas de servicio público, y las entregaba a los sindicatos entre los cuales no había técnicos ni expertos. El manejo de las instalaciones por obreros bruscos e ignorantes, las arrui-

naban. los servicios desmejoraban y las empresas producían graves pérdidas.

Así se precipitaba el caos financiero. Y como durante ese mismo período, hasta 1928, los Estados Unidos se habían convertido en prestamistas de casi todos los países del mundo, pero especialmente de la América Latina, las influencias comunistas propiciaban la celebración de empréstitos cuantiosos para subvenir a las necesidades artificiosas que habían creado y para dilapidarlos en las inversiones más negativas e irreproductivas. En efecto, el dinero de los empréstitos, contraídos en condiciones leoninas, se destinaba primordialmente a satisfacer los compromisos absurdos que habían echado sobre sí los gobiernos y que en realidad constituían poderosos estímulos a la destrucción o al anulamiento de los factores económicos básicos, como eran las subvenciones a la importación de víveres, el auxilio a los obreros en huelga o la compra de las valiosas propiedades rurales próximas a las ciudades para hacer de ellas distribuciones gratuitas de pequeños lotes improductivos; y en segundo lugar, a la construcción de monumentos, palacios y otras obras suntuarias, sin preocuparse sino en mínima parte por los transportes, por ejemplo, que tanto servirían a la economía. Los prestamistas norteamericanos miraban complacidos esta dilapidación casi enloquecida a la que un ingenio financista llamó la "danza de los millones", y la estimulaban sin sospechar las oscuras influencias determinantes, y pensando ingenuamente que la condición de deudores que adquirían países tan ricos en materias primas los colocaba en situación de inferioridad para el cumplimiento de planes ulteriores de dominación imperialista; y entre tanto recogían el mismo dinero que prestaban, vendiendo los sobrantes de la guerra que estaban almacenados en sus depósitos. Pero los dirigentes comunistas actuaban sobre las tesis del materialismo histórico y de la dialéctica marxista, según las cuales esta situación desembocaría fatalmente en un antagonismo destructivo entre las dos

Américas, la latina y la sajona, lo cual se convertía en causas sistemáticas de hechos que en el futuro serían inexorables y favorecerían los vastos planes de conquista universal que se ampliaban y se dirigían desde los antros secretos del Kremlin.

En suma, hacia 1928 la infiltración comunista había logrado en casi todos los países de la América Latina, donde adoctrinó agitadores y los ayudó a llegar a las posiciones claves, espléndidas y consecuenciales victorias. En virtud de su intervención, los problemas permanentes y típicos de cada país se habían agravado y las soluciones posibles aparecían cada vez más remotas e improbables. Las controversias simplemente partidistas se habían excitado hasta la lucha armada y el atentado personal. Las diferencias sociales, acentuadas artificialmente, despertaban sentimientos de odio que llevaban a los trabajadores, principalmente a los campesinos, a la intempestiva y sangrienta rebelión contra los propietarios, cuyas tentativas de defensa encendían más la beligerancia de los insurgentes, instruídos y guiados por dirigentes comunistas. La desigualdad se había hecho más vistosa y hacía imposible la reconciliación tranquila entre las clases y el regreso a la antigua rutina.

La moral pública estaba notablemente relajada por la natural corrupción que trascendía de la abundancia del dinero prestado. Las absurdas inversiones de estos fondos y el sistema arbitrario de su administración llevaron el soborno y el prevaricato a ciertos sectores de la burocracia, que se hizo dúctil y flexible en sus responsabilidades.

La autoridad y la unidad de los partidos tradicionales, en cuya fuerza descansaban las instituciones más o menos democráticas, fueron socavadas por la anarquía introducida con los mentirosos programas de reforma social que, como toda obra comunista, carecían de sinceridad y tenían por objeto exclusivo subvertir el orden. Las esencias doctrinarias de esas colectividades, ineficaces de suyo, se hicieron contradictorias e incongruentes,

y cada una de ellas trató de hacer las más ostensibles demostraciones de algo que se dió en llamar, con un sentido proc ive y pérfido de confusionismo, sensibilidad social.

Dentro de ese desquiciamiento general y ese desvencijamiento de la economía de todos los países, abandonadas las fuentes de producción, definidos en forma permanente los conflictos sociales, exasperadas las ambiciones políticas, agravadas las dificultades financieras, los partidos comunistas en casi todos los países de América habían logrado el pleno reconocimiento legal, competían en los actos electorales con las agrupaciones más o menos democráticas, pero tradicionales de todas partes, alcanzaban asientos en los parlamentos, ya no embozados sino con su propia denominación, y fortalecían la posición de sus miembros o de sus agentes y servidores en los puestos decisivos de algunos gobiernos. Desde las embajadas soviéticas fluían panfletos, libros, instrucciones y dinero para continuar el plan de enmarañar la vida nacional y acentuar el caos y la descomposición interna. La formación de institutos culturales también soviéticos, propiciada por varios Ministerios de Educación, aumentaba las facilidades con que los emisarios bolcheviques actuaban sobre la juventud estudiantil y sobre los profesionales jóvenes, a los cuales se imponían compromisos cada vez más duros y severos, previa la excitación de las ambiciones personales. Por conducto de estos institutos se establecieron más firmes y constantes intercambios culturales con Moscú y continuamente viajaban estudiantes y profesionales a mejorar su adoctrinamiento en las universidades bolcheviques y a celebrar pactos que habrían de atarlos de por vida al servicio de los magnates del comunismo ruso, aun cuando no fueran recibidos en el partido, que se había hecho más exigente y limitaba en exceso el honor de la inscripción, la cual se guardaba como la suprema recompensa por servicios prestados.

Sin embargo, en acuerdo con las técnicas marxistas,

en ninguno de los países el comunismo manifestó ansiedades de tomar el poder, ni siquiera premura por alcanzar el predominio, porque todavía la lucha se hallaba en el estado de fermentación y cualquier proclamación comunista de uno de los países era prematura y resultaría inestable. La táctica era seguirlo corrompiendo todo, continuar ensombreciendo el ambiente, acentuar la destrucción de la moral pública, incitar al desorden y esperar el día en que esa descomposición culminara en un movimiento sísmico que produjera el desplome de las estructuras nacionales.

XI

INFRUCTUOSAS TENTATIVAS DE DEFENSA

En el período inicial, cuando sólo se mostraba como una teoría humanitaria y justiciera que había animado la liberación de un pueblo secularmente esclavizado a un poder autocrático, el marxismo con su apariencia científica pudo presentar un aspecto interesante para los espíritus románticos y generosos que soñaban con un mundo más amable y fraternal. Pero la manera como empezó a aplicarse la doctrina de la igualdad social, con la exaltación de sentimientos de violencia, la enseñanza de la destrucción de la propiedad, la clara intención de introducir irremediables perturbaciones en la estructura íntima de todos los países, descubrió bien pronto a las mentes lúcidas y observadoras el monstruoso fraude que se preparaba. Bien claro se vió que el propósito primordial del marxismo no era el de equilibrar las relaciones entre el capital y el trabajo, ni el de establecer una sociedad sin clases, inspirada en nobles aspiraciones de armonía y convivencia, sino, por el contrario, el de arrasar todos los valores morales y materiales para hacer de

la América y del mundo un campo yermo de donde hubieran desaparecido hasta las últimas huellas de la cultura y de la civilización.

Pero las denuncias del peligro no fueron al principio sino voces en el desierto. La ingenuidad de los cándidos, la indolencia mental de los ignorantes, la complicidad de los convencidos y la incomprensión y torpeza de la mayor parte de los hombres de influencia política y social, se convirtieron en sordinas para las llamadas de alerta que se formularon desde el principio contra la carcoma que venía a devorar hasta los cimientos de la democracia y de las instituciones de nuestros países.

Durante varios años, las concitaciones a la defensa quedaron apagadas por la estridencia de cuantos se sintieron bajo el deslumbramiento de las nuevas ideas de organización social y fueron engañados sobre el origen de la descomposición que empezó a presentarse desde el primer momento y que, bajo la inspiración de un convencional materialismo histórico, se atribuyó sólo a causas naturales, a las funestas consecuencias de la guerra europea, o a la normal evolución social hacia formas más adecuadas y contemporáneas.

Por otra parte, el marxismo ofrecía con toda seriedad un paraíso más positivo y tangible que el puramente espiritual de la religión y que no excluía a éste. La equitativa distribución de los bienes, la elevación de los humillados y el abatimiento de la arrogancia de los poderosos, la inmensa falacia de la propiedad común, la ideal armonía del colectivismo que representaba la máxima solidaridad social, eran promesas que penetraban con irresistible seducción en el ánimo de los explotados, los sumergidos, las víctimas de la desigualdad. Los viejos partidos no ofrecían ningún programa tan afirmativo a pesar de algunos esfuerzos para renovarse, y el comunismo presentaba el cuadro del porvenir con líneas simples y precisas, sin márgen analítico. Ciertamente hasta entonces sólo se había conseguido el desorden, pero la técnica proselitista, perfeccionada por la

experiencia, les demostraba a los trabajadores, tanto manuales como de profesiones liberales, que sólo por la lucha y el sacrificio conquistarían el maravilloso legado que les asignaba el buen viejo Marx.

En cuanto a los efectivos intelectuales reunidos y aleccionados como base de agitación desde 1921 por los agentes bolcheviques diseminados en la América, fueron alineando sus posiciones en un orden proporcional a las circunstancias. Algunos se retractaron porque tenían un fondo de probidad moral que los inducía a denunciar la farsa que constituía la propaganda, y regresaron a los partidos tradicionales con un ardor nuevo y un sentimiento del peligro que representaban las deficiencias de la organización social. Su efímero rapto marxista les había descubierto la necesidad de sensatas reformas que eliminaran los factores propicios a la infiltración. Trataron de invitar a la reflexión y al reconocimiento de la terrible amenaza que encarnaba la doctrina, tan atrayente para los cándidos con su temeraria y embustera enunciación, pero sus voces fueron tan desoídas como las de quienes lanzaron los primeros llamamientos, y los agitadores se encargaron de circundarlos de una aureola de apostasía y traición que limitaba su autoridad y su prestigio.

Otros enfriaron su entusiasmo luchador y abandonaron la línea de fuego, porque carecían del ardor necesario para la campaña activa y dinámica que era menester. Pero no abjuraron de su fe marxista, siguieron fieles a su convicción y se situaron en un estado de espectativa, que se convertiría en acción en cuanto se produjera la turbulencia; y entre tanto ayudarían a la desmoralización del pueblo con su escepticismo y su pasividad.

Los que actuaban impulsados por su conveniencia y sólo buscaban oportunidades para sobresalir y obtener ventajas, regresaron a los viejos partidos en cuanto vieron que la recompensa no era fácil ni inmediata en el servicio de una doctrina que exigía, ante todo, obe-

diencia y renunciamiento. Pero estaban listos para transferirse de nuevo y afiliarse otra vez y movilizarse cuando esta actitud les reportara un beneficio más positivo.

Finalmente, los elementos sinceramente convencidos, los ilusos, los que actuaban bajo el impulso de su resentimiento y de sus instintos antisociales, formaron una vanguardia aguerrida y sin escrúpulos que cumplía sus consignas y trataba de completar la obra iniciada.

Con esta ordenación el movimiento perfeccionó sus métodos, porque aprovechó a cada uno en su justo rendimiento. Los remisos o los indolentes habían constituído más bien un peso muerto en la acción y ahora pasaban a formar una especie de retaguardia, que si no era capaz de hazañas heroicas, podía prestar invaluable cooperación para emponzoñar el ambiente, contagiados como estaban en mayor o menor grado del morbo marxista. Muchos de ellos, en efecto, se mostraron tan útiles en su aparente indiferencia, que fueron favorecidos con la atención de ocultas y poderosas ayudas para alcanzar posiciones en el parlamento o en la burocracia.

Al propio tiempo, las masas obreras seguían aportando su concurso como fuerzas de choque y destrucción. Y de esta suerte, desconocida por unos, ayudada por otros, mal interpretada por muchos, la penetración comunista seguía su obra disolvente y aprovechaba todos los factores que la composición social, su propia previsión, o la ingenuidad y la corrupción de los políticos ponían en sus manos. Durante la prolongada experiencia mejoraban los procedimientos de lucha y adoptaban nuevos instrumentos que permitían aumentar la presión e intensificar la desarticulación.

A pesar de los visibles errores cometidos por los gobiernos y de los males que producía la agitación dominante, que tantas víctimas había producido y que imposibilitaba la restauración de la normalidad, todavía durante largo tiempo nadie escuchó las voces de la prudencia, ni las invitaciones a la reflexión, ni las advertencias sobre el inmenso peligro que amenazaba a to-

dos los pueblos, condenados a la esclavitud futura por la decisión del poderoso y desalmado imperialismo soviético.

Al cabo, sin embargo, de la ruda efervescencia que desde hacía algunos años vivían todos los países de América y de las perturbaciones que se habían introducido en su funcionamiento, comenzaron a aparecer, por fin, algunas señales de inquietud. Las admoniciones muchas veces formuladas sobre la ruta visible de disolución por donde estaba siendo conducida la América y sobre el porvenir que esperaba a nuestros países una vez que fueran demolidas las bases de su civilización y de su cultura, por defectuosas y aún equivocadas que parecieran en algunos de sus aspectos, despertaron por fin algún eco en la opinión, una minoría de la cual se inclinó a arremolinarse en una concentración defensiva.

Todavía, sin embargo, durante mucho tiempo fracasaron todas las posibilidades de coordinar para una reacción metodizada a los elementos decididos. Múltiples factores desvirtuaban los esfuerzos y diluían las tentativas de iniciar una campaña contra el proteico enemigo que, como los bacilos infecciosos, se deslizaba por los íntimos vericuetos del organismo y destruía las células vitales.

En primer lugar, surgieron, aún entre los convencidos de la inminencia y la gravedad del peligro, disputas y controversias sobre el origen de sus síntomas y accidentes, como la decadencia de la producción, el desempleo, el caos financiero y económico, la política sindical y la perturbación del orden público, pues no todos los criterios coincidían en atribuir estos fenómenos en el mismo grado a la corrosiva infección y se buscaban argumentos e interpretaciones alejadas de la realidad, lo cual desarticulaba la eficacia de cualquier movimiento.

En segundo lugar, casi todos los gobiernos seguían recibiendo dinero prestado fácilmente por los banqueros de los Estados Unidos, y auncuando comprometían el porvenir de los países en operaciones usurarias, disponían

de fondos para atenuar el desórden y cubrir las dificultades de la administración y las necesidades del momento, lo mismo que para calmar a los obreros insurrectos con dádivas y transacciones. Tan monstruosa irresponsabilidad engendraba una fatal y culpable despreocupación ante el problema fundamental del desconcierto sistemático y afectaba la moral colectiva y el sentimiento de conservación social.

Otro factor que neutralizaba las advertencias de los hombres previsores y de los que desconfiaban de las sinuosidades del plan comunista, consistía en las disensiones políticas que han sido parte fundamental en la historia de la América Latina, y que entonces adquirían un carácter especial, según la índole y las circunstancias de cada país. En algunos de ellos formáronse coaliciones y componendas para participar en la dilapidación de los empréstitos, y el comunismo se inmiscuía en ellas para incitar al fraude. En otras, por el contrario, la oposición alcanzó proporciones revolucionarias y conspirativas porque sus dirigentes no tuvieron acceso a los importantes favores que podían distribuirse en las combinaciones financieras, y también el comunismo impulsó esta lucha y enseñó mejores métodos francos o indirectos para el éxito de las conjuraciones, desde la formación de guerrillas hasta la práctica del atentado personal, desde la técnica de la difamación hasta la del golpe de estado.

En tales circunstancias era difícil llevar a cabo una defensa racional contra la invasión del comunismo, multiforme y dinámico, que se filtraba por los intersticios de la administración y de la sociedad, minaba los principios, anarquizaba la disciplina y diluía la responsabilidad de los ciudadanos.

Fue, pues, en vano que las fuerzas vivas de algunos países pretendieran imponerse a la común imprevisión y a la activa complicidad. Hacia 1928 se propusieron varias medidas de represión contra los excesos perturbadores. Se pidió que se evitara, por ejemplo, el agre-

sivo desórden de las llamadas "marchas del hambre" que el comunismo organizaba con los obreros cuyas violencias los habían dejado sin empleo. Se sugirió la posibilidad de limitar el desenfado con que los partidos comunistas habían llegado a actuar en sus propagandas, ora exhibiendo en sus procesiones callejeras la bandera de la Unión Soviética, ya pidiendo la muerte de los dignatarios públicos, ya concitando libremente a las masas, por medio de pasquines y charlatanes, al asesinato y al disturbio. Algunos propietarios rurales pidieron la creación de cuerpos de policía que los protegieran contra los contínuos atentados de que eran objeto sus personas y sus bienes. Fue concebida una posible reglamentación para el funcionamiento de los sindicatos y para evitar el abuso de la huelga, con el fin de que no se desnaturalizaran en la subversión y el arrasamiento sus objetivos legales.

Pero estas y otras aspiraciones similares fueron rechazadas por los Parlamentos de casi todos los países, cuando fueron formuladas. El celo de quienes pretendían salvar a los pueblos y resguardarlos contra el apoderamiento comunista fue objeto de una apasionada controversia, en la cual participaban no solamente los elementos ya reconocidos como revolucionarios o como filocomunistas, sino dirigentes y voceros de los partidos tradicionales cuya política interna los había llevado a la oposición, para el desarrollo de la cual adoptaban todos los pretextos que se les venían a las manos siempre que condujeran a la censura de los gobiernos.

En esta resistencia contra la sensatez y el sentido común, nadie, ni siquiera los mismos afiliados del comunismo, actuó con tánta eficacia ni sirvió con tan positivo denuedo al propósito comunista de conflagración social, ni combatió con tánto encono las tímidas tentativas de defensa del orden como las publicaciones y aún los partidos liberales, que adoptaban diversas denominaciones según los países donde se desenvolvieran. Exégetas del individualismo y apologistas del sistema capitalista, asumieron la más contradictoria actitud. Eran

las doctrinas liberales las que habían conducido a la intensificación de la desigualdad económica y al predominio absolutista del capital sobre el trabajo, esto es, a la miseria absoluta de las clases trabajadoras y al privilegio de las enriquecidas, creando así el ambiente de iniquidad que dió motivo a la aparición y robustecimiento de las teorías concebidas por Marx. Su ilimitado concepto de la libertad personal, su exaltación del individuo, que el liberalismo concibe atento a su exclusiva conveniencia y desligado de la sociedad en que vive, como no sea para extraer de ella el mayor provecho egoísta, había desembocado en la absurda concepción del Estado Gendarme, en que la autoridad era impotente para regular las relaciones ciudadanas, para proteger a las clases débiles y para dictar normas que sujetaran al individuo a un mínimo de deberes. Según este concepto, el Estado cometía una usurpación de los preciosos derechos individuales y obraba despótica y tiránicamente al limitar el ejercicio de libertades como la de reunión o asociación, la de palabra o la de pensamiento, para refrenar los excesos de la propaganda comunista y defender contra ella la estabilidad social.

Llevados, pues, de esta falacia libertaria por la derivación de un ficticio proceso doctrinario y por una monstruosa aberración, incompatible con la realidad social, fueron los grandes diarios liberales los que encabezaron una campaña encaminada a pedir garantías para el comunismo, los que calificaron las tenues aspiraciones represivas como presuntos atropellos oficiales, los que tendieron la mano y abrieron sus columnas a los que se presentaron como seguras víctimas del abuso de la autoridad y como inevitables mártires, si es que prosperaban las intenciones de violar los derechos constitucionales. Esta ficción y la algarabía liberal, en el seno de cuyos dirigentes se habían infiltrado los hábiles apóstoles bolcheviques, que lograron en gran parte orientar hacia la izquierda los programas de algunos partidos, convirtieron la protección al comunismo y a sus agentes

y propagandistas en el símbolo y la concreción de un espíritu moderno, igualitario y civilizado. Y de esta suerte las propuestas de represión contra los esfuerzos disociadores y las medidas de protección para las esencias sociales fueron presentadas como el resultado de una mentalidad cavernaria y retrógrada, ajena a las reivindicaciones sociales y a la dignificación humana, mentalidad que convertiría a los gobernantes en déspotas y tiranos.

La formación de este ambiente, más que los hechos parciales de las huelgas sangrientas, de los incendios y de los actos de sabotaje, constituyó la verdadera victoria comunista en esa etapa de infiltración en América, porque le conquistó valiosos agentes que sin llamarse comunistas, sirvieron y siguen sirviendo maravillosa y desinteresadamente a los fines protervos de la disolución continental.

XII

DEPRESION Y REACCION

En 1929 la fortaleza económica y financiera de los Estados Unidos, que parecía fundarse sobre bases inconmovibles, sufrió un catastrófico colapso. Empresas industriales y bancarias, establecimientos comerciales, negocios de crédito internacional se vieron súbitamente paralizados y una bancarrota desarrollada en cadena afectó la vida nacional, y dada la influencia del poderoso país, también la internacional. Durante diez años se había abusado, con incomprensible desenfado, de la situación excepcional que produjo la primera guerra. La superproducción en gran escala llegó a límites de saturación, todos los posibles mercados habían sido copados, y el original sistema de prestarles dinero a los países pobres o empobrecidos para que tuvieran medios de adquirir esa superproducción industrial tuvo fallas matemáticas imprevistas.

Como consecuencia de este suceso, los países latinoamericanos que se habían empeñado en la llamada "prosperidad a debe", se vieron súbitamente privados de

recursos. Las operaciones de empréstitos se iniciaron en 1924, y los gobiernos se habían comprometido irracionalmente. Los banqueros de la famosa Wall Street formulaban las ofertas de dinero y ofrecían comisiones a los funcionarios influyentes para apresurar las negociaciones. Los prestatarios, absolutamente inexpertos para manejar las importantes cantidades que se les venían a las manos, se entregaron a una dilapidación desenfadada. Ya vimos cómo los agentes comunistas que habían llegado a posiciones de influencia burocrática o legislativa impusieron una política de aparente trascendencia social —subvenciones a la acción sindical comunizante, estímulos y exenciones a la importación de víveres, nacionalización de empresas extranjeras sin medios técnicos ni expertos para administrarlas, subsidios a los desempleados, y otras medidas similares— cuyo único objeto era el de quebrantar la realidad y la normalidad económicas, exasperar a las clases trabajadoras, debilitar la produción interna, crear situaciones de invivencia y comprometer el porvenir de los países en una serie de operaciones financieras imposibles de cumplir.

Todos los países tenían pendientes solicitudes de nuevos empréstitos, incluso para pagar las cuotas de amortización o los intereses de los anteriores y para atender a los artificiales gastos generales que se habían dejado imponer por las sombrías, hábiles y siniestras maniobras comunistas. Al producirse el colapso y quedar clausurada la era de los créditos, los gobiernos habituados durante cinco años a moverse en ese artificial río de oro, sufrieron un tremendo desconcierto. Debían cantidades inmensamente superiores a sus posibilidades, y no invirtieron de ellas sino mínimas partes en obras que quisieron ser reproductivas, pero que estuvieron dirigidas sin técnica y sin planificación orgánica, y no rindieron por lo tanto provecho ni utilidad alguna. En cambio, los factores de sus economías normales estaban desquiciados, se habían reducido la producción y el cultivo de víveres y otros artículos indis-

pensables, la molicie de las importaciones reemplazaba la austeridad del trabajo productivo, y ese desórden, propiciado por el comunismo con la ayuda del dinero de los empréstitos, que obnubiló con su resplandor dorado la apreciación realista de los acontecimientos, consolidó para los agitadores las importantes victorias que hemos señalado en las páginas anteriores.

Casi todos los países se vieron obligados a imponerse inmediatas restricciones. Fueron suspendidas algunas de las obras públicas que se construían sin plan de conjunto, suprimidas subvenciones y regalías, reducida la importación de víveres, eliminadas las reparticiones suntuarias, disminuído el volúmen de la burocracia y adoptadas otras normas de sobriedad. Incluso algunos se vieron obligados a desafiar el poder del imperialismo declarando moratorias o suspensión de pagos, lo cual creaba nuevos adversarios. Tan fundamentales cambios de conducta no propiciaban ciertamente la tranquilidad social, ya tan ampliamente perturbada por el quebranto introducido en todos los ámbitos de la vida nacional, y por el contrario fueron motivo de protestas, agresión y turbaciones del orden público. La exacerbación popular que venía en continuo desarrollo desde algunos años antes se intensificó, acuciada siempre por los comunistas, que saben convertir las crisis que provocan en impulso revolucionario.

Tales circunstancias y sobre todo la necesidad de mantener enérgicamente las decisiones adoptadas, pues ya no había con qué pagar las transigencias y las concesiones respecto de los revoltosos, obligaron a los grupos dirigentes a mirar en su propio interior y reconocer por fin de manera general que el desbordamiento de anarquía y subversión de los últimos tiempos provenía primordialmente de la acción disociadora de los agentes comunistas, los que, además de haber exasperado al pueblo, habían bloqueado y destruído importantes recursos económicos con el fin de conducir a la situación conflictiva que ahora se presentaba.

Fué, pues, indispensable adoptar, aunque con una torpe tardanza, algunas de las medidas que en vano habían sido aconsejadas en hora más oportuna por mentes previsoras. Rectificando errores y complacencias a que habían sido inducidos, algunos gobiernos proscribieron a los partidos comunistas, desafiando la oposición liberal, expulsaron a los agitadores rusos disfrazados de obreros, de artistas o de intelectuales, rompieron las relaciones diplomáticas que habían establecido con el Soviet, recortaron la violencia de los sindicatos, aplicaron disposiciones penales contra la agitación anárquica y trataron de contener no solo el derrumbamiento de las instituciones, sino el contagio del morbo marxista, tan seductoramente presentado y tan teatralmente vestido de justicia y de fraternidad.

Pero la simiente ya estaba regada y en algunos aspectos en surcos fértiles. Ya se conocían a fondo las normas generales de lucha, los objetivos de desmoralización, los métodos de creación de conflictos y otras características de la expansión comunista. La suprema dirección soviética no se desvirtuó sino en la parte superficial con la ruptura de relaciones diplomáticas y con la restricción de las actividades desplegadas por sus agentes extranjeros. La ausencia de los inspiradores no redujo el entusiasmo de los discípulos y la política de austeridad y economía que fue indispensable adoptar se aprovechó para exasperar el odio social, el descontento y la rebelión que se venían practicando.

La intensidad de la actividad marxista solo sufrió, pues, leves quebrantos, más aparentes que reales. Siguió dirigida por los agentes nativos, bien penetrados de la tesis leninista según la cual todo crimen es virtud si contribuye al triunfo del proletariado y al derrumbamiento de la burguesía. Estos agentes adoptaban actitudes hipócritas, mostraban espíritu de sacrificio ante los ojos del pueblo, e incluso provocaban la persecución y las prisiones para cubrirse con investidura de mártires. Es cierto que en Rusia se había erigido en

delito el parecer "mártir por las ideas" pero en América este mismo crimen resultaba de gran efecto para la propaganda. Se mantuvieron intactas las células y las agrupaciones sindicales y cuando fue necesario refugiarse en la clandestinidad, la exaltación del misterio y de la conjura circundó el proselitismo de un aura romántica.

Por su parte, los más autorizados exponentes de la prensa liberal confirmaron la absurda posición a que los llevaban sus principios. Reconocían la aparición de una situación de emergencia, que imponía privaciones excepcionales, pero, obstinados en defender las libertades absolutas, se alzaban en oposición violenta contra todo lo que implicara un recorte a los desafueros económicos, lo cual los conducía directamente a la crítica colérica de las medidas realistas adoptadas por algunos gobiernos en virtud de las circunstancias efectivas que habían desencadenado el desastre.

Tan benévola disposición de la prensa liberal en casi todo el Continente dió margen a que esa retaguardia que carecía de dinámica suficiente para entrar en la acción conflictiva prestara la contribución que le correspondía, según la dialéctica marxista. Escalando las columnas de los periódicos o las tribunas parlamentarias, sus miembros mostráronse como encendidos intérpretes de la tradicional amplitud libertaria del liberalismo, en cuyo nombre invitaban a la oposición contra los asomos de dictadura que constituían las represiones oficiales a las libertades públicas, las tentativas de atenuar el desastre y las restricciones a los excesos del sindicalismo comunista.

Esta condenación, aplaudida y adoptada por la mayor parte de los dirigentes liberales, convergió en una cálida defensa del comunismo, al cual se le reconocieron propósitos humanitarios y justicieros. Volvieron a admitirse la esencia y el fundamento científicos del marxismo, reapareció el argumento de la sensibilidad social, se presentó con nuevas atracciones la embustera justicia

de los principios activos del comunismo, cuya única aspiración, según sus defensores, era la de imponer la absoluta igualdad entre los hombres, y sustituir las sociedades irritas e instituídas sobre conceptos primitivos por una inmensa fraternidad humana.

Si ya habían sido acremente combatidas las denuncias formuladas desde tiempo atrás y las iniciativas propuestas para restablecer el realismo económico y social, las medidas adoptadas frente a la bancarrota que representaba la suspensión de los empréstitos para reducir la vida nacional a los recursos auténticos a base de trabajo y producción, y la aplicación de estas medidas contra la subversión, merecieron el anatema definitivo de los partidos opositores, de la prensa liberal y de cuantos en una u otra forma habían contraído alguna vinculación, directa o indirecta, con la infiltración marxista. Y así, al poco tiempo empezaron a derogarse las principales restricciones adoptadas contra la descomposición social, se restauró el libertinaje en toda su plenitud, fueron levantados los vetos y las prohibiciones y se prodigaron los epítetos de reaccionario y retrógrado para los ciudadanos y especialmente para los gobernantes que desconfiaban de la bondad del comunismo.

Esta campaña, con intensidad de conspiración formal, hizo que en virtud de hábiles combinaciones políticas y de la oculta presión de oscuros intereses, hacia 1932 el comunismo recuperara una preponderancia por lo menos tan importante como la que tenía hasta 1929. Nuevamente los dirigentes comunistas intervinieron en la orientación de los sindicatos, con lo cual se burlaban las efímeras disposiciones que reglamentaban su funcionamiento y se restauraba la intención destructiva que ya habían desplegado. Otra vez, pero ahora con mayor decisión, las huelgas tomaron un carácter específico de motines, asonadas y atentados colectivos, encaminados exclusivamente a desajustar más aún la economía. Las limitaciones de diversa índole, legales y fi-

nancieras, que fue preciso adoptar, dieron margen a coléricas protestas de obreros soliviantados. El azaroso sofisma de la sensibilidad social encubrió muchas decisiones absurdas y dictó expresiones de tolerancia hacia los desmanes y los atropellos de los revoltosos.

En todos los sentidos se reanudaron la descomposición y el descuadre sistemático de los factores nacionales. En algunos países elementos comunistas, nuevamente amparados con todos los derechos cívicos, volvieron a influir, más decisivamente que antes, en los actos del gobierno y estimularon otra vez las más absurdas y contradictorias iniciativas para fomentar el desórden y aumentar las dificultades. En otros no lograron esta victoria, pero sus fuerzas y sus voceros explotaron hasta donde les fue posible tanto las consecuencias de la crisis financiera como las restricciones decretadas para contenerlas.

En realidad, las escasas medidas defensivas que se adoptaron para afrontar la grave emergencia que modificaba la situación económica y fiscal de los diversos países estuvieron inspiradas menos en un saludable despertar frente a la penetración comunista que en atender a un problema de urgente solución. Fueron una lucha estéril y mal conducida, que se prolongó sin efectos durante dos o tres años. La reacción que se operó después trajo consigo mayor desorientación y confusionismo, pues los economistas y sociólogos profesionales, al estudiar el fenómeno de la depresión y sus orígenes se perdían en abstrusas teorías y se abstenían de señalar las causas auténticas de la descomposición social que se venía padeciendo.

Entre tanto, el padrecito Stalin, encendido en sanguinaria ambición y parapetado tras las torres del Kremlin, se aprestaba a demostrarle al mundo la realidad del paraíso marxista, tejiendo en el silencio la urdimbre de las espantosas purgas que habrían de reforzar su poder, y que representarían la muerte y la tor-

tura de varios millones de personas, empezando por todos los que le habían prestado los más eminentes servicios al comunismo no solo durante la época de la revolución, sino durante la de consolidación, realizada también a sangre y fuego.

XIII

UN REFUERZO PARA LA INFILTRACION

La culminación de la sanguinaria guerra civil española con la derrota de los republicanos y la dispersión de sus fugitivos por los países de América suministró intempestivamente importantes elementos, algunos aureolados por una destacada posición intelectual, para coadyuvar a la obra de desarticulación nacional que el comunismo venía desarrollando desde varios años atrás.

Como es sabido, después del derrumbamiento de la monarquía hispánica y del breve período presidencial de Niceto Alcalá Zamora, fue elegido presidente el dinámico líder izquierdista Manuel Azaña, el que inició su gobierno en 1931. Fuertemente influído por las tendencias de extrema izquierda, en 1934 aceptó la imposición de un gobierno de Frente Popular, controlado por el partido comunista, el cual en mayor escala que los de otros países, recibía su inspiración de Rusia. Este gobierno implicó la adopción de medidas radicales, no solo en las costumbres políticas sino en toda la organiza-

ción nacional. España, una de las naciones más clásicamente representativas de la civilización y de la cultura occidentales, se incorporaba en la órbita soviética y se transformaba en un baluarte de los intereses bolcheviques en Europa.

La positiva subordinación al Kremlin despertó una viva resistencia y estimuló los sentimientos tradicionales de un gran sector de la opinión hispánica, lo cual concretó en el alzamiento militar encabezado por el General Francisco Franco. Rusia, como es sabido, se apresuró a socorrer al gobierno de Azaña con el envío de tropas, oficiales, expertos en la acción guerrillera, torturadores y verdugos y todo el armamento posible. Pero tan valioso contingente resultó ineficaz para contener la rebelión nacional.

Si no pudo evitar la derrota del gobierno, esta ayuda fue decisiva para formar equipos de agitadores sometidos al servicio de Moscú y a sus fines expansionistas, ya por la convicción, ya por el terror, los cuales seguirían coadyuvando a los propósitos y ambiciones soviéticos y a los planes de revolución universal, en donde quiera que se encontraran.

La victoria del general Franco sobre la coalición comunista estuvo coronada por una serie de sangrientas represalias encaminadas a desvirtuar la torpe política republicana que había estado a punto de echar a España en brazos de Moscú. La pena de muerte se estableció con ilimitada amplitud, y la implacable persecución contra los vencidos produjo una inmensa emigración hacia la América Latina, en donde se había recibido con gran alborozo el derrumbamiento de la Monarquía española y el establecimiento de la República, continuamente aplaudida aún en los momentos en que se sujetaba al yugo moscovita. Con pretextos de solidaridad humana o de simpatía y afinidad ideológica, fueron aceptados en todos nuestros países varios millares de refugiados, los cuales encontraron la más cordial acogida en los medios liberales e izquierdistas. La vas-

ta campaña de difamación desarrollada contra Franco durante la contienda fue reforzada por el interés, los compromisos comunistas o los resentimientos de vencidos y expatriados. Sus acusaciones se presentaban como testimonios de horror y de esta suerte llegó a formarse la imagen artificial de un monstruo merecedor de la abominación y el repudio de cuantos tuvieran un concepto de la libertad y de la dignidad humanas.

No solamente era imposible la desconfianza respecto de los desterrados y los perseguidos, sino que la prensa liberal de todos los países los rodeó de la consideración que correspondía a su condición de mártires y de héroes de esa ficción democrática de que tánto se alardea en América. Algunas mentes previsoras y zahoríes llegaron a sospechar que bajo la apariencia de peregrinos escondían las rojas insignias de la hoz y el martillo y los correspondientes compromisos, pero sus voces fueron acalladas con el repudio que merecen los que se apartan de la unánime credulidad.

Esta inmigración fue una verdadera invasión de agentes comunistas. Su nacionalidad facilitaba su misión, no solo por las vinculaciones de raza e idioma, sino por la simpatía que despertaban quienes habían padecido por defender un ideal republicano, desvirtuado por demagogos y sofisticadores cuyos errores fueron disimulados e incluso alabados. La prensa liberal estaba de acuerdo con ellos en fustigar al insurgente victorioso. Estas circunstancias permitían a los nuevos emisarios del caos actuar con mayor desenvoltura y en un ambiente más propicio que los agentes rusos de la época inicial y obtener, por consiguiente, más apresurados éxitos.

Cada uno de los refugiados que venían comprometidos con el Soviet, porque no todos lo estaban, inició desde el primer momento su actividad, adscribiéndose al sector que le correspondía según sus capacidades y su preparación. Los periodistas, escritores y expertos en publicidad fundaron periódicos y revistas de propaganda o lograron posiciones decisivas en los que ya existían. Los

profesionales y licenciados obtuvieron cátedras universitarias. Los trabajadores especializados y los obreros manuales ingresaron en las fábricas y en los talleres. Los pequeños industriales fundaron empresas de artesanías y los intelectuales, entre los cuales había algunos de reconocido prestigio, adquirieron inmediata preponderancia sobre la juventud y aún entre los dirigentes políticos de más rancia autoridad.

La cooperación de estos millares de agentes tan cordialmente acogidos ayudó a concertar mejor la acción de los partidos comunistas de todos los países, en momentos en que se suprimían y derogaban las ligeras restricciones aplicadas como consecuencia de la situación de emergencia que produjo la catástrofe financiera de 1929. Amparados por las amplias libertades ciudadanas que han sido tradicionales en América y que a la hora de la victoria comunista serán abolidas como repugnantes resabios burgueses, los españoles sovietizantes, mejor que los rusos, pudieron ensanchar el radio de su influencia, extendida a todos los sectores de la vida nacional. La subversión se propagaba en las Universidades con pretextos de divulgación científica y de progreso de las investigaciones sociales y económicas, y en algunas de ellas se fundaron, incluso, cátedras especiales de economía marxista dictadas por profesores españoles. Los diarios y revistas donde actuaban sus agentes no solo infundían los ideales y los programas, sino que por medio de rumores, insinuaciones, noticias y todos los recursos de la publicidad, contribuían a crear conflictos y a fomentar la invivencia. En los talleres y en las organizaciones obreras orientaban el funcionamiento de los sindicatos y perfeccionaban los conocimientos sobre la técnica de la huelga destructiva, del paro demoledor, del sabotaje y aún del atentado personal. Los intelectuales de mayor posición intervenían en la dirección política y contribuían a introducir en los partidos la confusión y el desorden, no sólo en el contenido ideológico, sino en la estructura interna.

De esta suerte el impulso que ya estaba en marcha y que en vano se había tratado de contener con medidas inoperantes y tardías, adquirió una velocidad acelerada como consecuencia de la acción de aquellos de los refugiados españoles que traían a la América la consigna de la revolución. Y como casi todos los países les habían abierto jubilosamente sus puertas, el mapa entero de nuestro Continente se vió sacudido por la tempestad de la insurgencia y de la perturbación social con mayor violencia de lo que había sido hasta entonces. Las alarmantes denuncias formuladas sobre la peligrosidad destructora del marxismo, fueron ahogadas y las redes, hábilmente tendidas, capturaron los más inesperados cooperadores de la anarquía social: personas realmente ingenuas e incautas que prestaban un inocente y decisivo concurso, gente traidora y doble, intrigantes menudos, políticos ambiciosos, hábiles tergiversadores de la realidad, sofisticados exégetas del liberalismo clásico, mentes engañadas que obraban de buena fe y que, a veces sin saberlo, ayudaban eficazmente a la obra siniestra, subterránea y falaz de destruir las nacionalidades y reemplazar la civilización por el crimen y la barbarie contenidos en las tesis de Marx, concretadas en hechos prácticos por Lenin y desenfadadamente practicadas por la implacable y sanguinaria ferocidad de Stalin.

Como consecuencia de las nuevas influencias y con el pretexto de combatir a Franco y proteger a los exilados, se olvidaron las rudas experiencias padecidas durante la década anterior y aquellos países que aún no lo habían hecho acabaron por legalizar la existencia y el funcionamiento de los partidos comunistas, apoyados por los partidos liberales. Se restablecieron las relaciones diplomáticas con Rusia, con lo cual se abrieron ampliamente las puertas a la propaganda y al espionaje. Se aceptaron acuerdos comerciales y económicos con la Unión Soviética, que ofreció el envío de técnicos y especialistas en las cuestiones que más podían afectar la vida de cada

país: agricultura, construcciones, industrias extractivas y transportes. Las engañadas publicaciones políticas acogieron en lo general con entusiasmo tales iniciativas, que podrían eliminar las arrogancias del monopolio imperialista de los Estados Unidos, no solo con la posibilidad de un poderoso mercado nuevo, sino con la adopción de sistemas técnicos más adecuados.

De vez en cuando surgía aguna revelación sobre las realidades del comunismo, la espantosa miseria del pueblo ruso, la esclavitud de los trabajadores, la tiranía monstruosa que se realizaba desde el Kremlin, el terror que sobrecogía a los desgraciados mujiks, el asesinato de millones de kulaks o pequeños propietarios rurales para implantar la colectivización de la tierra. Pero todos los servidores concientes o ingenuos de la gran farsa se apresuraban a encubrir el hecho, a desfigurar la denuncia, a contradecirla y a publicar fotografías de robustas y sonrientes campesinas o de obesos obreros urbanos, rodeados de bambalinas jubilosas, todo acondicionado por la propaganda soviética.

Por encima de sus propias realidades, ausentes de reflexión y de responsabilidad, partidos políticos, periodistas, profesionales y estudiantes se empeñaban en conducir a la América hacia su disolución, predicando y practicando la turbación del orden público, el asesinato político, el despojo y la persecución a la industria y al comercio, las explosiones del odio social y la liquidación de los sentimientos constructivos.

Así, pues, en el período trancurrido entre el fracaso de la débil y tardía defensa con que trató de contenerse la sistemática devastación y el año de 1939, en que estalló la segunda guerra mundial, el comunismo había seguido su obstinada carrera demoledora y hábil logrando importantes conquistas, a las cuales contribuyeron en apreciable escala los inmigrantes españoles comprometidos con el Soviet.

Estas victorias y la consolidación de sus posiciones eran visibles y denunciaban la creciente debi-

lidad en que se debatían los pueblos, cautivados por los cánticos de sirena y sordos a las concitaciones de la prudencia y a las voces sensatas de los que anunciaban el peligro mortal. Y así, en Costa Rica funcionaba un poderoso foco de irradiación, en el cual se adoctrinaron elementos que más tarde adquirieron perniciosa influencia, y cuyos efectos proselitistas se extendían con notorio resultado por todo el Caribe, en cuyos países la penetración guardaba proporción con los problemas internos. En México, donde se instalaron los más prominentes prófugos españoles, se fortaleció la organización soviética que dirigían agitadores entrenados en Rusia, y se centralizó la dirección intelectual, doctrinaria y modernista de la penetración en todo el Continente con pretextos de investigación científica. En Colombia, protegido por el gobierno liberal, cuyo jefe propiciaba las manifestaciones callejeras en que se le llamaba "camarada", despertó una intensa agitación popular que fué el gérmen del espantoso período de violencia y de matanzas de años posteriores, cuando la invivencia social se manifestó por medio de la invivencia política. En Chile, un gobierno de Frente Popular adoptó decisiones fundamentales para la destrucción de la estabilidad financiera, y con una demagógica legislación social redujo la producción agrícola, encareció el costo de la industria extractiva y minera —esencia de la vida chilena— hasta hacer imposible la competencia de precios en los mercados mundiales, y dificultó el funcionamiento de las empresas de pequeño capital. En el Perú, el aprismo, fundado expresamente para el servicio de la penetración comunista hacia 1923, y proscrito durante la breve etapa en que se intentó la protección de las instituciones, recuperó su prepotencia y se lanzó a la práctica del atentado personal, del incendio, de la destrucción sistemática de todas las fuentes de riqueza, y su jefe, Víctor Raúl Haya de la Torre, estuvo a punto de llegar a la Presidencia. En la Argentina se restauró la dictadura de

los sindicatos, organizados directamente bajo la inspiración de líderes bolcheviques enviados de Moscú, que lograron perturbar la vida nacional y amenazaron con desquiciar la estabilidad del más poderoso y rico país de la América Latina. En Bolivia agitó el problema racial y aprovechando la tremenda anomalía que representaba el imperio estanífero de Simón Patiño, aleccionaba a los indios para despertarlos de su tradicional resignación y conducirlos a la acción violenta. En el Brasil sublevó provincias enteras, encareció el cultivo del café para debilitar la economía y produjo motines y asonadas obreras, instalando verdaderos focos de descomposición social.

Es preciso reconocer, sin embargo, que a pesar de esta evidente desorganización, en el fondo en cada uno de los países subsistía la emoción de la patria. El cuadro total no era tan macabro como lo denunciaba la convulsionada superficie. Ciertamente, el comunismo había minado muchos valores y hacía ruidosas ostentaciones de su presencia con la frecuencia de sus asonadas populares y con el desorden introducido en la vida normal de los países. Pero las esencias fundamentales de los pueblos permanecían más o menos intactas. Las virtudes ciudadanas, el sentido de la cultura y de la civilización, el concepto del orden y de la convivencia y aun la conciencia de la responsabilidad histórica no habían sido arrasados en todos los corazones. Y si estas poderosas reservas no se mostraban en toda su intensidad o no actuaban con energía defensiva, debíase a que en unas partes se habían hecho tímidas o indolentes, bien por falta de dinamismo intrínseco, bien por excesiva confianza en la fortaleza de las instituciones, que habrían de resistir por sí mismas cualquier acechanza y cualquier tentativa de asedio. En algunos casos, la fuerza bruta se había impuesto sobre la realidad indestructible, y aun cuando la duración de su violencia sería transitoria- mientras ésta subsistiera acallaría las protestas y las resistencias que se le opusieran. En otros, la mentira y el fraude sostenían situaciones artificiales, de gobiernos

aparentemente cercados y de sociedades amenazadas de inminente destrucción total; pero el engaño no era sólido y podría derrumbarse ante una reacción elemental.

El sentimiento individualista de los pueblos americanos constituía una importante defensa contra las doctrinas de la colectivización. La fuerza nacionalista de su estructura forjada por los próceres sobre bases ancestrales, se levantaba como una formidable resistencia contra la invasión de las ideas disolventes y exóticas. A veces, de manera inesperada y contra la dialéctica marxista, el mismo pueblo presentaba señales del vigor de sus sentimientos y alzaba barricadas protectoras contra el obstinado esfuerzo de la infiltración.

En suma, para usar una imagen clínica, el cuerpo entero de América estaba atacado por un virus destructivo que abría llagas en algunos puntos débiles, corroía la piel y las entrañas, pero no alcanzaría los órganos vitales sino cuando todos los secundarios hubieran sido invadidos y destruídos. La posibilidad de esta recuperación fué dada en la misma época, cuando los sentimientos defensivos contra el comunismo concretaron, en la Argentina y el Brasil, por ejemplo, en gobiernos de tipo fuerte y militar como un recurso indispensable para su propia conservación. Además, en todas partes ardía, custodiada por espíritus fieles, protegida por los instintos comunes, aun cuando estuviera expuesta a las ventoleras que intentaban apagarla, la llama viva de los sentimientos democráticos que son la esencia del espíritu americano.

Pues bien, en adelante, la táctica de la penetración comunista se encaminaría a la destrucción de esos valores defensivos, ya bastante minados por la obra anterior, pero aún resistentes a la nociva infección. Porque una vez abatidas las últimas fuerzas de resistencia moral, la victoria sería suya: y no importaría que en conseguirla se invirtiese mucho tiempo; lo esencial era quebrantar hasta el último signo de vitalidad intrínseca.

XIV

LA PROPAGANDA DE LA GUERRA

Cuando, en 1939, sobrevino la segunda guerra mundial, aparecieron factores que no se habían movilizado antes para proteger el cumplimiento de los siniestros planes soviéticos sobre la América Latina, y los agentes demoledores encontraron, espontáneamente ofrecidas, magníficas oportunidades para intensificar su criminal empresa.

Como es sabido, durante algunas semanas antes de que estallara el conflicto, las dos fuerzas que por su misma definición eran fundamentalmente antagónicas, el comunismo y el nazismo, que tenían entre sí el único punto de contacto de su ferocidad antidemocrática, se unieron en un estrecho abrazo, cuya afectuosa expresividad conmovió al mundo y produjo el más intenso sobresalto. Fué durante la vigencia del pacto Hitler-Stalin, llamado también Ribbentrop-Molotov, cuyo objetivo primordial era el nuevo reparto de Polonia. Pero este consorcio duró muy poco tiempo, y los grandes amigos de un día acabaron por enfrentarse satura-

dos de odio y de rivalidad porque ambos aspiraban al dominio universal en cuyo inmenso ámbito no podrían convivir.

Cuando se desencadenó la guerra y las potencias occidentales que defendían las instituciones democráticas contra el totalitarismo germánico buscaron y encontraron la alianza con las Repúblicas Soviéticas por conducto de la autocracia stalinista, los esfuerzos de recuperación y salvaguardia de las esencias americanas contra el peligro comunista quedaron totalmente neutralizados y bloqueados. Porque los poderosos intereses que estaban en juego en la feroz contienda protegieron, propagaron y exaltaron al comunismo, que llegó a parecer, en cierto momento, la más alta y limpia concreción del espíritu democrático.

Como parte primordial de la táctica de guerra, la inmensa publicidad y la vasta propaganda, científicamente organizadas, que formaban parte del armamento bélico contra Alemania, esparcieron por el mundo un concepto especial sobre este país, sobre sus ideales y sus hombres representativos. Sin que tengamos la imposible presunción de citar antecedentes y circunstancias que expliquen la aparición histórica del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania, ni de insinuar el contenido de las respectivas ideologías, lo que interesa para compendiar el proceso de la penetración comunista en nuestro Continente es el esfuerzo, sostenido por años, organizado y desarrollado especialmente por Inglaterra y los Estados Unidos, de presentarle el mundo a los jerarcas fascistas y nazis como una pandilla de asesinos y de monómanos sanguinarios, incluídos dentro de las más monstruosas clasificaciones de la psiquiatría. Ni uno solo de esos hombres, para la propaganda de prensa, de radio, de cine, de deformación psicológica del criterio, especialmente en nuestros pueblos, escapaba a la calificación de asesino y de verdugo. El fascista, pero principalmente el nazi, representaban una regresión de milenios en la historia de la civilización, un retroce-

so a la época de las cavernas, cuando los pitecantropos, guiados por un instinto de feroz carnicería, devoraban crudas a sus víctimas y ejecutaban una crueldad más metódica e intencionada que la de las espantosas bestias de la época terciaria.

El éxito en la deformación del criterio unánime fué lo bastante satisfecho para que durante un largo tiempo la simple sospecha de nazismo representara en la América Latina la más espantosa vergüenza y fuera el símbolo de la más abyecta depravación. No solo las manifestaciones de simpatía, sino hasta el menor esfuerzo por explicar el sentido y el fenómeno nazista, caían bajo las sanciones legales de las democracias en un nivel más degradante, por ejemplo, que el matricidio.

La misma propaganda, en cambio, embellecía y dignificaba al comunismo. Se descubrió que en Rusia se practicaba la democracia perfecta: la "democracia popular". Sobre la siniestra y repulsiva figura de Stalin se colocaron los atributos del apóstol y del libertador. Se enseñaba que si habían existido algunos errores en las etapas iniciales de la organización del Soviet, no provenían ni de la doctrina, ni de sus finalidades, ni de la conducta de los dirigentes, sino de la lógica confusión correspondiente al período histórico en que estaba apareciendo la verdadera democracia. La luz del porvenir estaba encendida en las estepas, y desde las rojas torres del Kremlin se vertían sobre el mundo la paz y la ventura de la humanidad.

Todo esto, el odio feroz e insaciable contra el nazi y el amor admirativo por el comunista, nos lo daban a los latinoamericanos embotellado y rotulado y era de forzosa aceptación. Como consecuencia de ello, cuantos habían desconfiado del comunismo y trataron de contener su penetración, fueron señalados como sospechosos de un temperamento y una inclinación nazi. No pudo haber verdaderos demócratas ni republicanos sinceros. Quien no simpatizara con el comunismo, quien no ve-

nerara los grandes bigotes cosacos del padrecito Stalin, era automáticamente nazi. Quien no aprendiera a decir "tovarich", no hablara de la dialéctica marxista, desconociera "El Capital", o rechazara la tesis del materialismo histórico era digno de ser asilado en un campo de concentración como un leproso.

El amor entre las democracias en guerra y el comunismo ruso fué una luna de miel. Los norteamericanos y los ingleses les entregaron a los agentes de Stalin sus más recónditos secretos militares y científicos. Técnicos y propagandistas rusos viajaron por todos los países, pero especialmente por los nuestros, llevando en sus manos la lumbre esplendorosa de la nueva doctrina democrática. Las relaciones diplomáticas se hicieron cada vez más estrechas y lo mismo el intercambio cultural. La fotografía de Stalin era tan sagrada y respetable como la de los próceres locales y predominaba sobre las efigies de los campeones de las democracias.

La misma condenación de nazismo que hundía en los abismos del crimen y del desprestigio a los individuos desconfiados de la perfección comunista les alcanzaba a los gobiernos obstinados en oponerle vallas al espantoso peligro que amenazaba y sigue amenazando la civilización. No hay un caso más típico que el de la Argentina. La reacción anticomunista se afianzó un poco más en la Argentina que en otros países, resistió los embates de los filobolcheviques con mayor entereza que sus vecinos, y estaba vigente en la hora de la guerra. El gobierno argentino se negó siempre a aceptar la alianza con Rusia: se negó a colaborar en una guerra cuya victoria hundiría al mundo en el peligro de la dominación bolchevique. Sobre este gobierno se trató de extender la execración universal Se le calificó de nazi y por lo tanto de traidor y criminal y las democracias ayudaron a organizar conspiraciones para borrar de la América aquella vergüenza.

Sería exagerado presentar como candidez la bené-

vola y cariñosa interpretación que del comunismo hacían las potencias dirigentes de la democracia universal y que nos suministraban a nosotros sin medio de rechazarla. Es indispensable suponer que los estadistas directores de la guerra desconfiaban por igual de la ideología nazi y de la marxista; pero en tanto que la primera representaba un peligro inmediato, la segunda radicaba en el futuro y habría tiempo, por consiguiente, de precaverse después de la victoria. Por lo pronto sus intereses y la supervivencia de sus sistemas necesitaban cualquier alianza o cooperación que le hiciera daño a Alemania, aun cuando constituyera un peligro para el porvenir.

Lo cierto es que la malicia natural que constituye la esencia de la mentalidad marxista y sobre todo la existencia de finalidades y de objetivos de dominación universal bien definidos, dictó a los rusos las normas de su conducta. Stalin aflojó algunas de las excesivas represiones contra el individuo: permitió ciertas formas del culto religioso, reformó el Cominform y le recortó las funciones de penetración internacional, anunció para después del triunfo determinadas concesiones a la iniciativa individual. Cada una de estas disposiciones y otras similares, falsas y convencionales, eran acogidas por la inmensa propaganda democrática con vocerios de júbilo y presentadas como argumento de la perfección de la democracia popular. Estas manifestaciones eran aprovechadas por Rusia para aumentar sus exigencias, no solo de materiales bélicos, víveres, vestuario y secretos militares, sino sobre todo de libertades y garantías para sus campañas de penetración, en las cuales seguía sembrando los gérmenes que acabarían por aniquilar a sus flamantes y confiados aliados de ese momento. Y así, sus espías y propagandistas recibieron toda clase de protección en el extranjero, especialmente en nuestra ingenua América, y pudieron viajar incluso con pasaportes militares y diplomáticos.

La situación especial en que quedaron colocados

como consecuencia del odio sistemático contra el nazismo, les dió, pues, a los comunistas oportunidades excepcionales para conocer las intimidades de la investigación científica de sus futuros adversarios y al mismo tiempo sus debilidades y sus errores. Los llamados "préstamos y arriendos" no sólo constituían un suministro de invaluable ayuda material, sino que obligaban a las potencias capitalistas a mayores esfuerzos, elevándoles el costo de la guerra y extrayéndoles parte de sus equipos.

De todas las circunstancias obtenían ventajas positivas. Y es un hecho evidente que manejaron su contribución a la guerra con indiscutible y desconcertante habilidad diplomática. Hallábanse en evidente inferioridad respecto de los alemanes: tan evidente, que las tropas germánicas penetraron profundamente en su territorio y hubieran impuesto una dura ocupación del mismo, si los aliados no hubieran enviado apresurados auxilios. Sin embargo, incluso para recibir estos auxilios, una diabólica astucia los llevaba a imponer condiciones, en forma tan diestra que las mismas potencias que se arruinaban para ayudarles, acababan por someterse a sus más extravagantes exigencias. Bastaría recordar, siquiera por encima, las inmensas ventajas que alcanzó Stalin en Yalta y más tarde en Postdam sobre sus avezados y poderosos aliados, que le abandonaron media Europa, traicionaron por él millares de esperanzas, desfiguraron el sentido de la victoria, alimentaron la prepotencia comunista y aceptaron para siempre una condición de manifiesta inferioridad. Faltó muy poco para que Stalin los llevara, a su regreso al Kremlin, encadenados al carro de su victoria como llevaban los emperadores romanos a los reyezuelos vencidos.

La historia no podrá justificar plenamente jamás la insistente sumisión de las democracias al comunismo, las inmensas ventajas que le proporcionaron, la manera como entregaron a su voracidad numerosas na-

ciones, la cooperación que prestaron para los desórdenes posteriores que ha experimentado nuestra América Latina y que son el producto de la profunda penetración que pudo desarrollar en nombre de la integridad democrática, bajo la cual se encubría.

Porque nosotros, en la América Latina, tuvimos que abrirles las puertas y hacerlo jubilosamente, sin mostrar una desconfianza que hubiera sido mal vista. Ciertamente, el ambiente estaba preparado para sus éxitos. Sus vanguardias habían realizado con acierto y con denuedo una intensa obra de descomposición moral. Pero en el fondo, subsistían, aun cuando fueran impotentes, sentimientos de pulcritud sinceramente democrática, que nos impulsaban a desconfiar de la inmensa felicidad que nos ofrecía el comunismo. Entonces nos fué preciso agasajar públicamente a sus intérpretes, aceptar con gratitud la inoculación del terrible morbo y recibir con los brazos abiertos a quienes sólo pretendían hundir nuestra civilización defectuosa o deficiente, pero adecuada a nuestra índole y a nuestra estirpe, compartir con ellos cuanto teníamos, porque si nos hubiéramos resistido, habríamos sobrellevado el tremendo e implacable calificativo de nazi-fascistas, que nos habría aislado y nos habría eliminado en la nómina de las naciones democráticas.

XV

LA INNEGABLE VICTORIA SOVIETICA

Indudablemente fué Rusia el país que obtuvo las mayores ventajas al liquidar la penosa victoria lograda sobre Alemania, y al mismo tiempo el que limitó hasta lo mínimo su contribución a la alianza. Desde antes del colapso nacista, Stalin había obtenido concesiones y privilegios de tal magnitud, que parecían provenir de la insensatez de los estadistas demócratas, si no lo fueran de su angustia. Desde antes de terminada la guerra, Rusia empezó a cobrar sus recompensas, que siguió adjudicándose hasta más allá de lo prometido, a medida que avanzaba la pacificación. Empezó por extender sus fronteras hasta el centro de Europa y por imponer sobre los países martirizados por la violencia nazi una esclavitud más agobiadora y cruel que todos los padecimientos sufridos; luego se apoderó, para incorporarlos a sus equipos de investigación científica, de individuos, de métodos y elementos que colocaron la ciencia soviética, por lo menos en apariencia, al nivel de la occidental sacándola de su primitivismo anterior; mejo-

ró, también adoptando métodos occidentales, la técnica de su producción industrial; conoció por el contacto directo las debilidades íntimas del sistema cuya destrucción ha sido el forzoso destino del marxismo; disfrutó de todos los medios y de toda la protección posible para infiltrar en las emocracias sus doctrinas disolventes, para infectar la vida normal de países que trataban de defender sus esencias, para sembrar el gérmen del comején marxista que lentamente habría de socavar los cimientos del edificio social hasta que, falto de bases, se desplomara.

Pero la más brillante de las múltiples adquisiciones que la habilidad y la astucia de los negociadores rusos obtuvieron de la candidez y la buena fe de los demócratas fué la de haber encubierto y disimulado el estruendoso fracaso del experimento marxista. Como las democracias utilizaron en la guerra lo mismo la publicidad que los cañones, tanto los tanques como la difamación, la mentira y las bazucas, su propaganda se dedicó a inflar desmesuradamente el contenido y el resultado de la organización soviética, informando sobre la felicidad del pueblo ruso, su alta producción industrial y agrícola, su espíritu de solidaridad y otras invenciones que contradecían la horrenda realidad de la miseria, de la desorganización y del terror que han sido la esencia del régimen soviético. Porque es lo cierto que ni el ampuloso régimen de la propiedad común, ni la anuación de los estímulos individuales y la colectivización de los esfuerzos en nombre de un ideal absolutamente incierto y bajo la dirección de técnicos y científicos improvisados, a quienes se les exigía más fe marxista que profundidad de conocimientos, rindieron los frutos que se esperaban. Por el contrario, la producción, lo mismo agrícola que industrial, se redujo, en calidad y cantidad, a su mínima expresión, a pesar del trabajo esclavo, del aumento de las horas de jornada, de la reducción de los salarios y de todas las humillaciones de que se hizo objeto al trabajador, cuya sumisión sólo

pudo sostenerse artificialmente a base del acrecentamiento y la extralimitación del terror. Al cabo de los largos años de brutalidad y de sacrificio, no podían satisfacerse ni las más elementales necesidades. El hambre y la desnudez, la miseria y la abyección eran más intensas y agobiadoras que nunca, y su persistencia indicaba la inoperancia del flamante sistema colectivista y su oposición a todas las leyes naturales.

Como consecuencia del inmenso fracaso y de la postración económica, la guerra encontró a Rusia en una situación de manifiesta inferioridad respecto de sus aliados y de sus adversarios, enteramente desguarnecida militar, económica y moralmente, y condenada, por lo tanto, a una derrota absoluta, de la cual la salvaron los inmensos auxilios que les enviaron las democracias para fortalecer el frente oriental y desgastar parte del poderío alemán. Después del armisticio, Rusia disponía de elementos y equipos que no había poseído nunca, capturó expertos y científicos y los sometió a la impiadosa explotación que es su sistema, y de esta suerte se ha confeccionado un cuadro artificial de desarrollo y de progreso que pretende competir y aun superar el adelanto técnico de los odiados países capitalistas.

La traición, el engaño y la mentira son algunos de los instrumentos que Lenin estipuló como expresiones de la moral marxista. La falsía inspiró todos los procedimientos bolcheviques durante la guerra, y a la hora de la victoria las democracias se encontraron en una situación más compleja de lo que nunca supusieron. Había ido más allá de lo que pensaban. Países y pueblos les habían sido sacados de entre las manos, y los límites del mundo libre que habían prometido quedaron reducidos a un mínimo. Habían entregado de balde sus más sagaces y costosos descubrimientos científicos. Habían esparcido por el globo, aún en las zonas más alejadas de la contienda, el licor envenenado del marxismo rotulado como democracia del pueblo, y hasta en su propio seno dejaron introducir instrumentos demoledores.

Y lo que es peor, habían salvado al marxismo, la habían montado las bambalinas del éxito, le habían suministrado recursos para que se repusiera de su inmenso fracaso.

Con este valioso aporte, que ha sido muy bien aprovechado, los factores físicos y morales sobre los cuales se sostuvo el marxismo disimulando su bancarrota íntima pudieron actuar nuevamente en toda su plenitud. En acuerdo con su menosprecio de los prejuicios burgueses, apenas afianzaron sus posiciones y sus conquistas territoriales, se negaron al cumplimiento de convenios y pactos solemnes, urdieron en torno a sus antiguos amigos una red de espionaje y de incitación a la violencia y establecieron por todo el mundo, con los mismos medios que les habían sido entregados para su salvación, un bloqueo y un estado de feroz conflicto en todos los lugares donde habían penetrado bajo la protección jubilosa de sus engañados y cándidos amigos.

Nadie ignora la real situación de Europa ni la esclavitud impuesta a los países que cayeron bajo la garra soviética al finalizar la contienda, ni el horror tras la infranqueable cortina de hierro, ni las tremendas avanzadas que estuvieron a punto de destruir a Italia y a Francia. Países que habían luchado en la confianza de que defendían su plena libertad quedaron definitivamente sometidos y perdieron sus seculares contactos con la civilización. En la sombra y en el misterio sus poblaciones fueron despojadas, purgadas a base de un indecible terror y esclavizados los supervivientes, desmantelada su economía y reducidas a una condición inferior a las de los países típicamente conquistados, teniendo que entregar sin compensación el fruto de su trabajo, asfixiarse en la miseria absoluta y sufrir además la sucia arrogancia de bestias y patanes esteparios, tan brutales y tan bárbaros como los tártaros de Gengis Khan o los hunos de Atila. Con esta absorción, con esta expansión de su frontera, el comunismo obedecía al destino imperialista que caracterizó a Rusia desde

su aparición en la historia, que se afirmó claramente durante el absolutismo de los zares, y que el marxismo amplía a escala universal.

En vano los apologistas de la bestialidad han fingido que se operó una conversión voluntaria de los pueblos tan vilmente humillados al absurdo credo marxista. En vano se ha tratado de mostrar esa ocupación violenta como un triunfo de la propaganda. Los acontecimientos en que el pueblo de Hungría trató de recuperar su libertad en 1956 y las espantosas represalias adoptadas, prolongadas con sevicia durante dos años, indican que las sojuzgadas naciones sólo aspiran a su antigua independencia y que sólo por el terror y la violencia permanecen subyugadas.

Nadie ignora tampoco que los éxitos políticos, diplomáticos, industriales y aún científicos alcanzados por los Soviets en el período que comenzó después de la guerra y que han culminado en el aparatoso exhibicionismo de los Sputniks y de los cohetes dirigidos, no han sido el resultado de la iniciativa o de la capacidad intelectual de los altos directores del Kremlin o del esfuerzo creativo de sus innumerables burócratas, pertenecientes en lo general a una raza roma y primitiva. Han sido el fruto de su astucia y de su falta de escrúpulos para apropiarse del trabajo, de los bienes y de la propiedad ajena. Al final de la guerra, cuando los estadistas demócratas convinieron en dejarles a los soldados rusos el honor de ser los primeros en ocupar a Berlín, sus avanzadas desmantelaron todos los laboratorios de investigación científica, capturaron a los estudiosos que los dirigían y los internaron en las heladas estepas, donde les extrajeron, sometiéndolos a la esclavitud total, todo el fruto que podían dar. Al propio tiempo sus atrevidos servicios de espionaje conseguían en los países más adelantados cuantas informaciones quisieron sobre el estudio de la energía nuclear, sobre los progresos alcanzados por las ciencias de la paz, sobre la misma organización interna, y se apoderaban de ellos. Porque es evi-

dente que desde su aparición como una fuerza destructructiva de la civilización, el comunismo le ha ido arrebatando al capitalismo todo cuanto ha sido necesario para robustecer, con una succión vampiresca, su potencialidad militar y ofensiva, y convertir a su vasto imperio en una amenaza espantosa, no ya para la supervivencia de la cultura, sino para la misma existencia material del ser humano sobre la impasible superficie del planeta. La absurda y criminal teoría marxista, formulada sólo como una represalia contra el podrío capitalista, habrá cerrado el ciclo de su destino al arrasar no solo un sistema económico y social, sino la vida misma tanto de quienes lo han disfrutado como de quienes lo han combatido. Jamás concibió el judío alemán la posibilidad de que su vasto sofisma concluyera en un desastre cósmico, porque no pudo imaginar que sus enloquecidos discípulos llegaran a disponer de un poder tan aterrador como la energía nuclear ni que la impregnación de odio emanada de su doctrina se hipertrofiara hasta despreciar su propia desaparición si con ello lograban eliminar al cordial enemigo que el propio Marx les había señalado.

XVI

LOS RESULTADOS DE LA PROPAGANDA

La América Latina ha venido pagando duramente las consecuencias de los múltiples errores, algunos originados por verdadera imprevisión, cometidos por los grandes líderes de las democracias durante la guerra, y de la ilimitada malignidad de los comunistas. Ciertamente, sus países no fueron cubiertos por una cortina de hierro, ni sus fábricas desmanteladas, ni sus territorios arrasados. Pero el ambiente general quedó definitivamente maleado, y perturbado el orden de casi todos los pueblos. Ya hemos visto que el comunismo no está luchando por victorias parciales, y que sus finalidades últimas no están circunscritas a un reconocimiento de su existencia política o al derrocamiento de un régimen o a la creación de disturbios regionales, los cuales son simples medios para llegar al aniquilamiento total de los valores esenciales de la civilización y al derribo hasta los cimientos de la estructura social y cultural de nuestros pueblos. En el desarrollo de este plan había alcanzado ya notables progresos desde cuando inició su infiltración, y su ímpetu pudo ser notablemente acelerado durante la guerra, con la cooperación de la publicidad

democrática contra el mito nazi-fascista, cuyo estigma caía de manera aterradora sobre quienes se opusieran a los planes y a las maniobras disolventes.

Al amparo de esta emergencia, el comunismo pudo coordinar mejor su campaña y conmover más aún la estabilidad continental. En los primeros tiempos había tratado, simplemente, de introducir el descontento, el desorden y el espíritu de insurrección entre las capas inferiores, cuyo temperamento relativamente conformista habría de ser modificado, y se valió para ello principalmente de agitadores intelectuales. Durante la segunda etapa de su campaña había intensificado esta turbulencia. Pero ahora podía operar por encima, no ya desquiciando las bases del equilibrio social, sino propiciando la formación de factores explosivos al parecer producidos por las circunstancias, pero en realidad creados intencionalmente con los altos poderes de que pudo disponer, y con la constante protección de la propaganda democrática, que no solo los libraba de su peligrosidad, sino que los ayudaba positivamente.

La ansiedad provocada por el desarrollo de la guerra era aprovechada para cooperar en la intensificación de las dificultades generales, para introducir nuevos elementos de desconcierto y para aumentar su infiltración.

Con el dinamismo y la malignidad que forman parte de su adoctrinamiento, apelaron a las más inesperadas argucias. Fundaron diversas agrupaciones con denominaciones locales y con el pretexto de ayudar material y moralmente al esfuerzo de guerra, las cuales fueron excelentes centros de difusión. Los problemas económicos, que asumieron distintos y aun contradictorios aspectos según las posibilidades del comercio exterior de cada país, fueron magnificados en sus consecuencias y contribuyeron poderosamente al desconcierto general, en unas partes con una inflación coronada por un encarecimiento artificial de la vida, provocado por las maniobras de los agentes marxistas, y en otras con una depresión que re-

sultaba, entre otras cosas, del desempleo y de la subproducción a que habían conducido las huelgas y las excesivas imposiciones de una legislación social demagógica.

Los seculares problemas políticos, consistentes en la coexistencia de partidos y en sus controversias cívicas, asumieron un aspecto más beligerante y feroz, con la intromisión de inquietudes de inactualidad ideológica, de reforma programática, de disidencias e incompatibilidad. Y lo mismo que en la creación de dificultades económicas, en la de trastornos políticos no siempre se mostraba en toda su extensión la mano bolchevique, que se recataba, cuando era necesario, y obraba por medios indirectos para sacar mejor partido de las circunstancias anormales que ya se habían introducido en el ambiente moral.

Así surgieron también choques religiosos que carecían de fundamento efectivo; partidos extremistas, con imprecisos fines y con ímpetus de una violencia que rompía las tradiciones americanas en la aplicación de sus principios; poderosas confederaciones sindicales organizadas para la subversión a la manera marxista; inestabilidad en los precios de los productos básicos de las diversas economías, cuya fluctuación producía bancarrotas inesperadas y enriquecimientos indignantes; ruidosos crímenes políticos y sostenimiento de zonas de insurrección armada; y en general, un ambiente tan agitado como un mar tempestuoso, y que era exclusivamente el resultado de la campaña comunista, la cual podía ahora desenvolverse con mayor amplitud y sobre campos que al principio no estuvieron a su alcance.

En algunos países logró colocar a sus agentes a la cabeza del gobierno y ensanchar más aún su radio de acción. Los comunistas militantes Juan José Arévalo y Ramón Grau San Martín, llegaron a presidentes de Guatemala y Cuba, respectivamente, en el año de 1944, como si fueran exponentes de la democracia, y en seguida aparecieron perturbaciones en los países vecinos, provocadas por su expansión revolucionaria. A fines de 1945, como

consecuencia de la insurrección de unos cuantos jóvenes militares sometidos a su influencia, el partido clandestino procomunista "Acción Democrática" se apoderó de Venezuela y colocó en la Presidencia al dinámico agitador Rómulo Betancourt, quien se alió a los camaradas ya victoriosos para extender la turbulencia por todos los países asomados al mar de las Antillas.

En 1948, poderosamente auxiliado por los camaradas del Caribe, el procomunista José Figueres encabezó en Costa Rica una revolución contra el gobierno legítimo de Teodoro Picado y se apoderó de la presidencia, con lo cual se ensancharon los recursos y la beligerancia del partido.

Donde no logró llegar hasta el gobierno, el comunismo acentuó la nota sanguinaria de su penetración y azuzó la comisión de atroces crímenes políticos. En Colombia creó un estado de guerra civil, excitando hasta la ferocidad las discrepancias tradicionales de los dos únicos partidos históricos, entre cuyas militancias introdujo factores de un odio irreconciliable. En medio de una insurrección general, iniciada en 1946, fué asesinado en 1948 el líder popular Jorge Eliécer Gaitán, exponente de una política de justicia social encaminada a colocar a las masas en estado de resistencia contra la infiltración comunista, cuyas fuerzas lo combatieron con intensa acritud. Las turbas dirigidas por los camaradas se lanzaron con pretexto de este crimen a una feroz destrucción en casi todas las ciudades, lo cual representó más de cinco mil muertos y pérdidas debidas a saqueos e incendios por más de cien millones de dólares. Después de este suceso la guerra civil que venía desarrollándose desde dos años atrás llegó a extremos de una crueldad degradante, que la vergüenza nacional ha tratado de ocultar. Más de cien mil cadáveres y una incalculable destrucción de riqueza representan el balance de tan espantosa tragedia. En poder de los más crueles asesinos se encontraron muchas veces consignas y publicaciones de propaganda comunista,

y los terroristas trataron de organizarse según los métodos bolcheviques. Consejeros filocomunistas camuflados como funcionarios oficiales también inspiraban la acción del gobierno, de suerte que en los dos extremos del conflicto operaban los apóstoles del desorden.

En Bolivia se introdujo entre la inmensa población indígena, perpetuamente sometida a la más cruel explotación y preparada, por lo tanto, para acoger con benevolencia a los disociadores y lanzarse a las más ciegas turbulencias. Poco después de terminada la guerra, y como consecuencia directa de la intensa propaganda anterior, en 1946 se produjo una revolución contra el gobierno presidido por Gualterio Villarroel, vilmente acusado de nazi-fascista a causa de sus tentativas de recuperación nacionalista del estaño. El presidente fue arrastrado por las calles de La Paz, y colgado de un farol por las turbas enfurecidas. Su cadáver fue profanado y mutilado. Varios de sus colaboradores fueron también asesinados.

En el Perú, el aprismo, partido procomunista fundado desde 1923 con pretextos anti-imperialistas, ayudó a llevar a la presidencia en 1945 a José Luis Bustamante, a base de un compromiso de sucesión, pero cuando éste se disponía a cumplirlo se produjo una contrarrevolución que evitó la presidencia de Raúl Haya de la Torre y que fue encabezada por el General Manuel Odria.

Y así sucesivamente en toda la extensión del territorio americano, llamado con frase que parece irónica, el Continente de la Esperanza. En Chile se intensificaron las huelgas habituales, se extendió el ambiente de miseria y se redujo más aún la producción para acentuar el empobrecimiento del pueblo, y los líderes comunistas asumieron definitivamente la dirección del movimiento obrero. En la Argentina inmensas muchedumbres exteriorizaban continuamente una actitud de descontento sistemático tan marcado y violento, que en vano trataron de contenerse por tentativas de reacción dictatorial hasta cuando llegó Perón y capitalizó ese profundo malestar.

ese desfile de protesta organizado por el comunismo contra los excesos de los grupos oligárquicos. En el Brasil el notable agitador Luis Carlos Prestes, con dinero, instrucciones y auxilios personales y técnicos de Moscú, ponía en peligro la estabilidad nacional e influía por encima de los esfuerzos oficiales en el mercado del café, en la incipiente siderúrgica y en la política internacional.

En este ambiente de desórdenes no siempre aparecía directamente, como dijimos, la mano comunista. Pero su obra de desconcierto y de perturbación producía resultados catastróficos. La propaganda llevada a cabo por las democracias en su favor durante la guerra facilitaba notablemente su acción y le permitía utilizar nuevas técnicas para intensificar los elementos de disociación y dejarlos actuar por su propio impulso. Como la fuerza ciega de un alud, estos elementos se encargarían de llevar a cabo la total demolición ambicionada.

XVII

UN CAMPEON DEL ANTICOMUNISMO

En pleno auge de la infiltración, cuando el comunismo encontraba poderosos aliados en diversos campos de la política continental, socavaba las fuerzas nacionales y empujaba a los trabajadores a la matanza y la destrucción, un solo país previó la magnitud del peligro que amenaza a la civilización y se apresuró a denunciarlo. Este país fue la República Dominicana bajo la inspiración del genial estadista que desde 1930 guía su prodigioso desarrollo y fortalece su estructura democrática, el Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina.

Trujillo llegó al poder justamente cuando en otros países la propaganda comunista, frustrada la breve reacción que trató de contenerla, recuperaba su prepotencia y era propiciada por altos dirigentes políticos y aun por gobernantes de diversos países. Las circunstancias específicas en que se había movido la República Dominicana, la existencia de problemas internos típicos, que acaparaban las energías y el pensamiento nacionales, mantuvieron en un plano puramente contemplativo el esfuerzo de

la primera infiltración, encomendada, como en casi todas partes, a viajantes rusos que esparcían las deslumbrantes promesas del mundo marxista.

Pero Trujillo traía consigo una visión clara de la acechanza. Ya desde 1932 había declarado con amplitud su antagonismo con los vanos programas comunistas, y la incongruencia de estos con la realidad nacional. "No procede hacer aquí —dijo en ese año ante la representación obrera que le visitó con motivo del 1º de Mayo— contrariando las manifestaciones características del medio, labores comunistas o de índole semejante como pretenden algunos". Y con esa clarividencia excepcional y esa inspiración que le han permitido llevar a cabo su magnífica obra de gobierno agregaba: "La sociología dominicana no confronta fenómeno alguno de carácter socialista y sería una inconsecuencia con la realidad que vive el pueblo dominicano toda gestión que se apartara de las condiciones naturales del medio".

No era de los que se dejan deslumbrar con llamativas innovaciones, y su concepto social, su sentido de justicia y su espíritu igualitario no necesitaban doctrinas exóticas y extemporáneas para expresarse. Tenía el propósito de levantar el nivel de las clases trabajadoras, de dignificar su posición, de garantizar su esfuerzo y de conservar un equilibrio inmutable entre el capital y el trabajo, los cuales, bajo la solidaridad que se proponía establecer, no podrían chocar. En vez de que el pueblo aprendiera un odio nuevo, el de la clase social, para añadirlo al político, debería entregarse al trabajo sobre bases remunerativas y estimulantes y bajo medidas de protección que lo harían impermeable a las convocatorias de la subversión.

Por eso, porque su acción, su obra, su legislación, la estructura social que había realizado destruyeron las injusticias y la explotación de donde provienen el descontento y la rebeldía que predisponen al pueblo a confiar en cualquier promesa, por insensata que sea, y más si ésta consiste en la presentación del resplandeciente cuadro de

la fraternidad comunista, ésta no logró llegar hasta el pueblo dominicano con fuerza suficiente para relajar la moral pública, o para colocar a las clases en conflicto.

Trujillo declaró desde el principio: "mis mejores amigos son los hombres de trabajo". Y dentro de este concepto formuló un englobamiento, una sólida integración de los valores sociales. No reservó la denominación de trabajadores exclusivamente, como lo hace el sofisma marxista, para el obrero manual o mecánico o para el campesino asalariado, elementos con los cuales el comunismo formó esa masa densa que se llama "el proletariado", a la cual ha inspirado tendencias destructivas. Para Trujillo es trabajador todo individuo que, mediante su laboriosidad honrada, desde cualquier ángulo, contribuya al desarrollo armonioso de la nacionalidad. Y al evitar toda clase de exclusión eliminó la posibilidad de que un grupo pudiera erguirse frente a otro.

Precisamente porque en la República Dominicana se había realizado la más hermosa experiencia de consolidación social y se habían eliminado los motivos de invivencia, Trujillo podía formular su denuncia con ejemplar coraje, con una descripción casi clínica de los elementos de disgregación y de los gérmenes patológicos que sembraba el comunismo en todos los países y con amplio sentido de responsabilidad. No solo procuró despertar el alarma donde los dirigentes se habían adormecido, o habían sido deslumbrados por el miraje de la dialéctica, o se habían entregado bajo el peso de la convicción o de la conveniencia, sino que convocó a una lucha coordinada y metódica para salvar, a la vez que la vida misma de nuestras nacionalidades, las esencias de la civilización y de la cultura de que son depositarias frente al convulsionado desconcierto que viven los países que antes fueron las fuentes puras de esas mismas esencias. Con esta actitud el Generalísimo Trujillo asumió la jerarquía de campeón de la democracia en la América, especialmente cuando invitó a la reflexión, y cuando reveló las intimidades del

proceso de infiltración y la cooperación prestada a la descomposición nacional por poderosas fuerzas de diversos orígenes, unas veces impulsadas por la malignidad y otras por la imprevisión.

Como expresión práctica de las inquietudes que experimentaba su conciencia continental, en 1936 el Congreso Dominicano expidió una ley de defensa de la democracia que era la primera proscripción formal del comunismo en América. Esta ley funcionó en forma dinámica, suministró elementos para impedir toda clase de propaganda subversiva, y constituyó el modelo de un instrumento defensivo que, de haber sido imitado, habría evitado en gran parte los fenómenos de descomposición sistemática que ha venido presentando nuestra América atormentada y que en los últimos tiempos han tomado proporciones dramáticas por la interferencia de factores agravantes.

La siniestra tentativa de penetración emprendida por los agentes comunistas incorporados en la emigración española de la guerra civil comprobó la resistencia moral que se había creado en el espíritu popular. La amplitud sin limitaciones que el Generalísimo Trujillo le dió al derecho de asilo atrajo a la República Dominicana mayor número de refugiados que a cualquier otro país de América. Más de seis mil prófugos de la sangrienta revuelta se acogieron a la hospitalidad dominicana y muchos de ellos, especialmente entre los que ejercían profesiones liberales o seudo-intelectuales, traían su carácter de emisarios de la violencia.

Pasados los momentos de la efusión inicial, empezaron a actuar. Lo mismo que en todos los países de América, fundaron sociedades con distintas denominaciones, hicieron aspavientos de cultura, editaron publicaciones y distribuían en todos los medios sociales su perniciosa propaganda. Lograron algunos éxitos, especialmente los que tuvieron acceso a las cátedras universitarias, hábilmente disfrazados con indumentaria científica o profesional, los

cuales pudieron influir sobre ese tipo de mentalidades jóvenes que hemos descrito al referirnos a los instrumentos de la primera avanzada subversiva, y que son dóciles por novelería, por intemperancia juvenil o por coincidencia de la brutalidad marxista con sus temperamentos antisociales y pérfidos.

La República se sobrepuso fácilmente a este asalto, que tuvo especial intensidad porque los planes de Moscú, cada vez más precisos, implicaban una mayor presión sobre el Caribe para fortalecer y amplificar las zonas de preponderancia que el Soviet había instalado en algunos países. El progreso económico, la ausencia de problemas sociales, la fuerza de los sentimientos de compenetración nacional constituían un infranqueable sistema defensivo de la democracia. Los agitadores, aislados, cuando no abiertamente rechazados por el pueblo, tuvieron que irse con la música a otra parte, dispersos como una volatería tenebrosa, y los bolcheviques se quedaron sin cumplir sus planes proditorios respecto a la República Dominicana.

Este fracaso pudo servir de ejemplo a la América entera para la adopción de métodos racionales que la protegieran contra el asalto comunista. Demostró cómo es posible impermeabilizar a un pueblo contra la anarquía, el desorden y el caos sociales y económicos. Y comprobó también que la excesiva desigualdad social, la mala fe de dirigentes políticos y la falta de cohesión nacional son algunos de los principales fertilizantes de la semilla marxista en los países donde ésta ha arraigado. Pero la cooperación y la unidad de dirección del vasto programa demoledor y la falta total de escrúpulos de periodistas y políticos filo-comunistas de otros países forjaron una farsa calumniosa según la cual aparecían como víctimas de injusta persecución los intrusos que trataron de inocular a un pueblo recto y ordenado con la terrible y demoledora lepra comunista. Tergiversada su defensa por la malignidad marxista o interpretada en su justo sig-

nificado por las gentes de orden, lo cierto es que la República Dominicana resultó completamente indemne de este atentado contra su paz y sus instituciones.

La guerra mundial, con la insistente propaganda de las democracias en favor de su aliado soviético, impulsó con la misma fuerza que en otros países la infiltración comunista. Al estallar el conflicto, llevada por sus tradiciones y su espíritu democrático, que el Generalísimo Trujillo interpretó siempre a cabalidad, la República Dominicana se apresuró a cerrar filas al lado de las democracias enfrentadas al nazi-fascismo. Sin embargo, ningún país como éste se sobrepuso también al ímpetu destructivo. El Generalísimo Trujilo había mostrado desde el principio de su gobierno que comprendía muy bien el contenido, los fines y la íntima realidad de la doctrina y de los propósitos del comunismo, y su convicción no se modificó en el inmenso esfuerzo de guerra que hizo su país. Trujillo suministró toda clase de eementos de que era capaz para ayudar a la victoria aliada, pero no creyó nunca en la farsa de la "democracia del pueblo" ni en la humanización de los principios y de los métodos soviéticos. Ni él ha sido cándido, ni su apreciación de las esencias marxistas era superficial o rectificable, sujeta a las conveniencias del momento, ni su temperamento es voluble o su mente errátil. Aún durante lo más enconado de la contienda, cuando la victoria parecía inclinarse a favor de las tropas de Hitler, cuando los estrategas europeos colocaban su esperanza en la fortaleza de sus aliados del frente oriental, el Generalísimo no confió en Rusia, ni en la buena fe de sus dirigentes, ni en el súbito perfeccionamiento del comunismo. El no fue de los que tuvieron que arrepentirse del engaño que les hizo la malignidad bolchevique, como otros estadistas.

Sin embargo, lo mismo que en el resto de América, la guerra abrió en la República Dominicana un ancho campo propicio a la simiente disociadora. Como consecuencia de ello, en 1946 se produjo una súbita y dinámi-

ca acción perturbadora. Algunos elementos nativos, en su mayoría jóvenes inexpertos seducidos por el miraje marxista y empujados por malignos mentores extranjeros, de los que se habían entrenado en una prolongada experiencia y habían sido instruidos por las altas directivas moscovitas especialmente para llevar a cabo el plan de cercar con sus focos de infección todo el Caribe, aprovecharon la amplitud con que, en diversas ocasiones, el Generalísimo Trujillo había invitado a la acción política, y emprendieron una organización subversiva de vastos alcances. De acuerdo con la técnica ya conocida, hicieron alardes de amor a la democracia, manifestaron su fidelidad a la ley, anunciaron su propósito de cooperar a la gigantesca obra del Gobierno, y en tal virtud fundaron algunas asociaciones de apariencia puramente política. Pero en cuanto estuvieron reunidos en dos o tres de esas agrupaciones emprendieron la labor clandestina de distribuir el rumor, la mentira y la insidia para comenzar la perturbación del ambiente. Más tarde se despojaron de todo disimulo y empezaron a convocar al pueblo para la lucha social, a incitar a la huelga sangrienta, a predicar el atentado personal y, en fin, a provocar la acción destructiva que ya hemos visto realizada en otras partes.

Durante algún tiempo el gobierno mantuvo una actitud de tolerancia hacia estas extravagancias. Pero cuando los agitadores trataron de conducir hasta la acción directa a los grupos de obreros y campesinos a quienes habían intentado soliviantar, el gobierno no vaciló en proteger la paz social y emprendió una obra de saneamiento. Fueron disueltos los grupos subversivos que pretendieron ampararse en las simpatías artificiales que se habían producido en favor del aliado soviético de la guerra. Se dictó una nueva ley de defensa de las instituciones, la cual ampliaba la anterior y declaraba al comunismo incongruente con la normalidad y contrario no solo a las conveniencias nacionales sino a los supremos intereses de la civilización.

Este breve período de actividad comunista provino de una serie de circunstancias, las principales de las cuales fueron la exagerada propaganda que en nombre de la democracia se le hizo al comunismo durante la guerra y el espíritu de amplitud que siempre demostró Trujillo respecto de las libertades públicas y del cual se trató de abusar. Pero una vez desenmascarado de manera definitiva el auténtico objetivo de la agitación, el comunismo quedó colocado en la imposibilidad de extender su mal. La República Dominicana volvió a salir indemne de la nueva tentativa y sostuvo la pureza intocada de sus instituciones democráticas, sin vanos alardes, pero también sin las debilidades y las complacencias que en otros lugares han propiciado algunos elementos del viejo liberalismo, atraídos, por razón de su incongruencia doctrinaria, a las zonas de una tolerancia y una complicidad criminales.

XVIII

LA CONSPIRACION INTERNACIONAL

Dentro de los planes de Moscú para aniquilar la estructura de la América Latina, el apoderamiento del Caribe ha sido considerado una operación indispensable, no solo por su valor estratégico y militar para futuras contingencias de guerra, sino porque su situación geográfica lo convierte en un foco geométrico de irradiación sobre el resto del Continente, como lo fue de la Conquista española y de su consolidación colonial.

Como hemos visto, la campaña comunista, tan vigorosamente reforzada por la propaganda de la guerra, había culminado en la configuración de gobiernos presididos por elementos del partido en Guatemala, en Cuba y en Venezuela y por la formación de fuertes bloques de agitación en casi todos los demás países asomados a la vasta cuenca marina. Solo la República Dominicana había permanecido impenetrable a los esfuerzos subversivos intentados por agitadores especializados, y este fracaso, junto con las medidas defensivas de las instituciones y las valientes denuncias formuladas ante la opinión libre de

América, habían convertido a este país en el más poderoso e infranqueable obstáculo para los proyectos de Moscú y para la acción de los hábiles instrumentos que tan excelentes servicios prestaban en otros sectores de la misma zona .

Estas circunstancias conducían a que el comunismo concediera carácter de urgencia a la supresión de ese obstáculo y al establecimiento de un régimen adicto en el importante baluarte antillano. El diligente y dinámico perturbador Rómulo Betancourt, elevado en 1945 a la Presidencia de Venezuela por una revolución de tipo bolchevique, se propuso obtener por cualquier medio el derrocamiento del inconmovible gobierno dominicano y su reemplazo por otro que fuera complaciente con los intereses del Kremlin. Esta decisión satisfacía, al propio tiempo que sus compromisos políticos, determinados rencores personales provenientes de alguna vergonzosa aventura juvenil. En tal virtud, sin confiar en la lenta y protocolaria intervención de las Cancillerías, visitó personalmente a mediados de 1946 a sus camaradas los presidentes de Guatemala y Cuba, Juan José Arévalo y Ramón Grau San Martín, respectivamente, y concertó con ellos una coalición beligerante, no ya para fines de infiltración subrepticia, sino para emprender una invasión armada. Betancourt incluyó a México en su itinerario para asegurarse la solidaridad de los dirigentes comunistas nativos y españoles refugiados, quienes ayudarían a la consecución y transporte de equipos y armamento. Obtuvo, además, la cooperación de otras entidades públicas y privadas y con todos esos elementos organizó la asociación mercenaria que más tarde se llamó Legión del Caribe, la cual fue dotada de suficiente material bélico y de instructores entrenados en Moscú. Aun cuando los planes de esta horda comprendían la acción violenta contra todos los gobiernos de la zona adversos al comunismo, su primordial objetivo era la ocupación armada de la República Dominicana, blanco especial del odio bolchevique.

El proceso de este atentado contra todas las normas del derecho internacional constituye una revelación del estado de descomposición moral a que había llegado la mayor parte de América. No solamente por su finalidad claramente comunista, sino porque implicaba la agresión de un grupo de asaltantes piráticos contra un Estado independiente y libre, cuya soberanía estaba protegida tanto por las doctrinas y estatutos que constituyen la estructura jurídica interamericana como por pactos y tratados específicos, la opinión democrática del Continente hubiera debido levantar su indignada y colérica protesta. A su vez, los gobiernos comprometidos en la solidaridad de su defensa estaban obligados a dispersar la horda equívoca, siquiera para evitar el tremendo precedente que dejaría la vida de las nacionalidades al alcance de una cuadrilla de malhechores.

Pero lejos de ello, los preparativos de la invasión se llevaban a cabo públicamente en territorio cubano y las agencias informativas daban noticias de los progresos de la organización. Todo el mundo sabía que en la aislada playa de Cayo Confites empezaron a congregarse a mediados de 1947 los elementos que intervendrían en la operación: equipos, transportes, armamentos y un heterogéneo material humano, compuesto de prófugos de derecho común, aventureros y afiliados comunistas provenientes de diversos países, y nadie tuvo una palabra de condenación. Lejos de ello, la prensa y en general todos los órganos procomunistas de publicidad se apresuraban a considerar las reclamaciones y las denuncias de la República Dominicana como carentes de fundamento y producto de una histeria política. Tenían, en cambio, alabanzas para los mercenarios, a quienes presentaban como los presuntos héroes de una expedición libertadora; y varios gobiernos inspirados en el mismo incalificable criterio, facilitaban el comercio de armas para los conspiradores en tanto que le negaban a la nación amenazada todas las posibilidades de prepararse para su defensa.

La situación de suprema injusticia y de violación de elementales principios de derecho y de equidad que constituían esta conducta representaba una aparatosa victoria del comunismo, que veía fructificar los esfuerzos realizados desde su iniciación, encaminados a sembrar la discordia, la confusión y el desorden, tergiversar y destruir las fuerzas éticas y morales, romper las coherencias jurídicas, esparcir el odio entre los hombres, las clases y las naciones y disolver y eliminar las esencias vitales de nuestros pueblos como si desencadenara un cataclismo total, porque solamente sobre los escombros podrá imponer la victoria de su barbarie.

Sin impaciencia, con una serenidad imperturbable, situado exclusivamente en el terreno jurídico, el gobierno dominicano, presidido por el Generalísimo Trujillo, apeló a los organismos que han sido creados para proteger la armonía continental, y lo hizo sólo después de que Cuba despreció ostensiblemente sus solicitudes y demandas. A pesar de que el poderoso contubernio formado por pueblo de un país libre y soberano tenía cómplices en toel comunismo internacional contra el gobierno y contra el das partes, la actitud serena y profundamente equilibrada de Trujillo logró obtener de los tribunales interamericanos algunas declaraciones y conceptos, cuya imprecisión no representaba una condenación expresa del atentado, pero que tuvieron la fuerza suficiente para que el gobierno cubano aparentase reconocer la conveniencia de dispersar a los conspiradores.

Por el momento la agresiva hueste pospuso la ejecución de sus planes. Pero no se disolvió, y la ayuda oportuna de sus mercenarios decidió la victoria de la revolución encabezada en Costa Rica a principios de 1948 por el procomunista José Figueres. Al asumir la Presidencia, Figueres ingresó en la criminal coalición. la cual recibió con ello un apreciable refuerzo bélico y humano.

El objetivo primordial de la Legión seguía siendo la invasión de la República Dominicana. Con la expe-

riencia adquirida, la crítica del fracaso anterior y mejores y más abundantes elementos militares, a fines del mismo año reanundáronse los preparativos de la expedición, esta vez en Puerto Barrios, Guatemala, bajo la protección directa del Presidente Arévalo. Cooperaban intensamente en la financiación y dirección del atentado, además de Arévalo, Betancourt, que era el más dadivoso, pues disponía de los inagotables millones del petróleo venezolano, Grau, de Cuba, Figueres, de Costa Rica y en menor grado, Dumarsais Estimé, de Haití, quien toleraría el uso de sus puertos si así lo requería la estrategia de la operación. En Puerto Barrios se acumulaban los equipos, incluyendo aviones y barcos, se entrenaban los filibusteros y se maduraban los planes. Lo mismo que en la fracasada tentativa de Cayo Confite, los grupos comunistas de México y de los Estados Unidos actuaron decisivamente para facilitar la consecución del armamento y de los costosos transportes destinados a la invasión y para negarle una vez más al país amenazado la posibilidad de adquirir hasta el más pequeño recurso defensivo. La mayor parte de la prensa continental, siempre influida por la infiltración comunista, volvió a prestar la importante cooperación de una publicidad hostil y calumniosa. Una sistemática desfiguración de los acontecimientos, una interpretación pérfida de la realidad dominicana y una gran elasticidad sobre el sentido de los derechos internacionales que iban a ser violados, todo lo cual conducía a la formación de un ambiente favorable al atropello, fueron partes del concurso que ofrecieron a la aventura muchos de los periódicos que todavía hoy se dicen voceros de la democracia y que cooperan, desde hace mucho tiempo, a la intención comunista de esparcir la discordia y desatar el caos.

Fué un bloqueo en toda regla, que puso de presente el poder inmenso que había logrado el comunismo en América.

Pero nuevamente el atentado contra la fortaleza

dominicana culminó en el mismo fracaso que habían sufrido las tentativas de penetración popular. La dialéctica marxista demostró la ineficacia de sus apreciaciones psicológicas cuando supuso que en algunos sectores sociales, siquiera en algunos individuos, la intensa aunque breve propaganda que se hizo en el interior había logrado perturbaciones suficientes como para haber despertado la ansiedad de transformaciones fundamentales, ansiedad que había sido tan útil en otras partes. La dialéctica falló al apreciar con sus fórmulas y sus sistemas métricos el fenómeno de la sociología dominicana, la coherencia de sus instituciones y el sentido de solidaridad y de cooperación que inspira la vida nacional en todas sus manifestaciones.

Esta falla de interpretación hizo suponer a los directores del asalto que el pueblo recibiría alborozadamente a los invasores y se uniría a ellos. Y por el contrario, fue el mismo pueblo, sin esperar la intervención de las milicias oficiales, el que se lanzó contra los tripulantes del único avión que de la desarticulada expedición logró llegar al suelo dominicano y los capturó para salvaguardiar la soberanía y defender su derecho y su libertad. Porque bajo la acción de Trujillo, las virtudes cívicas, la solidaridad, el patriotismo, el orden, florecen continuamente en expresiones tangibles, y no son, como en otras partes, abstractas enunciaciones.

Nuevamente la continencia, la serenidad, la prudencia de Trujillo consolidaron la victoria de la democracia dominicana contra el atentado más brutal e impetuoso que el comunismo había ensayado en la América, ya que se trataba de una invasión armada con todas las características de la conquista militar. Las apelaciones del gobierno dominicano a los organismos internacionales, recibidas al principio con displiscencia y estudiadas en forma imprecisa y parcial, merecieron, por fin, alguna atención por la inmaculada fuerza de su juridicidad y de su derecho; y si bien los fallos correspondientes

tampoco fueron esta vez tan positivos como la justicia y la defensa sincera de la armonía continental lo exigían, de todas maneras contribuyeron a fijar la legitimidad de la posición dominicana y a definir el arbitrario proceder de los presuntos y fracasados invasores, y entrañaban una censura, aun cuando pausada y tímida, contra la filibustera tentativa.

Todavía la Legión del Caribe se obstinó en cumplir, siquiera en parte, la misión de violencia que se había propuesto, para presentar algún testimonio de su eficiencia antes de disolverse. Esta vez trató de camuflarse bajo la neutralidad de la Cruz Roja Cubana. Pero ya la Legión había entrado en el período de la agonía y de la impopularidad, especialmente porque el principal promotor y sostenedor del criminal organismo de asalto y de agresión, Rómulo Betancourt, que manejaba a su antojo los millones procedentes del petróleo venezolano, había caído aparatosamente del poder, víctima de su ineptitud y de sus pasiones, y ya la invasión no podía ser financiada en la misma proporción. Y el centro universal de la difusión, las directivas de Moscú, exigían que sus adeptos prestasen algo más que la cooperación de la intriga, y la Legión, comprobada su incapacidad, no podía esperar una remesa de rublos para una nueva adquisición de armamentos.

De esta suerte, se fijó de manera inquebrantable la invulnerabilidad de la República Dominicana para la penetración comunista. Y como esta fuerza cohesiva, esta sensibilidad nacionalista, este sentido de las libertades y esta desconfianza contra la aventura marxista son obra exclusiva de Trujillo, como ha sido él quien ha asumido la ofensiva contra el comunismo, como su política se ha encaminado a suprimir en su patria esas situaciones de injusticia y de oprobio que dan margen a la rebeldía y al odio social, las máximas catapultas del comunismo se han apuntado contra el estadista dominicano. Frustradas todas las tentativas de infiltración

por la firme actitud del pueblo dominicano y de su gran conductor, el encono y la cólera de los fracasados empresarios del disturbio en el Caribe se concentraron en el ataque verbal y en la difamación. Ninguna de las técnicas ensayadas y comprobadas en otros lugares pudo prevalecer contra la fortaleza moral que ha levantado Trujillo en su patria para defender la cultura y la civilización contra los agentes patógenos que traen consigo el cáncer social. Quedó solamente el arma mellada de la injuria y de la calumnia, y la socarrona o la inconciente mentalidad de ciertos publicistas o dirigentes políticos, incluso en los Estados Unidos, se encargaron de esgrimirla en nombre de los principios elásticos que han ayudado tanto a la propaganda soviética en América.

La República Dominicana no es solamente una isla en el sentido geográfico, sino principalmente en el ideológico. Ha desafiado todas las invasiones y las ha vencido, y mantiene enhiesta la bandera de la civilización, del orden y del progreso en frente al caos y a la descomposición que perturban la vida de todos los demás países americanos.

XIX

FACTORES CONTEMPORANEOS DE DESCONCIERTO

En los últimos tiempos han surgido en la organización económica y financiera de nuestros pueblos complicaciones que han venido a acentuar situaciones anormales y que aportan nuevos instrumentos para la penetración comunista. Tales anomalías provienen de distintos factores, los principales de los cuales son: la excesiva industrialización de algunos países y los métodos para la comercialización de sus productos; la aplicación a la práctica de determinadas teorías financieras contrarias a la realidad, pero favorables a los intereses internacionales predominantes; el desacierto oficial en las inversiones públicas; las ambiciones despertadas por ciertos tipos de ayuda económica internacional y la configuración de estructuras económicas sobre bases artificiales que las hacen frágiles y deleznables. Trataremos de explicar el alcance y el sentido de cada uno de estos factores.

a).— **La excesiva industrialización**

La excesiva industrialización especialmente en los Estados Unidos ha exigido la consecución de mercados extranjeros para la comercialización de productos y artículos ingeniosos que, si bien hacen más agradable la vida, no son en modo alguno estrictamente indispensables. Esos mercados han tratado de adquirirse principalmente en la América Latina. Una publicidad cada vez más convincente obliga, no solo a personas sino a las colectividades, a aprovechar las ventajas que les proporciona una adquisición con relativas facilidades, y las induce a contraer compromisos muchas veces superiores a sus posibilidades. Hay determinados artefactos fabricados por la técnica moderna, que se han hecho imprescindibles en la vida cuotidiana. Esto ha modificado el funcionamiento de las economías familiares y nacionales, generalmente en un sentido de desequilibrio que trata de resolverse con el abuso del crédito. De esta suerte han aparecido problemas que antes no existían, se ha adulterado la realidad en beneficio de una industria extranjera cada vez más expansiva, y se ha creado un pernicioso factor de descontento y de protesta cuando la satisfacción de estas necesidades artificiales sufre algún retraso.

Simultáneamente se ha eliminado un factor moral de defensa, y es el que resulta de una definición estricta de la civilización. Para el rancio instinto latinoamericano, la civilización consistió en la supremacía de los valores del espíritu y del pensamiento, y con ello era fiel a la herencia hispánica que también lo comprendió así. Pero la contemporánea época pragmática y la excesiva industrialización que la interpreta, lograron identificar a la civilización con la técnica mecánica. Tal confusión redujo el significado de los elementos éticos y morales en la estructuración de los pueblos, y convirtió en una preocupación sistemática más impor-

tante la posesión de un automóvil de último modelo, por ejemplo, que la de una conciencia recta y limpia, aun cuando fuera como principio abstracto. Así, pues, la industrialización excesiva ha venido a deformar el sentido de la civilización y a extraerle las esencias morales, y con ello ha debilitado a los pueblos frente a la persistente acechanza comunista.

b).— Teoría de la riqueza

Esta misma industrialización excesiva ha sustentado una **teoría enteramente artificial** y concebida a propósito para su beneficio, y es la de que la riqueza de un país se debe medir exclusivamente por sus disponibilidades de divisas para que pueda comprar en el exterior todos esos elementos que la propaganda, más que la necesidad efectiva, ha hecho indispensables. Esta tesis es la que ha orientado las actividades de todos los países. En una concepción más humana y objetiva, la riqueza de un país debería contarse por el standard de vida de su pueblo, esto es, por los índices de su nutrición, de su vivienda, de su salubridad y de su vestuario, y no exclusivamente por el volúmen de su comercio exterior.

Esta teoría de que la riqueza pública debe medirse por el volumen de las divisas disponibles, ha conducido a casi todos nuestros países al predominio de la producción de exportación sobre la producción de consumo. Esto es, a dedicar las energías nacionales, la protección del Estado y los recursos disponibles a producir los elementos vendibles en el mercado internacional, aun cuando disminuya hasta la exigüidad el cultivo e los elementos absolutamente esenciales para la vida, como los víveres primarios. Para citar un ejemplo tomado al azar, en los países que han hecho del café la base de su exportación, las plantaciones del fragante arbusto han invadido todas las tierras cultivables, has-

ta el punto de reducir a proporciones insuficientes la producción de otros frutos necesarios para la alimentación, como el azúcar, los plátanos, la yuca y la pecuaria. Un caso típico es el de Colombia, donde a cambio de abundantes cosechas de café es preciso importar azúcar, carnes, cereales, y otros elementos que podrían obtenerse abundantemente en sus fértiles climas templados. Tan absurdo sistema económico ha conducido a la superproducción del fragante grano, cuyas últimas recolecciones superaron las posibilidades de exportación. El gobierno se vió precisado a adoptar convenios con otros países productores, y obligado a comprar algunos excedentes de la cosecha de 1957-1958 con el fin de evitar la saturación del mercado internacional y defender el precio.

Posiblemente se hará necesario destruir los excedentes almacenados, y mientras tanto el pueblo, ilusionado con el miraje de las divisas, sacrifica su propia alimentación a fin de producir más café. Las divisas son indispensables para sostener la ilusión de una riqueza que se funda en la importación de artículos suntuarios y de muchos víveres que se podrían cultivar en el mismo suelo si no estuviera exclusivamente ocupado por los frutos de exportación.

c).— Las inversiones oficiales

La misma teoría convencional conduce a que **las inversiones oficiales**, principalmente en obras públicas, tengan por fin el estímulo de esta producción de exportación. En lo general las vías de comunicación se construyen más con el fin de acelerar y facilitar el acceso a los puertos que con el de mejorar la distribución interna de los productos de las distintas zonas; y así hay lugares en donde resulta más barato, por razón de los transportes, importar de un remoto mercado extranjero frutos que se cultivan con abundancia en otra provin-

cia del mismo país. La papa, tan típicamente americana, el arroz, el trigo, carnes y otros víveres fundamentales que se consumen en varios de nuestros países y son de fácil producción en las diversas latitudes del Continente suelen tener procedencia asiática y europea.

Este desacuerdo entre la política de los transportes y las profundas realidades nacionales de la producción y del consumo sintetiza en general el sentido de casi todas las inversiones oficiales. Muy raras veces éstas se han hecho sobre una planificación en busca de resultados reproductivos o propulsores del desarrollo económico. Con excesiva frecuencia la distribución de los fondos públicos ha estado subordinada a las influencias políticas y electorales, y por tal causa, en muchos de nuestros países se encuentran inmensas obras abandonadas y sin concluir, cuya iniciación obedeció solamente a un interés momentáneo y no respondía a ninguna finalidad positiva, pero que absorbieron importantes cantidades provenientes no solo de los ingresos ordinarios al erario, sino aún de los extraordinarios, como empréstitos o impuestos de destinación específica.

Por otra parte, los gobiernos latinoamericanos suelen ser altamente aficionados al exhibicionismo suntuario, a los monumentos patrióticos y a la fastuosa celebración de las festividades cívicas, lo cual consume fondos que podrían contribuir, bien utilizados, a la intensificación de actividades creadoras de riqueza.

La misma falta de planificación ha conducido a la concepción de empresas absurdas que se han convertido en vorágines de millones, y que al cabo han concluído en tremendos fracasos, debidos a errores técnicos o simplemente a desvergonzados fraudes. Cuando tan frecuentes malversaciones no significan compromisos representados en un aumento de la deuda pública con su correspondiente gravamen de intereses cuya amortización implica penosos sacrificios y privaciones en el futuro, es porque han insumido excesivas tributacio-

nes que encarecen los costos de la producción y reducen más aún los niveles de la vida popular. De una u otra manera han producido la desconfianza en las propias aptitudes, la ruina, el descontento, la depresión y otros sindromes que debilitan la moral del organismo social y sus defensas biológicas contra la insistente infección marxista.

d·.— La monoproducción

La artificiosa concepción económica a que nos referimos, esto es, la necesidad imprescindible de producir divisas como signo de prosperidad, ha llevado a casi todos los países de nuestra América a fundar **sus economías en la monoproducción,** es decir, en la producción exclusiva de lo exportable. La Argentina, de carnes y trigo; Uruguay, de lana y carnes; Chile, de cobre; Bolivia, de estaño; el Perú de guano, y luego, de metales; Colombia y el Brasil, de café: Venezuela de petróleo; la América Central, de frutas, controladas en lo general por un monopolio extranjero; Cuba, del azúcar. Los países que no han logrado una especialización exportadora, han sido prácticamente eliminados del mapa comercial de América, porque su insuficiente producción de divisas los descalifica como mercados útiles para la gran industria extranjera.

Puesto que debe aceptarse, como hecho consumado, aun cuando sea absurdo, la vigencia de la teoría de que la riqueza debe medirse por la cuantía de las divisas, la monoproducción resulta el sistema económico más inestable y peligroso. Al monoproducto se vincula prácticamente la totalidad de la vida nacional, y sobre él se desarrollan, directa o indirectamente, todas las actividades. Y así cualquier circunstancia que afecte el precio o el volúmen del monoproducto desarticula la armonía económica del país y lo sitúa ante el abismo de la bancarrota.

Todo esto facilita la acción infiltradora del comunismo. Justamente durante el año de 1958 se ha producido el desorden económico de varios países de América porque la absorción de productos primordiales de exportación se ha visto afectada en su precio y en su volúmen. Y tal circunstancia, que impide satisfacer con cosas importadas las necesidades artificialmente creadas, está siendo aprovechada por el comunismo para mejorar sus métodos de propaganda con la penetración comercial. La Unión Soviética se ha apresurado a formular ofertas y promesas para absorber los sobrantes de la reducción comercial de esos productos, y la posibilidad de este negocio, que seguramente terminará en una estafa, crea situaciones altamente favorables para su penetración en nuestros países.

La República Dominicana puede presentarse como un ejemplo excepcional de una estructuración económica equilibrada, con sus altos volúmenes de producción de consumo, en primer término y con la variedad de la producción de exportación. La sabiduría ejemplar y el sentido realista con que ha sido organizada esta estructuración por el Generalísimo Trujillo ha conducido a que su pueblo sea considerado por los estadísticos como el mejor alimentado y sus mercados como los más abundantemente provistos de la América Latina y a que su volúmen de divisas, proporcionalmente a su extensión territorial y al número de sus habitantes, sea también el más alto del Continente. Por otra parte, la diversificación de su producción no solo le permite alimentarse con exceso a sí misma, sino que la libra de la siniestra perspectiva que amenaza siempre a los países monoproductores: la de que una reducción de precios o una modificación de tarifas aduaneras sobre el producto único, los lleve a la bancarrota y a la miseria. Pero es que esta estructura no se concibió ni se efectuó con el fin de satisfacer teorías de conveniencia para poderosos intereses extranjeros, sino para crear

una prosperidad positiva dentro de la cual los distintos factores avanzan por líneas paralelas. Y este sí es un efectivo signo de riqueza en todas sus acepciones.

e).— La ayuda económica

Los Estados Unidos han asumido la suprema dirección en la defensa de las democracias contra la cruenta expansión del comunismo ruso al cual estimularon eficazmente durante la guerra. Lo han hecho en su condición de país más desarrollado y capacitado para destinar a las investigaciones de la ciencia y de la técnica militares las enormes cantidades de dinero que éstas exigen. Pero para cumplir con tan tremenda responsabilidad se ven precisados a defender su propia economía y a sostener el cuantioso volumen de su exportación de productos industriales.

Para ejecutar esta dirección suprema han tenido que emplear armas no utilizadas antes a fin de mantener determinado grado de unidad frente al impetuoso comunismo. Una de estas armas ha sido **la ayuda económica**. Han enviado dólares por millonadas a los países que se encuentran en peligro de caer bajo la órbita soviética, y generalmente este dinero ha sido mal gastado en cubrir necesidades del momento, y no en crear fuentes permanentes de riqueza y de autonomía económica. Y esto se debe a que la misma supremacía económica de los Estados Unidos exige que esos países y en general todos los comprendidos bajo la calificación de subdesarrollados no puedan convertirse en productores y rivales sino que conserven su condición de mercados de productos industriales norteamericanos. Esta ha sido una actitud contradictoria, que ha disminuído en gran parte los efectos de adhesión y de consolidación democrática que se ha propuesto, porque no ha

evitado la insistencia de la acción comunista sobre esos mismos pueblos.

La prodigalidad de ciertas ayudas económicas ha producido efectos más disolventes que favorables. Ha despertado, por ejemplo, en los países latinoamericanos una actitud de celos y de emulación al sentirse peor tratados que remotas naciones asiáticas o africanas, siendo así que su significado de unidad frente a la emergencia del conflicto armado con el Soviet o con cualquier otro adversario de los Estados Unidos es fundamental porque es geográfica. Ha despertado también una especie de psicología mendicante y de complejos de inferioridad, consistentes en la convicción de que no pueden seguir viviendo ni desarrollar su potencialidad con sus propias fuerzas, sino que la ayuda económica se les ha hecho absolutamente imprescindible. Ha eliminado las actitudes de austeridad y las ansiedades de superación con que esos mismos pueblos han recorrido la mayor parte de su historia, por lo menos hasta cuando vino la propaganda de la gran industria y les creó necesidades no esenciales y hasta cuando solo contaban con sus propios recursos para subsistir.

f).— Una política despectiva

La situación de rivalidad y emulación de los países latinoamericanos respecto a los mejor protegidos de otros continentes se ha hecho más sensible en los últimos tiempos con la adopción, por parte de los Estados Unidos, de una política notoriamente despectiva hacia los problemas y aspiraciones de aquellos. La actitud de las delegaciones norteamericanas en las más recientes reuniones interamericanas no deja lugar a dudas de que esta actitud es una conducta adoptada sistemáticamente, la cual parece denunciar el predominio del criterio de determinados sectores influyentes en la admi-

nistración pública y en la opinión general de esa poderosa nación, que considera al resto del Continente una región desprovista de importancia, no solo como elemento de valor estratégico para cualquier contingencia, sino como simple conjunto humano. Lo mismo en las dos últimas Conferencias Panamericanas, como en la Económica de Buenos Aires, los representantes de los Estados Unidos recibieron con marcada indiferencia, cuando no con abierta hostilidad, las iniciativas de algunos gobiernos, presentadas con un sincero deseo de adoptar fórmulas prácticas de cooperación en lugar de las teorías abstractas o retóricas expresadas hasta ahora.

En el Congreso de Washington, con mucha frecuencia, interpretando esa actitud, representantes o senadores mal intencionados realizan intervenciones parlamentarias con una desconcertante agresividad. Consideran a su manera los problemas latinoamericanos, juzgan su política, analizan su economía con un desconocimiento sensacional de la realidad, pero logran el objetivo de acentuar el disgusto y de obstaculizar la armonía y la cooperación de que tánto alarde suele hacerse: y este objetivo es un servicio al comunismo.

La alta industria y el gran comercio señalan a su antojo los precios de los productos básicos para la economía de las naciones situadas al sur del hemisferio y dirigen el consumo a su antojo, renovando el viejo espíritu de explotación imperialista, en que solo predomina el acrecentamiento de las ganancias, asi éste represente la ruina y la desolación de pueblos enteros; ese sistema de explotación imperialista que influyó decisivamente en que el debilitamiento de las incipientes formas económicas de la América Latina representara el florecimiento y la expansión del gran capitalismo norteamericano.

Con frecuencia se habla de la inversión de capitales en la América Latina y se presenta tal hecho como

un signo de colaboración y de ayuda. En realidad, el capital que llega a nuestros países va enteramente desprovisto de cualquiera otra preocupación que no sea su máxima seguridad y su rendimiento usurario, por lo cual exige siempre concesiones extraordinarias oficiales, y antes que un beneficio efectivo, representa la explotación del trabajo de los nativos, la humillación de factores esenciales de la soberanía y la aceptación de renunciamientos inverosímiles por parte de los gobiernos concesionarios. Por tales causas, este capital no solo no ha sabido hacerse amable, sino que es uno de los acicates que excitan sentimientos de rencor y de reacción popular.

Las necesidades estratégicas de los Estados Unidos han conducido a la exigencia de determinadas cooperaciones de los países latinoamericanos, como la de permitir el funcionamiento de bases militares en su territorio y la aceptación de ciertas ayudas no medidas por las conveniencias del país subordinado sino por la imponente voluntad de los altos comandos norteamericanos. Y a pesar de que, casi sin excepción, esto no les ha representado beneficio alguno a nuestros países, se hace indispensable que estos guarden una actitud de postrado agradecimiento por la benévola atención de que son objeto.

Como un caso típico de los sentimientos efectivos que despierta en los pueblos tal conducta, puede citarse la actitud asumida por la República Dominicana en junio de 1958, justamente en relación con estas ayudas. Al progresista país antillano se le destinaba la suma de $600.000 anuales como hipotética contribución económica, que los mismos Estados Unidos invierten en acuerdo con sus intereses. Ningún beneficio reporta esta suma, irrisoria en frente de las cantidades que se envían a países asiáticos o africanos, pero dió margen a que órganos de la opinión norteamericana, llevados de su arrogancia tradicional y de su inclinación comunis-

toide, supusieran que la República Dominicana no merecía ser tenida en cuenta y expresaron, incluso en el Congreso de Washington, las más inesperadas agresiones contra su organización francamente anticomunista.

Ningún país de América ha sido, acaso, más leal y más desinteresado en sus relaciones con los Estados Unidos que la República Dominicana. Ni solicitudes de préstamos, porque su economía sólida le permite subsistir por sí misma y desarrollarse con sus propios recursos; ni compensaciones o exenciones de ningún género ni por ningún concepto, nada más que sus sentimientos íntima y profundamente democráticos han ligado a la nación antillana con su omnipotente vecino. La ayuda de los $600.000 no interesa ni beneficia en absoluto a la República insular, y a pesar de ello le fue enrrostrada como una dádiva que merecía ser compensada con toda suerte de humillaciones y reconocimientos. Pero la altivez y el sentido de soberanía del gran pueblo dominicano se puso en pie, y el Congreso Nacional, de manera unánime, propuso que se suspendiera la inexistente ayuda y denunció los convenios que la pretextaban.

La agresividad de que fué objeto la República Dominicana, y que este país pudo rechazar orgullosamente, indica la orientación de ciertos sentimientos predominantes en los Estados Unidos respecto a nuestros países, en cuyos pueblos se han formado actitudes de reacción defensiva que culminan, a veces, en actos de excesiva afirmación, absolutamente reprobables, instigados por los hábiles agitadores comunistas, como las muestras de desagrado que recibió el vicepresidente Nixon de los Estados Unidos en su visita a la América del Sur en mayo de 1958.

Tan expresivo descontento, provocado por la política abiertamente despectiva adoptada por los Estados Unidos respecto de nuestros países, se ha venido a producir en los momentos en que el comunismo, largamen-

te experimentado en sus métodos de lucha y de penetración, respaldado por la hábil propaganda de sus realizaciones científicas de los últimos tiempos, fortalecido con la prepotencia militar de que hace continuos exhibicionismos, refuerza su presión sobre los pueblos americanos y utiliza el instrumento de los acuerdos comerciales y de las ayudas técnicas y económicas y sobre todo la oferta de un tratamiento mejor. Constituye, por lo tanto, un motivo de serias preocupaciones, y puede conducir a situaciones de hecho que habrán de lamentarse más tarde.

Es evidente que todos los antecedentes de la conducta soviética, su falacia diplomática, la mala fe sistemática, la envoltura de mentira y de simulación que rodea su actitud, la trampa y el engaño que forman parte de su esencia, serán factores que obliguen a los gobiernos que acepten transacciones comerciales, en grande o pequeña escala, a proceder cautelosamente, a meditar en las compensaciones exigidas y a adoptar precauciones especiales. Pero no es menos evidente que si, presionados por las circunstancias, algunos gobiernos han pensado en comerciar con Rusia, ello se debe primordialmente al desacierto de los conceptos y de las apreciaciones que han guiado la política de los Estados Unidos en los últimos tiempos respecto de la América Latina.

g).— La corrupción de la prensa

Tanto los intereses políticos internos, esto es, el usufructuo electoral del engaño a las masas, la explotación de su ingenuidad y la exaltación de dirigentes inhonestos, como las operaciones financieras en que se compromete el porvenir de los países, han sido sostenidos y defendidos por una prensa poderosa y mercantilista, fundada primordialmente para la defensa de determinados privilegios y de impuras negociaciones. Esta prensa, representada en una cadena de grandes diarios y

otras publicaciones a todo lo largo del Continente, ha sido el más poderoso instrumento para desconcertar y desorientar a la opinión y conducirla en determinadas direcciones, en acuerdo con las conveniencias de intereses exclusivistas. Utilizando la mentira o el ocultamiento, según los casos, deformando los acontecimientos o interpretándolos mañosamente, contribuye en parte fundamental a dificultar la defensa de las más puras aspiraciones comunes, entre ellas el claro y simple ideal de la confraternidad que debería unir a todos los pueblos en una acción de conjunto no solo contra la penetración comunista, sino para la protección de los auténticos intereses colectivos.

Lejos de proponer fórmulas para alcanzar nobles finalidades, la mayor parte de la prensa de los países que presumen de sus instituciones y que son, por lo mismo, los primeros que han sido minados, solo se complace en recoger en sus columnas de información lo teratológico, lo catastrófico, lo sangriento de nuestros países hispanoamericanos, y en las de comentarios se define y se consolida el sentimiento de orfandad moral, de ineptitud, de incapacidad para sobrevivir. Toda victoria, todo impulso decisivo, toda definición trascendental son callados o desfigurados maliciosamente. Con esta destrucción de la propia confianza y de la fe en los valores de la raza y del pueblo, se mina la fortaleza del sentimiento nacional, se lo incapacita para la defensa y se desvirtúan las ansiedades de un progreso ordenado. Entre las clases que presumen de mayor educación la prensa ejecuta su acción disociadora mediante la formación de un artificio seudo-cultural y snobista encaminado a despreciar la potencialidad creativa y la autóctona personalidad de nuestros pueblos para lograr su propia definición. Y esta conducta induce a la desconfianza, al pesimismo y al desfallecimiento.

Fuera de su mala fe intrínseca, la incorporación de

elementos intelectuales adecuados en sus cuerpos de redacción la ha inclinado mejor al servicio de la infiltración comunista y de sus propósitos disociadores. Pero eso no la inquieta. Unas veces proclamando libertades de que no puede disfrutar el pueblo y otras con alardes de democracia que son una simulación, ha estado siempre presta a contribuir a la confusión y al desorden. Nadie ignora, al cabo de la prolongada observación de las veleidades de su conducta, que los grandes diarios son empresas comerciales cuyo negocio está en provocar o defender situaciones que aseguren la preeminencia de determinados intereses y de valiosos e injustos privilegios. Y lo que sobrevenga después no la perturba, así sea la disolución de la Patria. Este mercantilismo fundamental, solidariamente ejercido por las más fuertes empresas, se ha ligado para su mayor eficacia y utilidad en la organización denominada Sociedad Interamericana de Prensa, ((SIP), en cuya dirección suprema se han colocado individuos de tan baja moral y tan dudosos procedimientos como un misterioso personaje, de origen y nacionalidad desconocidos, llamado Jules Dubois, el cual ha logrado encaminar la unidad de intereses de la publicidad impresa hacia la recíproca difamación, hacia la invivencia internacional, hacia otras formas de recelo y de discordia que redundan en la más positiva cooperación a los ideales del comunismo.

Todavía se pueden enumerar otros factores de inseguridad, de inconciencia, de ceguera ante el peligro, y entre ellos debemos mencionar la ignorancia popular. En la América Latina la cultura suele ser un tema cautivador porque da pretexto para ingenuos exhibicionismos publicitarios. Pero esto es otra ficción como la de las libertades políticas, que solo pertenecen a determinados círculos. En realidad, con una o dos ex-

cepciones, entre las cuales se destaca con brillo la República Dominicana, los índices de analfabetismo son impresionantes, porque los fondos públicos se destinan, primordialmente, a fortalecer el privilegio y a facilitar el enriquecimiento de las clases oligárquicas y luego a satisfacer la concupiscencia de los dirigentes políticos. La educación del pueblo para que comprenda su propia conveniencia, adquiera instrumentos morales e intelectuales de defensa contra la incursión comunista y salve su futuro, se abandona a su propia suerte, y de ello se aprovechan bien los agitadores marxistas, lo mismo que los explotadores capitalistas, cuyas encontradas ambiciones y desmedidas intemperancias encuentran generalmente masas ingenuas y torpes incapaces de resistencia a cualquier género de opresión.

En **resumen**, todo esto: la urgencia de satisfacer necesidades no imprescindibles; la supremacía de la producción de exportación sobre la de consumo, que hace insuficientes los recursos alimenticios y crea situaciones de miseria popular; la debilidad de las estructuras económicas de los países de la América Latina por causa de la monoproducción exportadora; la equívoca y despectiva política de los Estados Unidos respecto de los problemas de los mismos países; la influencia perniciosa de una prensa irresponsable y maligna, y finalmente, el legítimo descontento de nuestros pueblos al sentirse menos favorecidos que otros por las ayudas económicas, son instrumentos que los agitadores comunistas aprovechan para intensificar el desorden, la subversión, la inestabilidad política y social y otros actos de descomposición. Y puesto que se ha polarizado la defensa universal de las democracias en los Estados Unidos, lo cual convierte a éstos en el enemigo primordial del comunismo, está en la conveniencia de las

fuerzas marxistas infiltrar odios, recelos y violencias contra la política norteamericana acerca de nuestros países, para lo cual las circunstancias y los errores del capitalismo y de la diplomacia le han suministrado excelentes instrumentos que su técnica aprovecha con innegable eficacia.

La agresiva recepción a Nixon en mayo de 1958 en varios países latinoamericanos no representó exactamente los sentimientos de los pueblos, considerados como unidades nacionales, sino el aprovechamiento de factores de descontento para el fin de intensificar las dificultades con el repudio y la descortesía, y obstaculizar cualquier acercamiento y reconciliación. Por fortuna, desde el primer momento la reacción en ciertos medios de los Estados Unidos no correspondió a las previsiones comunistas, sino que abrió una puerta al reconocimiento de innegables errores y a la adopción de una política más comprensiva y justa.

XX

LOS ESTRAGOS DEL BACILO DE MARX

Como consecuencia del complicado proceso, intervenido por disímiles y contradictorios factores, que ha seguido la América Latina en los últimos años, desde cuando la infiltración comunista empezó a romper el curso normal de su historia, el panorama que presentan actualmente casi todos nuestros países está marcado por el desorden, la inestabilidad política y administrativa, que en algunos casos llega a la anarquía, la bancarrota económica y financiera y el conflicto social. La cordillera de los Andes, que podría ser la vertebración de la armonía y del progreso, ha acabado por simbolizar solo la confusión y el caos.

La simple observación siquiera superficial de los problemas que han descompuesto la vida de las nacionalidades fraternas y han alterado su trayectoria natural revela una serie de variaciones procedimientales, en acuerdo con las circunstancias características de cada país. El estudio de los acontecimientos políticos y sociales de los últimos tiempos comprueba la inne-

gable habilidad con que el comunismo ha creado un ambiente propicio a la comisión de crímenes horrendos, ha levantado obstáculos y rivalidades, ha aprovechado los elementos que intervienen en la estructura interna de cada país y ha utilizado a su antojo los acontecimientos eventuales y los errores políticos y diplomáticos para desencadenar el odio, la desconfianza y el desconcierto sobre la mayor parte del Continente. Y si estos gérmenes no han corroído totalmente la moral de nuestros países, se debe a que en el fondo de los crudos desórdenes sufridos, los pueblos han preservado una parte de sus esencias hasta cuyo recinto no ha penetrado aún la purulencia del virus, y de ella han extraído, sorpresivamente, fuerzas de reacción defensiva.

Estas fuerzas están siendo sitiadas para minar su eficacia y su capacidad de resistencia, porque los avizores dirigentes comunistas han valorizado su poder y su vigorosa contextura, y para su asedio y aniquilamiento han concebido métodos sutiles, íntimamente adecuados para cada caso particular. En efecto, el comunicado oficial expedido sobre la conferencia celebrada a puertas cerradas entre Nikita Krushchev y Mao Tse Tung en agosto de 1958, en Pekín, denuncia la intención de intensificar su acción en la América Latina por medio de una guerra diplomática, cuya tendencia inicial se encamina a cavar más profundamente las diferencias y los resentimientos que separan a nuestros países de los Estados Unidos. La agresión diplomática coincidiría con la oferta de generosos convenios comerciales —los que, desde luego, no serán jamás cumplidos— y con la formulación de promesas más sustanciosas para el futuro.

Informaciones posteriores indican que para esta agresión diplomática y de propaganda fueron destinados por los altos jerarcas soviéticos treinta millones de dólares, que han sido entregados a sus más caracterizados agentes, lo cual explica la dinámica y exitosa

diligencia desarrollada por todos ellos en los últimos meses del año.

Sin embargo, por encima del poderoso refuerzo lanzado por el Soviet sobre la América, las potencias naturales representadas en el supremo instinto de supervivencia de los valores esenciales de la persona y de la sociedad humanas, en la ancestral orientación de la conciencia popular y en el presentimiento de los compromisos y responsabilidades históricos con el futuro, están palpitantes y tensas para la acción, aun cuando aparentemente sumergidas bajo la aplastante inundación de la violencia. Y si dirigentes y hombres de gobierno investidos de autoridad y de energía, afianzados en una honda convicción y dispuestos a afrontar las consecuencias de su determinación, pusieran esas potencias en marcha y propiciaran su revitalización, los pueblos obtendrían de sí mismos los elementos suficientes para contrarrestar el feroz y multiforme asalto.

Aún es tiempo, pues, de que por medio de una lucha emprendida con un conocimiento pleno de la astucia y de la raposería con que el comunismo repta y se desliza, con una actitud de abierta desconfianza y de franca resistencia, no solo contra las ideas y las maniobras de sus agentes, sino contra las circunstancias que facilitan su penetración y ofrecen brechas materiales y morales en los pueblos, se puedan salvar la civilización y la cultura del Continente.

Intentar describir, en forma analítica y específica, con enumeración de los acontecimientos siniestros y de sus orígenes, los nefandos síntomas de la descomposición que padecen casi todos los países de la América Latina, sería tarea demasiado extensa y compleja, porque la historia contemporánea ha seguido un ritmo de vertiginosa velocidad y de contradicciones tan desconcertantes, que ha quebrantado la lógica de su normalidad, ha reducido a una condición de mínima relatividad circunstancias que parecían impregnadas de

valor positivo, y por el contrario, ha enaltecido hasta convertirlas en decisivas, a premisas que apenas parecían simplemente incidentales.

En tal virtud limitaremos la contemplación de este convulsionado panorama de hoy a una mínima revisión objetiva, sin profundizar ni el orden ni el desarrollo de los fenómenos que han perturbado la vida natural de nuestro Continente, bajo la acción de los gérmenes malignos sembrados en todo su organismo por la mano comunista.

América Central

Como quiera que al preparar los vastos planes de la dominación universal, las altas directivas del imperialismo soviético concedieron a la región del Caribe una importancia fundamental y estratégica, la **América Central** y las Antillas han sido una zona particularmente afectada por un espíritu de beligerancia internacional mañosamente provocada por los agentes comunistas, y que ha producido choques armados y coléricas reclamaciones.

El gobierno comunista de Juan José Arévalo en **Guatemala** fué reemplazado por el de Jacobo Arbenz, siniestro individuo ligado con el Kremlim por compromisos más explícitos que los de su antecesor, y cuya obra, desde el principio, fué francamente subversiva. Con el fin de consolidar el régimen soviético en el país, se aplicaron los típicos procedimientos bolcheviques del asesinato, la confiscación, el terror, la delación y el exterminio de los adversarios. Tan expeditos procedimientos respaldaron la entronización y la dictadura de una feroz minoría que se dedicó a la destrucción de todas las bases de la vida nacional, con el propósito firme de llegar al arrasamiento total que la tesis marxista ha considerado indispensable para el triunfo de la nueva barbarie.

Esta implacable y sanguinaria minoría fundaba su predominio solamente sobre la brutalidad de sus métodos. Cuando el pueblo fué convocado por un líder patriota, el Coronel Carlos Castillo Armas, a luchar por la restauración de los derechos humanos, se lanzó a la contienda con valor y decisión, hasta conseguir la victoria y abatir la ominosa tiranía de Arbenz. Y lo hizo en el momento en que, sobre su base de mentira y simulación, el gobierno comunista había creído que consolidaba en el ánimo popular la mística de su acción destructiva apelando al sentimiento nacionalista contra la compañía extranjera que monopoliza la producción frutera en varios países tropicales hasta el Ecuador. Ciertamente, los sicarios soviéticos cobraron pronto su venganza con el vil asesinato de Castillo Armas, en pleno ejercicio del poder, y asaltaron algunas posiciones oficiales, principalmente parlamentarias, para movilizar su campaña de odios y de rencores.

La elección del general Manuel Ydígoras Fuentes, que se presentó con un programa anticomunista, para la Presidencia de la República, constituyó una confirmación del repudio que le inspiró al pueblo el experimento comunista de Arbenz y el asesinato de Castillo Armas. Sin embargo, la vociferante y agresiva minoría roja no solo no aceptó la derrota, sino que, hábilmente infiltrada, ha creado perturbaciones para el nuevo régimen. El Presidente Ydígoras ha denunciado la soterrada efervescencia que insiste en la perturbación del orden, en cuya defensa tuvo que amenazar con la aplicación de severas medidas militares.

Infiltrados en el Congreso Nacional guatemalteco, los agitadores comunistas trataron de crear, en marzo de 1958, un conflicto artificial contra la República Dominicana, utilizando sus armas favoritas de la calumnia y de la mentira. El buen sentido del pueblo, que se obstina en defenderse contra las tentativas de disolución, rechazó la antipatriótica actitud, encaminada a que-

brantar una vez más la concordia en el Caribe, y trata de sostenerse contra sus implacables adversarios, que han contado con la traición de importantes dirigentes.

La buena voluntad del gobierno de Ydígoras y su posición ideológica quedaron confirmadas con haber acogido en su capital el 14 de octubre de 1958 la reunión del IV Congreso Continental Anticomunista, al cual concurrieron delegados de todos los países. El general Ydígoras pronunció el discurso de inauguración de la importante asamblea, y prometió acentuar las medidas defensivas de su gobierno contra la insistencia de las conspiraciones encaminadas a restablecer algún día en su país el régimen comunista que fué derribado por el pueblo.

Este mismo buen sentido y el instinto de conservación de casi todos los pueblos americanos que ya mencionamos y que constituyen la principal base de la resistencia natural contra el comunismo, sobrepasaron las conclusiones de la dialéctica marxista y del materialismo histórico, y la conducta de los países centroamericanos no correspondió a las normas que parecían forzosas conclusiones. Nadie ignora que agentes comunistas prepararon y realizaron el asesinato del Presidente de **Nicaragua**, Anastasio Somoza, con la convicción de desencadenar una feroz revolución, para la cual estaban listos dinero, dirigentes y armamentos. Los órganos comunistas de publicidad en todo el Continente manifestaron su alborozo por este crimen, que debería envolver en un cataclismo, no solo a Nicaragua, sino a los países limítrofes. Pero el pueblo no respondió a la convocatoria subversiva. Por el contrario, con gran sorpresa de los agitadores, manifestó su pena por la muerte del gobernante que le había dado paz y seguridad, y en vez de lanzarse a la anarquía como lo esperaba y lo había preparado el comunismo, confió el poder al hi-

jo de la gran víctima, Luis Somoza, con lo cual aseguró contra la pérfida acechanza su paz interior.

Este fracaso de la subversión no contuvo, sin embargo, la obstinación de sus procedimientos. Contra el Presidente de Nicaragua se han planeado varias tentativas de asesinato, que por fortuna han sido infructuosas. Y como el objetivo comunista no se reduce al simple atentado personal, sino a la desarticulación del sistema democrático, sus agentes han tratado de crear conflictos de carácter internacional, principalmente con Honduras, en cuyo territorio se han estimulado continuamente los fermentos de una revolución contra Nicaragua. Las recíprocas reclamaciones han agriado las relaciones entre los dos países, lo cual constituye un pequeño éxito de la densa maniobra comunista.

Por su parte, en **Honduras,** el comunismo se ha organizado de manera positivamente combativa. En mayo de 1958 reunió un congreso que lanzó manifiestos en los que proclamaba la revuelta, inculpaba de traición al gobierno de Ramón Villeda Morales y a todas las clases dirigentes, y valiéndose del viejo argumento de la lucha contra el imperialismo, incitó a la agresión contra algunas empresas de servicio público, y sobre todo contra la compañía frutera, cuyos sistemas coloniales suelen dar pretexto para protestas legítimas que el comunismo tuerce y aprovecha para sus fines malignos.

A pesar de sus intenciones de mantenerse dentro de un régimen democrático, el Gobierno no ha logrado impedir la formación de grupos beligerantes en su territorio, los cuales no solo tienen por objeto alterar la paz y la normalidad nacional, sino intentar incursiones armadas sobre los países vecinos, especialmente sobre Guatemala, con el fin de mantener encendida la llamarada roja de la insurgencia y del conflicto.

La posición anticomunista de Villeda Morales pa-

recía quedar ratificada, lo mismo que la de Ydígoras, con su presencia en el Congreso Anticomunista de Guatemala, donde pronunció un discurso para fijar su posición ideológica y sus programas de gobierno. Testigos presenciales, sin embargo, han descubierto en sus expresiones algunos aspectos de indecisión y de ambigüedad, que podrían explicar la insistencia con que la agitación comunista mantiene sedes importantes en el territorio de Honduras.

El gobierno procomunista de José Figueres fué reemplazado en **Costa Rica** por el de Mario Echandi, un hombre de criterio reposado y de una buena fe que se excede hasta la ingenuidad. Costa Rica ha sido siempre el asiento de una vasta agitación, y en su territorio se organizaron las más fuertes y técnicas organizaciones subversivas a partir del año 1930. El exceso de libertades públicas le permitió al comunismo alcanzar altos límites de agresividad, por lo que llegó a producir los más sangrientos encuentros callejeros, que se concretaron pronto en una revolución de tipo claramente bolchevique, la cual conmovió la estabilidad nacional durante algunos meses. La reacción defensiva del pueblo impuso un gobierno de orden, que fué derribado en 1948 por la rebelión de José Figueres, fuertemente apoyada por la alianza comunista representada en la Legión del Caribe.

Figueres trató siempre de aprovechar el poder para crear conflictos con los países vecinos. Maniobras de agresión verbal y armada, injurias personales, tolerancia de conspiraciones internacionales y apoyo ostentoso a los adversarios de los regímenes de los demás países centroamericanos, fueron algunas de las concreciones de su acción comunizante.

El presidente Echandi ha anunciado una política de concordia, y para atestiguar su sinceridad disolvió el ejército y prescindió de toda defensa militar. Tal ac-

titud, encaminada a tranquilizar a los vecinos que fueron acosados por Figueres, habrá de ser altamente aprovechada por el comunismo, que no va a perder la ocasión que le ofrece tan sistemática inermidad para reanudar en toda su plenitud los métodos de violencia y de creación de conflictos internacionales que han sido su más eficaz procedimiento.

La influencia disociadora de Figueres, por su parte, no ha sido lo suficientemente neutralizada. En realidad en los últimos tiempos se han hecho algunas denuncias sobre el doble juego de Figueres en sus relaciones con los Estados Unidos, y de ello ha surgido por lo menos una leve desconfianza sobre la sinceridad de la posición de este agitador: pero es evidente que su actitud constituye siempre un peligro para la estabilidad política de su país.

Cuba

En **Cuba**, el régimen de Carlos Prío Socarrás, continuador procomunista del de Ramón Grau San Martín, uno de los promotores de la Legión del Caribe, fué derribado por una revolución restauradora comandada por el ex-Presidente Fulgencio Batista, cuyo mandato fué confirmado por la unánime aprobación del plebiscito. El partido comunista dirigido desde Moscú, que, como hemos dicho varias veces, concede un valor estratégico fundamental a la zona del Caribe, ha combatido fieramente a Batista, con la esperanza de restaurar los regímenes favorables a sus proyectos. Actos de terrorismo, asesinatos, destrucción de bienes, agitación clandestina y feroces campañas de desprestigio desde el exterior, fueron los métodos habitualmente usados. Uno de los miembros del partido, Fidel Castro, fuertemente respaldado por las altas directivas del mismo, trató de iniciar un levantamiento popular, en cuya

preparación y desarrollo fallaron nuevamente las leyes de la dialéctica marxista y del materialismo histórico aplicadas a la América. En vano fué denominado salvador y presentado como un restaurador demócrata por la prensa procomunista del Continente. El pueblo no solo no lo siguió, sino que ayudó a combatirlo, a pesar de la influencia que movieron en su favor los averiados políticos que sueñan con el retorno al poder. No solo su ideal comunista, sino sus procedimientos de destrucción total a partir del incendio de las plantaciones para producir el hambre, la miseria y la desesperación e imponer la única alternativa de la lucha, lo aislaron bien pronto en su silvestre refugio y hundieron en el desprestigio su nombre y su campaña.

Sin embargo, continuamente se envían armas, municiones y otros auxilios desde el exterior al insurgente, que ha logrado sostenerse en sus refugios montañeses más tiempo del que podía presumirse. A pesar de las restricciones para el comercio internacional de material de guerra, es evidente que, con una complicidad pasiva o por causa de ineficacia burocrática y aduanera, Fidel Castro recibe un importante apoyo desde el extranjero, especialmente de los Estados Unidos, donde poderosos asilados políticos cubanos, en combinación con las altas influencias soviéticas, consiguen prácticamente todo lo que quieren para mantener la agitación comunista en la isla.

La impresionante victoria electoral con más de 600.000 votos, alcanzada el 3 de noviembre de 1958 por el candidato Andrés Rivero Agüero, con un programa basado en la política de Batista, constituye la más franca condenación a la cuadrilla de malhechores que con pretextos políticos viene tratando de implantar el terror en la isla. Como lo expresó el propio candidato triunfador al día siguiente de la victoria, "el pueblo ha votado contra la guerra y el luto y contra el dolor de la familia

cubana. Ha votado contra aquellos que han sembrado la sangre y la violencia".

Haití

En los últimos años se ha acentuado la tradicional inestabilidad política de Haití. La fiebre marxista también penetró entre determinado sector de la juventud haitiana, y adoptó un lema nuevo, adecuado a sus fines de seducción: una articicial exaltación de los temores de la raza negra respecto de los prejuicios hostiles de los blancos, con lo cual creó en las poblaciones urbanas un estado de beligerancia. Los habitantes del interior del país sólo conciben una vida elemental, sumida en la ignorancia y alumbrada por la superstición del voudou, el rito sanguinario que sus antepasados trajeron del Africa y que ha resistido a todos los esfuerzos de catequización religiosa. Estas circunstancias producen una completa indiferencia por su propio destino y una total imprevisión, que anula sus ambiciones, lo cual los hace prácticamente incapaces de cualquier organización positiva y actuante. El campesino se mantiene, en lo general, ajeno al permanente estado de subversión, en el cual participan solamente los habitantes de las ciudades. Pero el comunismo sabe que a pesar de su inercia, los ignorantes negros haitianos cumplen la misión de sobresaturar la densidad demográfica, la que será un elemento de presión sobre el vecino país que se ha defendido tan reciamente. Esta presión habrá de producir algún día situaciones dramáticas que serán hábilmente aprovechadas por la ferocidad roja.

En el seno de las gentes de gobierno, que en lo general carecen de cualquier preocupación doctrinaria y se han movido sobre un plano complejo y más objetivo, el comunismo ejerció su influencia y ganó adhe-

rentes. El presidente Dumarsais Estimé prestó su simpatía y ofreció la ayuda de que era capaz a la Legión del Caribe, como la eventual posibilidad de usar algún puerto haitiano para la aventura de la invasión a la República Dominicana.

Cuando el general Paul Magloire derribó del poder a Estimé, denunció las maniobras pro soviéticas de éste. Magloire anunció sus intenciones, no sólo de mantenerse firme al lado de las democracias, sino de oponerse a cualquier tipo de infiltración comunista. Los conflictos de las diminutas ambiciones que mueven la política de Haití condujeron a Magloire a modificar sus propósitos iniciales, hasta despertar la desconfianza del ejército, que conspiró contra él. A su caída siguió una larga serie de frágiles tentativas de gobierno, en una revolución de inciertos objetivos, cuyo impulso ha sido sólo la disputa de un precario poder.

Por pequeño que sea el aporte de Haití a la demolición continental que procura el comunismo, no ha sido desatendido por éste en su programa de perturbación sistemática.

México

México fué elegido desde el principio como la sede primordial de la propaganda y de la infiltración. Una gran actividad editorial ha producido siempre las inmensas cantidades de libros, folletos, circulares y otros impresos de divulgación marxista que desde hace varios años se vienen distribuyendo por toda la América. La principal directiva obrera comunista, la Confederación de Trabajadores de la América Latina (CTAL), encargada de centralizar y coordinar los movimientos gremiales y sindicalistas del Continente, ha funcionado en México desde la primera penetración, bajo la per-

manente dirección de Vicente Lombardo Toledano. El mismo país fué el principal refugio de los comunistas españoles evadidos de la guerra civil, los cuales trajeron, además de sus consignas, el tesoro metálico de la República, en parte para su propio beneficio y en parte para enriquecer los fondos destinados a financiar la agitación subversiva, pagar el espionaje, organizar los asesinatos y las revueltas, impartir instrucciones, ayudar a la consecución y contrabando de elementos militares y sembrar el desorden. Como casos típicos de esta actividad se pueden citar el aprovisionamiento bélico de la Legión del Caribe, el suministro de armas para las pretendidas invasiones de 1947 y 1949 a la República Dominicana y la ayuda prestada a Fidel Castro.

Sin embargo, dentro del mismo país la acción comunista propiamente dicha en contra de la estabilidad nacional ha sido limitada, en parte por la insensibilidad popular respecto de las tesis comunistas y en parte por la existencia de un partido revolucionario con un programa y un contenido doctrinario suficientes para satisfacer las ansiedades colectivas. En efecto, si México ha sido el principal punto de partida de la agitación intelectual comunista de los últimos años, ha sido también el que menos perturbaciones internas visibles ha experimentado. El hecho de que algunos artistas, profesores o intelectuales de renombre, empezando por el pintor Diego Rivera, hayan formulado su confesión de fe marxista, no ha traído consecuencias de perturbación popular.

Ahora bien, es evidente que el comunismo no ha renunciado a promover la alteración de la vida mexicana. Ha desarrollado una labor de zapa, más lenta, más subterránea, incluso, que la de muchos otros países, con el fin de adaptarse a la psicología y a la idiosincracia del pueblo. En tal virtud trata de ganar cada día adeptos entre las clases burocráticas y obreras, los

cuales realizan una intensa labor de proselitismo, tratando de dominar la habitual indolencia del pueblo. Con tal fin, elementos comunistas de relativa importancia han logrado infiltrarse incluso en las altas esferas de la administración. Pero, por fortuna, la obra que desarrollan es lenta, y la prolongada supremacía de Lombardo Toledano, dirigente casi supremo por más de treinta años consecutivos, disminuye uno de los estímulos del impulso proselitista. La convulsionada historia mexicana hasta hace algunos años presenta un tipo humano heroico, pendenciero, apasionado, y capaz de todos los extremos y de todas las crueldades, y es seguro que si el comunismo logra convertir estas condiciones temperamentales en instrumentos a su servicio podrá desencadenar una violencia sin límite y acaso obtener señaladas victorias.

Colombia

Durante más de siete años, de 1946 a 1953, se desencadenó en **Colombia** una etapa de sanguinaria ferocidad, con pretextos fundados en la controversia entre los dos partidos tradicionales, la que costó más de 100.000 víctimas y una inmensa destrucción de la riqueza nacional. Tanto los métodos de la beligerancia oficial, que se extremaba en nombre del partido conservador, como los de la resistencia popular, en nombre del liberalismo, fueron típicamente comunistas, incluyendo la aplicación de torturas y la práctica de incendios, de saqueos, de todas las formas de la violencia. Elementos provocadores bien situados en ambos bandos exaltaban la agresividad y la crueldad y si los unos influían en las drásticas determinaciones del gobierno y guiaban los ímpetus vandálicos de los "chulavitas" o agentes oficiales, los otros cooperaban a la organización y sostenimiento de fuerzas guerrilleras de resistencia, las

cuales recibían proclamas, instrucciones y ayuda, y en muchos de cuyos cuarteles nómades se encontraron fotografías de los más sobresalientes líderes del comunismo ruso.

Como antecedentes de esta situación aterradora, conviene recordar que hasta 1946 el rector de la Universidad Nacional, Gerardo Molina, era un miembro prominente del partido, que realizaba frecuentes viajes a Moscú; que el nonagenario escritor liberal Baldomero Sanín Cano recibió el premio Stalin en 1953; que la mayoría de los diarios liberales seguían una orientación abiertamente procomunista; que varios Ministros y otros funcionarios, incluso magistrados de la Corte Suprema de Justicia, pertenecían de manera activa al partido; que las relaciones diplomáticas y culturales con Rusia eran cordiales y dinámicas y que un Instituto Cultural Colombo-Soviético distribuía su propaganda de folletos y conferencias con ilimitada libertad.

La desigualdad social a que nos hemos referido anteriormente ha sido en Colombia más profunda y consecuencial que en otros países, y esta circunstancia facilitó la agresividad popular a partir de 1946 y que fué tremendamente manifestada el 9 de abril de 1948 con motivo del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán. Gaitán había planteado desde un punto de vista de justicia y de piedad humana, lejos de toda influencia marxista o comunista, situado en un terreno de realidades sociales y en defensa precisamente de la armonía y el progreso nacional, el hondo problema de las clases sumergidas. El pueblo, perpetuamente engañado por sus dirigentes políticos, lo siguió en masas incontables. El comunismo lo combatió ferozmente y cuando fuerzas ocultas, que no se han puesto bien en claro, determinaron la eliminación del líder, aquel se aprestó a obtener todos los frutos posibles del asesinato, tratando de apoderarse de la organización lograda por la inflexible voluntad y la irresistible elocuencia de Gaitán.

Fatigados de la horrenda matanza que se hacía cada vez más implacable, tanto el pueblo como las clases dirigentes aceptaron con caudaloso júbilo la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla, surgida de un golpe de estado que se produjo el 13 de junio de 1953. Pero Rojas Pinilla fué inferior a su responsabilidad, y acabó derribado por una conjunción de fuerzas nacionales. Tanto las irregularidades del gobierno como su caída trataron de ser capitalizadas por los agentes comunistas para sus propósitos disolventes. La elección presidencial de Alberto Lleras, en Mayo de 1958, y su posesión el 7 de agosto para reemplazar a la Junta Militar de cinco miembros que dirigió el país desde el 10 de mayo de 1957, abren un ancho margen a la acción comunista, no porque Lleras se haya afiliado al partido ni tenga compromiso con él, a pesar de haber formado parte de los equipos intelectuales de la primera penetración marxista hacia 1923, sino porque su temperamento platónico, romántico y utópico, saturado del más anticuado liberalismo, lo llevará a apoyar decididamente la agitación comunista y cualquier otra expresión subversiva, en nombre de la libertad. Lleras pertenece a la escuela de otro político ingenuamente idealista del siglo pasado, Manuel Murillo, quien llevaba la simplicidad hasta el punto de sostener que el pueblo debe estar armado y el gobierno desarmado, para que aquel pueda derrocar a la autoridad cuando contradiga su voluntad soberana. Soñadores de esta naturaleza han sido más propicios a la penetración comunista que los más activos agentes clandestinos.

Como consecuencia del desorden político el equilibro financiero se vió rudamente quebrantado. Durante varios años, el café, producto primordial de la exportación colombiana, que representa el 86 por ciento de su fuente de divisas, mantuvo un excelente precio y el mercado exterior absorbía toda la producción, lo cual aumentó los ingresos fiscales. Pero esta riqueza

fué malbaratada en absurdos ensayos y en insensatos experimentos, que no solamente la devoraron toda, sino que implicaron la consecución de empréstitos que representaron ruinosos compromisos. El auge del café cayó de súbito tanto por la baja de precio como por la disminución del mercado, la moneda perdió el 60 por ciento de su valor, el costo de la vida ha subido en un ciento veinte por ciento en los últimos dos años, fueron supendidas casi todas las obras públicas, y la perspectiva de un hondo malestar económico es inminente, para ser agregado a la infatigable conflagración de los partidos. La ola de matanzas políticas no ha cedido sino en parte y los odios políticos y sociales continúan vigilantes.

Colombia presenta un ejemplo elocuente del éxito alcanzado por el comunismo en la desarticulación moral y física que aspira a realizar. Nación idealista en sus instituciones, celosa de sus libertades, provista de un espíritu rigurosamente jurídico, se precipitó en los abismos de un odio sanguinario y quebró de raíz sus más hermosas tradiciones civiles bajo la influencia mefítica del bacilo maldito.

Venezuela

El gobierno de Acción Democrática de **Venezuela**, distinguido sólo por el odio personal de su jefe, Rómulo Betancourt, contra la República Dominicana, y por la absoluta ineptitud en las funciones de la administración, fué derrocado en 1948 por una de esas reacciones populares defensivas que se han manifestado en otros lugares.

Si Marcos Pérez Jiménez, como sucesor de la Junta Militar que reemplazó a Betancourt, contuvo con mano fuerte la penetración comunista, no supo, en cambio, eliminar los factores íntimos que podían soli-

viantar en un momento dado a las masas, aun cuando fuera temporalmente. Realizó, en efecto, una inmensa obra de mejoramiento y de progreso: pero careció del equilibrio necesario para que esta obra alcanzara al pueblo, cuyo contacto eludió siempre. Mientras Caracas conquistaba el esplendor de una urbe moderna, multitudes de desharrapados refugiaban una miseria atroz en los cerros que circundan la histórica ciudad. Ningún propósito que condujera a una positiva elevación de las condiciones generales de vida, ninguna invitación a regresar a la abandonada agricultura bajo la protección decidida del Estado, ningún apoyo a la pequeña industria, movilizaron la dinámica infatigable de Pérez Jiménez, que realizó construcciones de deslumbrante y gigantesca ejecución arquitectónica y estimuló solamente cuanto representaba ostentación y magnificencia.

El pueblo, abandonado a sí mismo, alejado de toda comunicación con el gobierno, el cual se había convertido en una entidad tan suprema que se hacía inaccesible, pudo ser trabajado subterráneamente por el comunismo, que si bien estaba fuera de la ley y perseguido oficialmente, no abandonaba su labor infiltradora. Además de los órganos naturales del partido, las agrupaciones pro-soviéticas, como la ilegal Acción Democrática y otras similares, socavaban las bases del régimen desde la clandestinidad y preparaban al pueblo, oficialmente abandonado, para la acción violenta y brutal que se produjo cuando algunos militares traidores decidieron derrocar a Pérez Jiménez. Inmediatamente que triunfó la revolución en enero de 1958, excesivamente sangrienta y destructiva, como si se repitieran los métodos empleados en Bogotá el 9 de abril de 1948, la primera acción del gobierno que salió de la revuelta fué la de invitar al regreso a todos los dirigentes políticos, incluso a los miembros de un partido francamente comunista, cuyo funcionamiento, al parecer independiente de otras filiales pro-soviéticas, no es

sino un sofisma de distracción mientras agentes más eficaces realizan la verdadera labor.

La función del nuevo régimen se ha dirigido, en primer lugar, a destruir la ostentosa e innegable obra de progreso de Pérez Jiménez; en segundo, a asegurar toda suerte de garantías y protección a los grupos comunistas y procomunistas; en tercero, a forzar una acción demagógica, sin firmeza positiva, para asegurar la adhesión del sector popular soliviantado por el comunismo, cuyos excesos son estimulados oficialmente con el pretexto mendaz de ejercitar su sentido democrático. En junio de 1958 el presidente de la junta de gobierno que reemplazó a Pérez Jiménez, Wolfgang Larrazábal, reconoció sus íntimas simpatías hacia el comunismo, al expresar la opinión o demasiado ingenua o saturada de malignidad, de que el comunismo de Venezuela es una organización absolutamente divorciada del comunismo ruso, por lo cual pierde su peligrosidad. Tan absurda opinión concreta en las ilímites garantías que el gobierno le ofrece para su proselitismo y en la abierta protección a la propaganda. Por todas las calles de Caracas y de las demás ciudades venezolanas y aún en los campos, aparecen los carteles invitadores con figuras alegóricas que representan, además de los símbolos bolcheviques, alusiones agresivas para otros países americanos; y algunas publicaciones subversivas, como "Tribuna Popular", uno de los cuatro órganos del partido, y sociedades comunistas como la llamada "Junta Patriótica", reciben subvenciones hasta de diez mil dólares mensuales.

Es posible que tan benévola actitud sólo haya sido una maniobra política para asegurar su candidatura presidencial. Ya habrá de pagar amargamente su error.

La excesiva virulencia de la acción revolucionaria y demagógica; la afirmación hecha por voceros del comunismo según la cual sus adeptos disponen de armas suficientes para afrontar cualquier tentativa de represión; la evidente coalición de todos los grupos y partidos

de izquierda para el servicio de los intereses soviéticos y el irrestricto apoyo que esta coalición recibe del gobierno, fueron algunas de las circunstancias que despertaron el justo recelo de determinados grupos, especialmente militares, los cuales trataron de organizar a principios de septiembre de 1958 un movimiento encaminado a salvar a Venezuela del espantoso e inminente abismo a que estaba abocada. Pero el comunismo lanzó a la calle sus masas, demostró el poderío alcanzado, saqueó negocios y almacenes, realizó asesinatos y depredaciones, y el mismo gobierno se apresuró a calificar tales crímenes como manifestaciones democráticas.

El sentido de la nacionalidad está refugiado en corazones valientes. El de la destrucción desemboca por numerosas expresiones políticas, especialmente las denominadas Acción Democrática, dirigida por Rómulo Betancourt, y Unión Revolucionaria Democrática, que se apresuró a ofrecerle la candidatura a Larrazábal, comandada por Jovito Villalba; y por encima de todos el Partido Comunista, dirigido por Gustavo Machado, con quien Betancourt mantiene desde hace muchos años una alianza indestructible, que hizo su juego durante los días del gobierno de Acción Democrática. Es posible que en esta lucha tremenda la sensatez se imponga y los recios valores auténticamente democráticos de la patria de Bolívar puedan sobreponerse a la disolución amenazante.

Uruguay

El experimento de gobierno plural del **Uruguay**, concebido como un plagio de la organización suiza para establecer una democracia auténtica en la América, ha desembocado en el fracaso que corresponde a toda utopía. Los conceptos predominantes en la opinión uruguaya no sólo sobre los fines del comunismo, sino sobre la

situación política de los demás países americanos, están alejados de todo realismo y se movilizan guiados por las más infantiles y absurdas demostraciones. Así por ejemplo, el Congreso del Uruguay, con todo el lustre intelectual que le es tradicional, consideró el asesinato del Presidente de Nicaragua, Anastasio Somoza, como una liberación; y en un acto sin precedentes, en que participaban la ingenuidad en la interpretación de los hechos, la mala fe de algunos y ese convencional sentido de democracia que es elástico y movible y que tanto mal le ha hecho a nuestra América, consagró al asesino Rigoberto López Pérez como un héroe y le rindió el tributo de un minuto de silencio. La ciudad de Montevideo, siguiendo el ejemplo, designó con su nombre a una de las calles capitalinas.

La fantasía pueril que domina desde hace algún tiempo al Uruguay le ha permitido al comunismo toda suerte de expansiones y toda libertad de acción. Como consecuencia de ello, las bases económicas del país, que han sido siempre la carne, el trigo y la lana, han encarecido el costo de su producción, a causa de la artificial alza de salarios y transportes que con fines destructivos han inspirado los agentes comunistas. Este mayor precio ha alejado al Uruguay de la competencia internacional y ha colocado las bases de una bancarrota que se acentúa constantemente y que viene conduciendo hacia la inestabilidad económica, cada día más flexible y tambaleante.

Al amparo de las irrestrictas libertades que falsos conceptos democráticos toleran y protegen, el comunismo ha organizado en el Uruguay su cuartel general para actuar sobre la América del Sur. Desde Montevideo irradia una densa propaganda que imparte instrucciones a otros países, a la vez que acentúa su lucha por destruir la economía nacional y completar la obra de perturbación que, hasta este momento, lleva bastante avanzada. Con mucha frecuencia se reúnen en la misma

capital Congresos internacionales positivamente comunistas, con los diferentes pretextos y simulaciones de que se inviste el partido para camuflar su malignidad. Hay una constante migración de emisarios soviéticos, con fines aparentes de divulgación cultural o artística, pero su objetivo real es el de traer instrucciones y dinero para tecnificar mejor los métodos de penetración en el resto del Continente. Habitualmente son recibidos con la viva complacencia oficial que algunos suponen expresividad democrática y que no es sino complicidad criminal o culpable candidez.

Brasil

Tanto el primero como el segundo gobiernos de Getulio Vargas en el **Brasil** representaron una reacción defensiva contra la infiltración comunista. Durante la segunda guerra, el Brasil actuó decididamente a favor de la democracia, a cuyo servicio puso toda la potencialidad nacional. El Brasil fue el único país suramericano que mantuvo tropas en los frentes de batalla. Vargas se distinguió por un sentido de previsión y un sutil olfato político y a pesar de la decisión de su ayuda democrática, desconfió siempre de la propaganda oficial en favor de las "democracias populares" y puso siempre en duda la fidelidad comunista, hasta el punto de mantener intactas las disposiciones restrictivas que colocaban al partido fuera de la ley, por lo cual el principal líder bolchevique, Luis Carlos Prestes, respaldado por las altas directivas de Moscú, hubo de refugiarse en la clandestinidad.

Entre los dos gobiernos de Vargas, derrotado en 1945 por una oposición que lanzó sobre él la espantosa acusación de su complacencia nazi-fascista, proveniente de su firme actitud ante el peligro comunista, y restaurado en 1951, ejerció la presidencia Gaspar Dutra, quien

trató de liquidar las restricciones legales que contenían al comunismo, y anduvo tímido e incoherente en su posición al respecto.

La muerte voluntaria de Getulio Vargas, el 24 de agosto de 1954, defraudado por la estupidez humana que reprobó la actitud realista con que el gran político había tratado de salvar el porvenir del Brasil y desencantado por la insinceridad y mala fe con que los dirigentes, lo mismo que los de todos nuestros países, pactaban, maniobraban, engañaban al pueblo y explotaban a la Patria en nombre de ideales ficticios y convencionales, abrió una ancha brecha que el comunismo no dejó pasar inadvertida.

En efecto, las discrepancias y los conflictos políticos que siguieron a la muerte de Vargas relajaron la vigilancia de que había sido objeto el comunismo, el cual asaltó todas las posiciones que le fueron accesibles. El destacado líder Luis Carlos Prestes, que anduvo en la prisión o en la clandestinidad durante mucho tiempo, agudizó su audacia y multiplicó su acción, con el resultado de notables perturbaciones que en algunos casos incitaron a la revuelta o contribuyeron a dar mayor intensidad a las disputas simplemente políticas.

La actividad comunista se intensificaba continuamente, hasta llegar a poseer en la actualidad seis diarios propios en las principales ciudades brasileñas, y conquistar la simpatía de más de treinta publicaciones de diverso orden, que garantizan un mejor rendimiento proselitista, puesto que ofrecen la averiada mercancía bajo inocentes envolturas.

En mayo de 1958, Prestes, que se hallaba de nuevo en prisión a pesar de la benevolencia oficial, por el exceso de sus actividades contra el orden público, fue puesto en libertad por sentencia judicial. La recepción que le tributaron los pueblos a su paso fue triunfal y entusiasmada, no solamente por su condición de jefe supremo del comunismo brasileño, sino por la aureola

de martirio que lo circunda. La propaganda y sobre todo la acción organizadora recibieron un poderoso estímulo con esta circunstancia.

En junio de 1958 el Presidente Juscelino Kubitschev planteó en forma que no mereció la aprobación unánime de la América Latina el problema de la cooperación norteamericana como único recurso efectivo para combatir el comunismo. Al través de las declaraciones del Presidente parece deslizarse el reconocimiento de la incapacidad de defender las instituciones democráticas en que se encuentran nuestros países si sólo disponen de sus propios medios. Piensa que la responsabilidad, pues, corresponde a los Estados Unidos, como la nación más interesada en mantener sus mercados y su provisión de materias primas.

Mientras hacía estas declaraciones, el gobierno de Kubitschev adelantaba gestiones con el Kremlin para un acuerdo comercial, en cuya virtud la Unión Soviética absorbería parte de los excedentes de café del Brasil que no pueden ser vendidos en los Estados Unidos.

En las elecciones parciales ocurridas en octubre de 1958 el partido trabalhista buscó el apoyo del comunismo para sus candidatos, ya que éste no pudo intervenir directamente por hallarse fuera de la ley. Prestes accedió a esta alianza y si bien en algunas provincias tan mala compañía implicó la derrota del trabalhismo, en otras el éxito fue evidente. Algunos críticos, ante este resultado, conceptúan que el comunismo ha perdido importancia en el Brasil como fuerza electoral, pues temían una victoria más rotunda y generalizada. Sin embargo, es innegable el poderío comunista, cuyos aliados trabalhistas se han comprometido a luchar por el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Y bajo la dinámica conducción de Prestes, contra quien hay algunos procesos judiciales que están inexplicablemente paralizados, el comunismo ha comenzado a prepararse a intervenir en forma más decisiva y di-

recta en los próximos comicios electorales, para lo cual se han movilizado hacia el Brasil expertos agitadores de otros países.

Chile

Desde el gobierno de Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda, poco antes de la segunda guerra mundial, el fisco de **Chile** fue cargado con agotadores compromisos sociales. El comunismo impuso sus puntos de vista, no con el platónico propósito de proteger y servir a las clases trabajadoras, sino con el maquiavélico de crear problemas insolubles. Se fundaron varias "cajas" de asistencia social, las cuales devoran insaciablemente los recursos del Erario. La amplitud de las leyes de jubilación permite que muchos trabajadores puedan retirarse y entregarse al ocio desde los 35 años, en la plenitud de su poder productor, convirtiéndose en parásitos por cuenta del Estado, al cual exigen constantes "reajustes" o aumentos de las pensiones. Las pequeñas empresas industriales o comerciales fueron recargadas con tan excesivas obligaciones, que no pueden subsistir, sujetas como están también al alza continua de los tributos con los cuales el gobierno trata de hacer frente a los inmensos compromisos oficiales. La estructura política permite que los partidos puedan negociar su adhesión al gobierno a cambio de empleos públicos, y esta anomalía ha creado una inmensa densidad burocrática, la más elevada del Continente. Esta exigente burocracia acaba de asfixiar a la deprimida potencialidad fiscal. Como consecuencia de ello, el erario viene liquidando anualmente un déficit progresivo que para fines de 1957 llegaba a cuarenta mil millones de pesos chilenos. La ilimitada especulación de los escasos cambios y divisas que llegan al país, en la cual participan funcionarios y políticos, lo

mismo que la avalancha de impuestos cada día más numerosos y complejos con que el gobierno pretende atenuar su bancarrota, han venido desvalorizando el peso chileno en una velocidad creciente, que puede apreciarse si se piensa que en el lapso comprendido entre junio de 1956 y junio de 1958, el valor del dólar ha pasado de cuatrocientos pesos a mil trescientos.

Pero los pesados compromisos que gravitan sobre el Estado y que arruinan a la pequeña industria no contribuyen a que las clases populares vivan siquiera medianamente. Por el contrario, entre esas clases prevalece una atroz miseria. Las llamadas "poblaciones callampas", arbitrarias aglomeraciones de viviendas menos que elementales o socavadas como cavernas troglodíticas, proliferan en torno de la capital y son una afrenta para la civilización y una amenaza para la higiene. Las constantes elevaciones de salarios, exigidas por la rebelión de los sindicatos comunistas o por el espíritu demagógico de los funcionarios decisivos, no mejoran en modo alguno la condición del trabajador, porque las alzas de los precios siguen un ritmo de mayor velocidad.

Como existe una poderosa prensa comunista representada en una editorial subvencionada directamente por Moscú, que publica un diario y algunos semanarios, el pueblo recibe permanentes incitaciones a la huelga y a la subversión. El estado de huelga ha llegado a ser endémico y afecta más aún la economía nacional ya tan maltratada.

El comunismo fue considerado ilegal durante algún tiempo, pero esa proscripción no afectó ninguna de sus actividades, ni disminuyó la violencia y concitación de su publicidad, ni impidió que la Central Unidad de Trabajadores (CUT) continuara absolutamente controlada por dirigentes comunistas, y promoviendo por lo tanto el desorden y el conflicto. A principios de 1958 se propuso la derogación de la teórica ley anticomunista llamada de la Defensa de la Democracia, que nunca

funcionó cumplidamente, y la intensa acción de los grupos parlamentarios sovietizantes, que se preparaban a la campaña de elección presidencial, logró su propósito. El comunismo volvió a ser legal desde mediados de 1958.

Con tantos elementos de penetración Chile es el país más absorbido por el comunismo de toda la América y su pueblo está hondamente afectado por el terrible morbo, que se distribuye desde todos los ambientes: en la Universidad y en el periodismo, en la calle y en el aula, en los talleres y en los barrios populares. Por esta causa es también el país más arruinado de América.

El comunismo ha realizado en Chile la obra de mayor eficacia posible para el cumplimiento de sus fines. Lo ha carcomido como un cáncer.

Su poderío numérico quedó confirmado en las elecciones para la disputa del período presidencial que comenzó en noviembre de 1958. El candidato comunista Salvador Allende, quien antes de postularse hizo una visita a Moscú para recibir fondos e instrucciones y luego creó un slogan de propaganda con este viaje, ocupó el segundo lugar entre los cinco candidatos que concurrieron al debate y estuvo a distancia de sólo 30.000 votos de la Presidencia. Estos votos se los arrebató un exsacerdote católico, Antonio Zamorano, cuyo desvelado y sincero amor por los humildes, concretado en intensas campañas de justicia social, le atrajo la condenación de los políticos y el afecto de los más humildes sectores sociales. Casi sin proponérselo obtuvo cerca de 40.000 votos que, sin él, hubieran implicado la victoria de Allende.

Los otros candidatos encarnaban distintas representaciones políticas. Jorge Alessandri, el vencedor, quien se declaró independiente desde el principio, fue acogido por los grupos de derecha; Eduardo Frei, por la democracia cristiana y Luis Bossay, por los partidos radicales. Alessandri ha prometido hacer un gobierno profundamente racional y realista, sin detallar sus programas, y se ha declarado libre de compromiso con todos los par-

tidos, situación que puede permitirle proponer audaces iniciativas para extraer a Chile de la precaria condición en que se encuentra sumido desde hace varios años, si es que la cada vez más poderosa agitación comunista las deja funcionar.

Argentina

Al llegar a la presidencia de la **República Argentina** Arturo Frondizi, en mayo de 1958, se ha encontrado con una serie de problemas poco menos que insolubles. La dictadura demagógica de Perón, prolongada durante diez años, desquició la economía nacional para pagar los múltiples beneficios concedidos a los trabajadores, a los cuales agrupó en una poderosa confederación destinada a su servicio personal. Para aumentar los efectivos de ésta y consolidar su poder, que era el sustentáculo del régimen, impulsó una intensa industrialización que contradecía la realidad económica de un país cuyo suelo agrícola es el más fértil del planeta. No sólo los excesos de la demagogia peronista, sino la paulatina destrucción de la economía, inspiraron la revolución que alejó a Perón del poder.

La magnificencia con que trató a ciertos sectores del trabajo le consiguió gran número de fervorosos partidarios, que le han sido fieles durante el exilio y que todavía sufren los efectos del misticismo creado por Eva Perón.

Esta situación divide totalmente a la Argentina, y Frondizi se encontró ante un terrible dilema: si rechazaba la colaboración peronista, abriría un nuevo período de terrorismo y de subversión como el que hubo de soportar el presidente provisional, Aramburu; y si la aceptaba, esta colaboración acabaría por asfixiarlo y dominarlo.

Naturalmente, el comunismo realiza los más dili-

gentes esfuerzos para profundizar estas dificultades. Sus numerarios son importantes, y además, su dirección ha sido encomendada a políticos y agitadores realmente hábiles, que han logrado mantener una inquebrantable posición. Aparentemente, Perón perseguía al comunismo durante su gobierno; pero mantenía relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y celebró con ella numerosos convenios comerciales, en los cuales predominó la mala fe que es virtud marxista. Bajo el régimen de Frondizi el comunismo argentino incita, excita y exalta a los cuantiosos efectivos peronistas, porque ha depositado en ellos la misión de intensificar la discordia y complicar la normalidad de la vida argentina.

Esta incitación forma parte de un verdadero plan de batalla, sinuoso y maligno, que parte del apoderamiento de los sindicatos peronistas por el comunismo mediante una acción sutil. Persuadidos de que su agitación contribuye a sostener el prestigio de Perón, los dirigentes peronistas incitan a la huelga, a la destrucción, a la invivencia y al desorden que necesita el comunismo para disolver las fuerzas activas y tomar posesión.

En los últimos meses de 1958 se realizó una serie de huelgas, algunas por motivos triviales y todas violentas y sanguinarias, que trajeron hondas perturbaciones en la vida nacional. La invivencia ha producido un alza desmesurada en el costo de la vida, y este aumento se convierte, a su vez, en una poderosa herramienta destructiva.

En agosto la policía allanó una residencia en los suburbios de Buenos Aires, donde funcionaba una escuela de adoctrinamiento marxista y de práctica comunista, a la cual concurrían alumnos de distintos países de América. Encontráronse importantes documentos, que comprueban los grandes avances logrados en los últimos tiempos por el comunismo en los países del sur.

Las campañas de propaganda con aspecto cultural se intensifican continuamente y en Buenos Aires y otras

ciudades argentinas funcionan más de diez centros donde se proyectan películas soviéticas, se pronuncian conferencias y se imparten instrucciones para la lucha, al propio tiempo que una gran publicidad, representada por dieciséis publicaciones eventuales y un diario, contribuye a mantener encendida la violencia y el desorden.

A fines de octubre el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos presentó un informe, publicado en el boletín del Foreign Agricultural Service, cuyos datos demuestran el alto grado de penetración económica que han logrado las naciones soviéticas en la Argentina. Algunos datos de este informe son los siguientes:

El convenio polaco-argentino, firmado en mayo de 1958, estipula la importación por Argentina de carbón polaco hasta un máximo de 2.000.000 de toneladas.

Polonia contribuirá también a financiar la compra por Argentina de maquinarias para fábricas industriales. A su vez la Argentina exportará a Polonia quebracho, cueros, lana y aceite de lino, y tratará de ampliar el intercambio introduciendo nuevos productos de exportación.

En 1957, según el boletín mencionado, la Argentina importó cerca de 100.000 toneladas de carbón polaco valuadas en 3.100.000 dólares, además de productos químicos, silicio, hierro y madera de roble.

Las exportaciones argentinas a Polonia en 1957 tuvieron un valor de 7.600.000 dólares, de los cuales 2.500.000 correspondieron a cueros y 3.200.000 a lanas.

El convenio argentino-búlgaro firmado en marzo de 1958 dispone un intercambio comercial por valor de 3.000.000 de dólares por cada una de las partes.

El Foreign Agricultural Service sigue diciendo que Bulgaria exporta a la Argentina maderas, abonos, productos químicos, carbón, maquinarias, herramientas, en tanto que Argentina vende a Bulgaria cueros, lanas, aceite de lino y tanino.

El convenio argentino-rumano, firmado en enero de

1958, dispone la exportación por Rumania a la Argentina de equipos para perforaciones de pozos de petróleo, maquinaria industrial, productos de petróleo, maderas, papel de diario y productos químicos a cambio de cueros, lanas, alfombras de lana, aceites comestibles, aceite de lino y carne y pescado en conserva.

El 21 de agosto del mismo año Argentina y Rumania firmaron un protocolo, para continuar el intercambio de artículos industriales de Alemania Oriental por productos agrícolas argentinos.

Finalmente informa que a fines de agosto partió de Buenos Aires una misión comercial argentina para discutir un ofrecimiento soviético de suministrar equipo petrolero por cien millones de dólares.

La vertiginosa caída del peso de veinticinco a setenta y cinco por dólar en menos de un año, la reducción de todas las actividades productivas, la intensidad de los problemas políticos, el desorden económico y social imperante son circunstancias que van agudizando sin cesar la descomposición interna, y echan a la nación un poco más cada día en los pérfidos brazos del comunismo.

Bolivia

Ningún país americano ha caído tan hondamente dentro de la vorágine de la bancarrota como **Bolivia**. El imperio estanífero de Simón Patiño y de sus sucesores, compartido con otros tres o cuatro magnates internacionales como Aramayo y Hochschild, mantuvo postrada la economía nacional, esclavizados a los nativos y encenagada en corrupción y soborno la administración pública. El partido denominado Movimiento Nacionalista Revolucionario, que partía de un programa de nacionalización del estaño, única fuente productora de divisas, logró organizar en 1952 una revolución triunfante cuan-

do los amos del estaño y sus dóciles agentes en el gobierno desconocieron la victoria electoral del líder Víctor Paz Estenssoro, el cual llegó al poder en brazos de las inmensas peonadas mineras, y cumplió su propósito respecto del blanco metal.

La aplicación de su programa tropezó con obstáculos insuperables. El metal nacionalizado no encontró fáciles mercados ni precios halagadores. La miseria y el desempleo se acrecentaron. El comunismo, que había cooperado a la revolución de 1952, atizando la lucha por la recuperación del estaño, aprovechó el desastre que provino de las limitaciones del comercio estanífero, cuya magnitud puede juzgarse por la caída del peso boliviano a más de 10.000 por dólar, para incitar a la revuelta y para soliviantar a los obreros. Su éxito llegó hasta provocar la división del Movimiento Nacionalista Revolucionario, en una fracción extremista encabezada por el líder sindicalista Juan Lechín, y otra moderada, representada por el Presidente Hernán Siles Suazo, sucesor de Paz Estenssoro, y al mismo tiempo que esta división se profundiza, la angustia social adquiere un aspecto cada día más dramático y agónico, porque la miseria se agudiza continuamente.

En septiembre de 1958 el Ministro de Relaciones Exteriores, Víctor Andrade, formuló en Washington acusaciones concretas contra los países soviéticos por haber organizado el "dumping" o sea la supersaturación de los mercados del estaño y otros metales con el fin de producir el colapso de los productores latinoamericanos. Para Bolivia, tal agresión económica ha sido decisiva, por cuanto el estaño suministra más del 80 por ciento de sus divisas. El Ministro considera que una ayuda eventual de los Estados Unidos, presentada como resultado de un cambio de la política adelantada por Washington, llegaría tarde y no alcanzaría a solucionar sino en parte el tenebroso problema.

Otro funcionario boliviano declaró que la situación

del estaño a fines de 1958 implicaba la clausura de las minas y por consiguiente, el desempleo casi total, y confirmó la certidumbre de que la supresión de los mercados y el ínfimo precio del metal son obra del "dumping" comunista. "La alternativa es el desorden y la violencia", concluyó.

Mientras los Estados Unidos decidían si ayudaban o no a Bolivia, la Cámara de Diputados de La Paz autorizaba al Gobierno, en octubre, a procurar el establecimiento de relaciones diplomáticas con el Soviet. Esta medida, presentada como el resultado de una política realista, encaminada a tratar directamente con Rusia el tremendo problema del estaño y a obtener algunas concesiones del poderoso enemigo, constituye una aparatosa victoria del comunismo, porque dada la importancia fundamental del blanco mineral en la vida boliviana, cualquier convenio implicaría una colocación en la órbita económica.

En suma, Bolivia es un típico ejemplo de las tremendas contradicciones que presenta el mundo contemporáneo. Su riqueza mineral, que contiene las más inagotables reservas estaníferas del mundo, ha conducido a su población a un indescriptible estado de indigencia y de atraso, porque todas las actividades nacionales se han encaminado hacia la extracción del "metal del diablo", como lo llamó uno de sus literatos, y a abandonar totalmente la agricultura, siendo así que tanto los altiplanos y las punas bolivianas como las inmensas extensiones en la vertiente oriental de la cordillera de los Andes, donde selvas milenarias cubren un suelo de gran fertilidad, podrían ser verdaderos emporios de riqueza agrícola y pecuaria. Pero todas las circunstancias en que se ha movido la vida boliviana han imposibilitado este desarrollo. La inestabilidad política; el monopolio estanífero en manos de tres o cuatro magnates que no le dieron jamás ni un centavo al país y supieron esclavizarlo; la concentración de la población en torno de las regiones

mineras; la obsesión de las divisas como base de toda actividad y con desprecio de la realidad creativa; la inexistencia de transportes y los escándalos financieros que han resultado de diversas tentativas de ferrocarriles, son algunas de las causas que han hundido al país en la monoproducción y han establecido el imperio del hambre en medio de millones de hectáreas improductivas y abandonadas.

Sin embargo, la honda miseria que aflije al pueblo boliviano como consecuencia de esta represalia y de la absoluta monoproducción minera y que es un factor determinante de una inminente victoria comunista total, queda compensada en cierto modo por la índole del indio, refugiado en sus altas punas, aferrado a sus tradiciones, indolente, fatalista, indócil e introvertido, y por lo tanto profundamente individualista, circunstancias que pueden constituir un obstáculo contra los fines siniestros del comunismo.

Naturalmente, en esta brevísima inspección se han omitido detalles, especificaciones e informes que prolongarían la exposición. Sólo hemos tratado de mostrar un rápido panorama. Podríamos aún referirnos al **Perú**, salvado del inmenso peligro aprista por la eficaz intervención del General Odría, y hundido también en una serie de problemas económicos y sociales de cuya magnitud puede dar idea la brutal agresividad empleada en mayo de 1958 contra el Vicepresidente Nixon, de los Estados Unidos; y a **Panamá**, donde triviales pretextos infantiles han introducido el fermento del desorden, y cuyas circunstancias especiales son altamente propicias a la penetración comunista, que se obstina en agitar un espíritu nacionalista y reivindicador con el ejemplo de Suez.

Por sintética que sea, esta ligera descripción sirve

para comprobar la obra corrosiva llevada a cabo por el comunismo en nuestra América. Por todas partes el conflicto, la inestabilidad, la miseria, la ruina, la violencia, el asesinato, la conspiración. El ambiente moral está pervertido por el odio, la discordia y la agresión, y los problemas económicos internos e internacionales, obra también del comunismo en sus disturbios a escala universal, agudizan la inquietud y precipitan la disolución.

Solamente una suma prudencia unida a una irreductible energía, un alto sentido de la realidad económica y social de nuestros países, no sujeto a ajenos criterios, sino atento a la íntima conveniencia popular, una acción conjunta no atenida a influencias interesadas en moldear nuestra existencia, sino con espíritu de soberanía, y una revisión y una purificación de las ideologías políticas podrán eliminar la carcoma sutil que, con poderosas ayudas internas, está socavando los cimientos de la civilización y de la cultura en todos nuestros países.

Como una confirmación del progreso realizado en los últimos tiempos por el comunismo en la América Latina y de las operaciones contenidas en las precedentes páginas, el diario financiero "Wall Street Journal", en su edición del 20 de noviembre de 1958, publicó una información de su redactor Joseph Guilfoyle, fechada en Montevideo, bajo los varios títulos y subtítulos de "Galanteando a los Latinos"; "Los rojos ofrecen más ayuda comercial a Sudamérica y encuentran creciente aceptación"; "El bloque soviético compra ya el 26 por ciento de la lana uruguaya"; "La Argentina obtiene un crédito de $100,000,000"; "Un acicate: la miseria económica de la región".

Afirmando que "el pueblo de Sudamérica, que antes siempre sospechó de los rojos, parece ahora dispues-

to a aceptar sus mercancías y ofertas de ayuda sin discusión", según la declaración de "un preocupado diplomático extranjero", el periodista cita los siguientes hechos causantes de la preocupación del diplomático: un trueque de 20,000 sacos de café del Brasil por 60,000 toneladas de petróleo; exportaciones uruguayas al bloque soviético por valor de $14,500,000 en el primer semestre de este año; el crédito soviético de $100,000,000 a Argentina para comprar equipo petrolero en Rusia; una oferta hecha de compra al Perú de plomo y zinc de superproducción; y creciente actividad cultural y de propaganda comunista en Sudamérica.

Dice la información que "quizá más importante en la campaña comercial comunista es el hecho de que están labrando terreno fértil" por la situación económica de muchos países sudamericanos, entre los que cita a "Brasil, Uruguay, Argentina, Bolivia, por ejemplo, que están en hondas dificultades económicas".

Guilfoyle dice que esta actividad soviética "tiende a hacer a algunas naciones latinoamericanas depender más de los rojos" y que "las crecientes compras latinoamericanas vienen acompañadas de reducciones de compras a los Estados Unidos en muchos casos".

Uno de los países que han aumentado acentuadamente su comercio con los comunistas en 1958 es el Uruguay, según el artículo, que prosigue: "en el primer semestre de este año sus exportaciones al bloque soviético aumentaron en $14,5 millones, frente a 6,9 millones en igual período del año pasado y 12,000,000 en todo 1957. Las transacciones de este año representaron el 19,9 por ciento de sus exportaciones totales, frente al ocho por ciento el año pasado. Y las importaciones procedentes del bloque aumentaron en un 39 por ciento sobre 1957".

Respecto a la disminución del comercio uruguayo con sus clientes tradicionales, informa que "en los primeros seis meses de 1958 sus exportaciones a los Estados

Unidos tuvieron un descenso del 53,3 por ciento desde un año antes, los embarques al Brasil bajaron un 95 por ciento, y a Holanda e Italia un 60,2 y un 53 respectivamente".

El articulista ve en Montevideo pruebas palpables de los resultados de esta desviación del comercio, con periódicos impresos en papel de Alemania Oriental, Rusia y Polonia; cámaras fotográficas rusas, pianos, máquinas de escribir y vajilla de Alemania Oriental, etc.

"En Brasil —declara— un creciente número de prominentes hombres de negocios que proclaman sonoramente su amistad por los Estados Unidos están adoptando el criterio de que no hay nada malo en el aumento del comercio con Rusia, y un fabricante de Río afirma: creo que éso hará bien al país. Hasta la prensa anticomunista brasileña, habitualmente la primera en prevenir el peligro de permitir al oso ruso poner su garra en la puerta, no levantó una voz contra el reciente negocio de petróleo. Y las propuestas rusas de reanudar las relaciones diplomáticas entre ambos países no han provocado un solo escarceo entre el pueblo en general".

Afirma que la apatía pública alienta al Gobierno a procurar el aumento de los tratos con el bloque soviético. Por ejemplo, el embajador brasileño en Gran Bretaña, Assis de Chateaubriand, fué a Praga el mes pasado para tratar cuestiones comerciales, pues Checoslovaquia quiere incrementar al comercio ante ambos países, de los presentes $20,000,000 anuales a 100 millones. Ahora Alemania Oriental también quiere abrir una oficina comercial en Río antes de fin de año para facilitar las operaciones.

Mencionaba también como "más sorprendente la expansión del comercio comunista con Argentina este año". El aumento de las exportaciones del bloque a dicho país en el primer semestre fué de un 225 por ciento, con un total de $24,977,000 frente a $7,677,000 el año pasado, y aunque las exportaciones argentinas al bloque

no aumentaron tanto, sin embargo, fueron un 39 por ciento mayores que en 1957.

Para terminar su artículo el corresponsal dice: "aunque Brasil, Argentina y Uruguay, por el momento, son los objetivos principales de la ofensiva comercial de los rojos, los comunistas están galanteando, aunque menos fervorosamente, a otras naciones sudamericanas". Y cita en apoyo de esta afirmación, transacciones con Chile y Colombia, el rechazo de repetidas ofertas por el Ecuador, y pequeños negocios con Paraguay, Venezuela, Perú y Bolivia.

Cree Guilfoyle que Montevideo ha reemplazado a México como cuartel general de la propaganda comunista en Sudamérica, lo que apoya en diversos hechos, entre ellos la afluencia de películas comunistas a Montevideo, la continua celebración de Congresos procomunistas y la inmensa distribución de material impreso

XXI

UN PUEBLO INMUNIZADO

Frente al desolado panorama político, social y económico que presenta la América Latina, hundida en conflictos, en indigencias, en problemas insolubles que afectan su existencia, la República Dominicana se levanta como un bastión inconmovible ante las tormentas desencadenadas por el comunismo. El gérmen de todos los desastres no pudo penetrar en su organismo, sino en la forma pasajera e infructuosa que dejamos relatada en otro capítulo; pero las medidas profilácticas y previsoras oportunamente adoptadas por el Generalísimo Trujillo y por su gobierno evitaron la infección antes de que se hubiera arraigado. Desde entonces se han tratado de crear coaliciones adversarias, se han extremado las fuerzas habituales de la calumnia, del desprestigio o de la difamación, se han empleado métodos ingeniosos para asediar la fortaleza. El comunismo ha movilizado todos sus equipos y sus disponibilidades, visibles o invisibles, directas o sinuosas, de ímpetu combativo o de apariencia ecuánime, contra el pequeño país impávido. Ha em-

pleado múltiples recursos: la publicidad de una prensa cómplice esparcida por todo el Continente y congregada en la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) que ha usado en balde todas las insidias; la provocación de debates parlamentarios en congresos y asambleas extranjeras; las tentativas de bloqueo económico o comercial; la argumentación aparatosa de una literatura de oropel con pretextos ideológicos y doctrinarios; la compra de traidores; la deformación sistemática de todas las realidades económicas, sociales y espirituales del inexpugnable país; la agresión armada y la invasión militar. Todo ha sido empleado con el idéntico resultado de fracaso. La República Dominicana avanza impasible en su ruta de grandeza y se ofrece al mundo como un ejemplo de invencible resistencia ante el asalto de las sanguinarias fuerzas que han logrado formidables victorias en toda la extensión de los cinco continentes.

La más elemental observación del estado en que se debaten actualmente casi todos los países de la América Latina y de los problemas que los abruman, destaca, como en un relieve heroico, la situación excepcional de la República Dominicana. En casi todas partes la inestabilidad política revienta en revoluciones sangrientas, en derrocamientos, en exaltaciones transitorias, que impiden la continuidad de cualquier plan progresista. Los partidos luchan ferozmente entre sí y esta beligerancia consume la mejor parte de las energías nacionales, destruye las fuentes de riqueza y desvirtúa las actitudes colectivas. En cambio, en la República Dominicana, una solidez institucional no afectada próxima ni remotamente por peligro alguno, respaldada por la unanimidad de la opinión pública, unifica en un solo haz la potencialidad del pueblo y al garantizar la seguridad y la paz, fortalece las potencias del espíritu nacional.

Casi todos nuestros pueblos están abocados a la bancarrota financiera. El valor de sus monedas disminuye continuamente, los productos de exportación pierden

sus mercados, el crédito público se desploma, la organización económica es viciosa y está fundada sobre la defensa de intereses privados, cuando no sobre la especulación y el engaño, y el precio de los artículos de primera necesidad hace inaccesibles múltiples elementos indispensables a la gran mayoría de la población. El desequilibrio del comercio exterior reduce la disponibilidad de divisas y afecta muchos órdenes de la vida nacional, desde el simple confort hasta las proporciones de la industrialización, desde la actividad productora hasta la capacidad del transporte.

Sólo la economía dominicana está libre de tanto desbarajuste. Su sistema, fundado sobre el método y sobre el aprovechamiento práctico de todos los elementos de riqueza, presenta la solidez de una pirámide. El peso, en paridad con el dólar, está respaldado de manera inconmovible, sin que ningún factor pueda afectarlo en el futuro, lo cual confiere densidad y permanencia a los capitales, que en otros países se disuelven en la desvalorización monetaria. La diversificación de la producción y el realismo de la estructura financiera permiten un superávit de divisas que en 1957 fue de cuarenta millones de dólares, lo que representa la perspectiva de un progreso creciente, extendido a todos los órdenes de la vida nacional. La economía dominicana no podrá, pues, ser afectada por los factores que han sumido a otros países en dificultades de las cuales no podrán reponerse en mucho tiempo.

Los conflictos sociales, atizados por el comunismo, fomentan el odio entre las clases, se hacen insolubles y acentúan la miseria. En muchas partes, la clase trabajadora, engañada por una legislación demagógica que parece protegerla, pero que en realidad sólo profundiza su ruina y su abyección, puesto que ha sido inspirada por el comunismo en su propósito de crear elementos de desorden, está siempre abocada al desempleo, al hambre y a la brutalidad de las represiones. El obrero domi-

nicano disfruta de garantías positivas que, al asegurar su bienestar y la satisfacción de sus necesidades, protegen su dignidad y lo hacen impermeable a las sugerencias de cualquier tendencia subversiva, por el simple motivo de que está contento en su condición. Y como en la legislación laboral no influyen la parcialidad ni el alarde, sino que está inspirada en la justicia y la equidad, el capital tampoco está recargado con compromisos que lo asfixian y lo reducen, como ocurre cuando sólo se trata de desarticular la vida colectiva.

El privilegio, proveniente de la intriga política, del prejuicio, de la riqueza o del linaje, establece en casi todos los países americanos prácticas de desigualdad y de injusticia que centralizan los bienes y el mando en unas cuantas manos, despojan de oportunidades a la inmensa mayoría y crean un ambiente de descontento, propicio a la penetración comunista. La ley dominicana cobija con incorruptible igualdad a todos los ciudadanos, y ninguna posición ni preeminencia establece diferencias o produce excepciones. Hasta los más humildes se sienten amparados por su condición ciudadana y esto elimina el odio y el resentimiento sociales.

En casi todas partes predomina, bajo la inspiración de la injusticia, la farsa ideológica de doctrinas no profesadas sinceramente, sino acondicionadas para la explotación de los humildes y el provecho personal de algunos grupos privilegiados. Esta ficción separa al hombre de sus responsabilidades sociales y lo coloca en una ínsula de egolatría. En cambio, el ciudadano dominicano se siente vinculado a la sociedad en que vive y ligado a ella por deberes y derechos tan sagrados los unos como los otros, de lo cual provienen el sentimiento de colaboración y de solidaridad en todas las expresiones vitales, desde el trabajo hasta la cultura, desde el desarrollo urbano hasta la asistencia social. La práctica de esta solidaridad conduce a una elevación de los valores humanos que le da forma y contenido al progreso y que ex-

tiende los beneficios de éste por todas las capas del estrato social.

La vida dominicana, pues, aún observada con una apreciación de conjunto, presenta un vistoso contraste con las penosas circunstancias en que se desenvuelven casi todos los países americanos. Libre de influencias disolventes, protegida por las garantías permanentes de la paz y del orden, organizada en una estructura que administra los esfuerzos personales para engranarlos en la obra común, vigorosamente asentada sobre la realidad y no sobre utopías deleznables, la vida dominicana se desenvuelve dentro de un ritmo ejemplar de seguridad y de progreso, de armonía y de fraternidad ciudadana.

Esta posición excepcional, de tan pronunciados relieves, es la obra de un solo hombre, de un genio de la previsión y de la energía, que todo lo concibió y todo lo llevó a cabo, obteniendo energías insospechadas del material humano y físico de que podía disponer y logrando la transformación de estos mismos materiales mediante la inmunización contra el nocivo morbo marxista. Por desgracia, constructores de nacionalidades del calibre y de la grandeza del Generalísimo Trujillo no se prodigan, y si el comunismo ha penetrado tan hondamente en nuestra América, es porque el destino de todos los países ha caído en manos de inteligencias mediocres y de voluntades débiles, sobre las cuales la protéica técnica marxista ha podido influir con el éxito indiscutible que hemos visto.

Trujillo le ha mostrado a la América cómo podría salvar su porvenir. Le ofrece el resultado de su propia experiencia. Le entrega fórmulas y doctrinas ya comprobadas. Le ha denunciado la fuente y el origen de todos los disturbios. Y si el proceso de descomposición sistemática sigue su marcha, es porque se han desoído las advertencias de la prudencia, de la previsión y de la sensatez, porque se abandonan o malversan los elementos defensivos, porque solapados intereses acentúan la discordia y porque la malignidad y la falacia de políticos y

publicistas desfiguran la tremenda realidad de la hora, y encubren con espejismos el peligro que circunda a los pueblos. Y si no se adoptan medidas profilácticas, si los pueblos no se libertan de desleales conductores, si no fortalecen la defensa de sus valores esenciales, habría que admitir que ha sonado la hora del juicio final para la cultura americana, corroída y devorada por el despiadado bacilo de Marx.

APENDICE

I

Estando y ya en prensa este libro fue publicado un "Informe sobre Venezuela", preparado con abundante e insospechable documentación por John A. Clements Associates, en el cual se describe el grado de perfección y de sutileza que ha alcanzado la técnica de la infiltración comunista en la América del Sur. En uno de sus capítulos reproduce parte de las conversaciones sostenidas por algunos dirigentes del marxismo con uno de sus agentes más calificados, después vuelto a la realidad, el peruano Eudocio Ravines, el cual las denunció en su libro "El Camino de Yenán", publicado en 1951. Como esas conversaciones constituyen una verdadera reglamentación de los métodos de aprovechamiento de las debilidades propias de nuestros países para perturbar su organización, y como la práctica está demostrando la habilidad y la destreza con que se han aplicado, consideramos oportuno traer a estas páginas algunos de sus párrafos, para la mejor ilustración de lo escrito anteriormente.

Uno de los más altos jefes del Comintern, George Dimitrov, secretario general del partido comunista búl-

garo, le explicaba al agente peruano los métodos de utilizar la acción no sólo de los comunistas convencidos, sino de los vacilantes, de los indiferentes o de los tolerantes, con las siguientes palabras:

"A medida que vaya aumentando el poderío soviético, en todas partes habrá mayor aversión hacia los partidos comunistas. Por lo tanto, debemos practicar la técnica de la retirada. No os presentéis nunca en primer plano; dejad que nuestros amigos ejecuten la tarea. Siempre debemos recordar que un simpatizador generalmente vale más que una docena de comunistas militantes. Un profesor de universidad, que sin ser miembro del partido se presta al fomento de los intereses de la Unión Soviética, vale más que cien miembros inscritos en el partido. Un escritor famoso, o un general retirado, valen más que quinientos pobres diablos que no saben más que hacerse aporrear por la policía. Todo hombre tiene su propio valor, su mérito propio. El escritor que, sin ser miembro del partido, defiende la Unión Soviética, el jefe de sindicato que no pertenece a nuestras filas, pero que defiende la política internacional soviética, vale más que mil miembros del partido.

"Los que no son miembros del partido o señalados como comunistas disfrutan de mayor libertad de acción. Esta actividad disimulada, que no provoca resistencia alguna, es mucho más eficaz que un ataque frontal comunista. El partido comunista en el mundo entero debe aprenderse la lección de la guerra civil española, en la que se comprobó la eficacia de la quinta columna. Nuestros amigos deben confundir al adversario por nosotros, cumplir nuestras órdenes principales, movilizar a favor de nuestras campañas a aquellas personas que no piensan como nosotros y hasta a quienes nunca podríamos llegar. En esta táctica debemos emplear a todo aquel que se acerque a nosotros. Y su número crece cada día. Particularmente, debemos utilizar a los políticos ambiciosos necesitados de respaldo, hombres que quieren su-

bir y carecen de peldaños, que quieren figurar en primer plano y que se dan cuenta de que nosotros los comunistas podemos trazarles el sendero, darles publicidad y proporcionarles una escalera.

"Hay miles de personas —más tarde serán millones— a quienes podemos atraer y domesticar. La aplicación de las tácticas del Frente Popular ha demostrado que es mucho más fácil de lo que creíamos el domesticar a la clase media inferior y aun a unos cuantos de la clase media superior y lograr que nos sigan dócilmente. ¡Hay tantas personas amargadas, llenas de protestas contra algo, presa de esperanzas frustradas! Ansían algo sin saber qué, pero algo nuevo, emotivo, preñado de esperanzas. Hay miles que no saben a qué atenerse o qué quieren, pero que anhelan de todos modos un cambio de postura".

Otro alto funcionario comunista, Dimitri Manuilsky, predecesor de Dimitrov en el Comintern, también en conversación con Ravines, poco después de que el gobierno de Frente Popular, presidido por Aguirre Cerda, hubiera planteado la destrucción de la economía chilena con los desorbitados compromisos sociales adquiridos por el Estado, los cuales, como dijimos oprtunamente, absorben la totalidad de los recursos fiscales y producen un déficit anual que va en constante aumento, expresaba así sus intenciones:

"Debemos llegar más lejos de lo que lo hicimos en Chile. Tenemos necesidad de explotar la codicia de los políticos de izquierda todavía más, o bien, para nuestros fines, la de cualquier político con quien podamos trabajar. Esos hombres venderán su alma al diablo. Y nosotros compramos almas. Hay muchos generales ambiciosos en la América Latina que están dispuestos a darnos senadurías, curules en la Cámara de Diputados, alcaldías, a nombrar a nuestros camaradas consejeros de Seguro Social, de programas de viviendas baratas, de comisiones de arbitraje de Trabajo, a cambio de que los

comunistas se abstengan de atacarlos o de censurar elogiosamente a los trabajadores. No sólo debemos tratar con el general en el poder, camaradas, sino que, también, debemos negociar con él. Debemos tratar de obtener las ventajas máximas, pequeños y grandes beneficios, de nuestra cooperación".

Los dirigentes chinos, que acabarían por tomar el poder y establecer la hegemonía comunista sobre el Asia, fueron igualmente expresivos en sus instrucciones a Ravines y demostraban la penetrante investigación que el comunismo había realizado de las intimidades psicológicas, económicas y políticas de la América Latina. Según la cita a que nos referimos, el famoso Li Li Siang, uno de los más destacados lugartenientes de Mao Tse Tung, se refería al aporte que representaba para la difusión comunista el miedo al absolutismo nazi-fascista y decía:

"Pero no es sólo el temor de perder la libertad lo que abre un camino ante nosotros. Podemos explotar la ambición de miles de políticos de todas las estaturas, que han surgido de la pequeña burguesía, tanto urbana como rural, hombres que no pueden llegar a altas posiciones, no tan bien apropiadas a sus aptitudes como conformes a sus ambiciones. Si nosotros los comunistas, con las grandes o pequeñas fuerzas a nuestra disposición, ofrecemos nuestro apoyo a esos políticos, ellos vendrán a nuestro campo, no como miembros inscritos de nuestro partido, que no sería conveniente ni para ellos ni para nosotros, sino como servidores. Servidores de la conveniencia. Les será ventajoso servirnos. Los retribuiremos siempre mucho mejor de lo que lo harían los propios partidos de ellos, o los sectores en que operan.

"De este modo nos hemos ganado cientos de oficiales del Ejército de Chiang Kai-Shek. El soldado chino es ambicioso. Está sediento de poder, en una forma en que no lo está el soldado europeo, y sediento de riqueza, comodidades y lujos también. Hay generales en el Ejército

de Chiang que son pobres y obscuros provincianos. De no haber ingresado en el Ejército, habrían sido empleados de tribunales, dueños de ganado mular, o bien, a lo mejor, maestros de escuela rural. Y lo que más anhelan es salir de su mediocre ambiente económico para hacerse ricos, poderosos y afortunados.

"Sirviendo las ambiciones de esos generales, poniéndonos a menudo al servicio de esos jefes guerreros, nosotros los comunistas hemos obtenido ventajas y posiciones que nunca hubiéramos logrado combatiendo. La lucha de las masas no conduce siempre a la victoria política. Con frecuencia, aquellos procedimientos que parecen los de la serpiente, consiguen triunfos mayores y más permanentes. El talento del comunista está en saber cómo sacar partido de ellos".

Por su parte, Mao Tse Tung fue más expresivo. Reproduce así Ravines, según el "Informe", los puntos de vista del amo actual de la China soviética y los procedimientos que aconsejó desde hace mucho tiempo para aprovechar insospechables auxiliares del comunismo:

"El mayor talento en este trabajo, camarada, está en no ser nunca socio del fracaso. No defender nunca al débil, aun cuando tenga razón. No atacar nunca al saqueador del tesoro si es dueño de una gran fortaleza. Podría aplastarte y de nada sirve ser mártir.

"Nuestra experiencia, la experiencia del Camino de Yenán, es ésta: las personas tales como los médicos, los generales, los dentistas, los alcaldes de pueblos, los abogados que no poseen riqueza, no aman al poder por sí mismo, y mucho menos por el bien que puedan hacer con él. Lo quieren por la riqueza que puede proporcionar. En cuanto consiguen el poder, comienzan, como Napoleón, a pedir dinero y más dinero. ¡Métete eso en la cabeza, camarada! Si ayudamos a esa gente, si nos convertimos en escalera para ella porque nos conviene, sería entonces absurdo que les paralizáramos las manos, les cosiéramos los bolsillos o contuviéramos su codicia.

Si lo hiciéramos, ellos se volverían contra nosotros y tratarían de aplastarnos. Eso fue lo que ocurrió con Chiang en 1927: tratamos de jugar a los moralizadores y él desencadenó todo su poder contra nosotros.

"Dejemos que se enriquezcan hoy. Podemos expropiar todo muy pronto. Mientras más ayuda reciban de nosotros en su pillaje, más posiciones nos dejarán ellos tomar y ocupar. Ellos nos ayudarán a capturarlas y aun a extenderlas. Naturalmente, hay dos cosas importantes que recordar. No participar nunca en ningún fraude ni pillaje, lo que es más difícil de lo que podría uno pensar; y realizar tu cooperación sin que la gente lo sepa, sin dejar de ello prueba alguna que puedan hallar tus enemigos. Esto, claro, encanta a tus amigos ladrones, pues tu integridad les deja más para repartir entre un número mayor de compañeros malhechores.

"He aquí dos cosas. La primera es que este hombrecito, este comunista que, gracias a nuestras combinaciones, es elegido administrador o consejero municipal, encontrará la vía más expedita cuando el partido quiera elegir un diputado o conquistar la alcaldía. El público entonces no elegirá al radical, sino al comunista. El fin sigue siendo el mismo; el medio cambia de acuerdo con nuestro poderío. Este método parece más lento, pero es, en realidad, más rápido y más seguro. Tal es el primer punto.

"Ahora, el segundo. Cualquier persona que reciba nuestro respaldo y no cumpla su parte del contrato debe pasar a ser el blanco de un ataque frontal de implacable ferocidad. Basta trazar un ejemplo con uno. Tan pronto como vean que podemos cerrarle el paso a un hombre, que tenemos el poder de destruirlo totalmente, al resto le dará miedo abstenerse de cooperar con nosotros. Nosotros los comunistas nunca hemos pesado bastante ese miedo. No sé por qué motivo. El pequeño burgués ambicioso, presa de la fiebre de la codicia, se siente realmente angustiado cuando le asestamos un golpe

fuerte. Hay que destruirlo con todas las armas disponibles hasta dejarlo hecho un miserable guiñapo.

"Debemos capturar a la pequeña burguesía como lo han hecho los nazis. Debemos trabajar no sólo a los políticos que han sido pasados por alto, sino a los médicos encenagados en la mediocridad, a los abogados estancados en sus pequeños medios. Y ello da resultado, déjame decirte, en los estratos de término medio, donde la ambición y la corrupción son el sello del funcionario que va a ser nombrado jefe. Pero, amigo mío, fracasa siempre con los representantes de la clase poderosa, con la gente económicamente próspera. Esta gente piensa en sus propios intereses y ya no codicia riquezas, pues sabe que puede conseguirlas sin nuestra cooperación. Sabe muy bien, igualmente, que la más leve colusión con nosotros podría causarle un daño irreparable.

"Un instrumento de mucha utilidad lo constituye el gran señor que ha perdido todas sus posesiones; la señora o el caballero aristocrático de las más altas esferas sociales que han venido a menos en el mundo. Por muy poco que le ofrezcamos, siempre nos ha de servir con mucho placer. Hará todo lo que se le pide, prestará su valiosa ayuda, y dará lo que para nosotros resultaría casi imposible obtener. Naturalmente, dentro del partido, siempre hay que darle el trato de gran señor.

"Cuando nosotros, los comunistas, ofrecemos el pequeño o el gran poderío de que disponemos en cualquier país, lo que en realidad hacemos es utilizar el prestigio logrado en el mundo por el Comunismo Internacional y la Unión Soviética. Aunque utilicemos la ambición de los ambiciosos, el desinterés de los románticos o las esperanzas de los liberales sobrantes del siglo diecinueve, le sorprendería el número de sectores (exceptuando los más exitosos) en los que nos es posible conseguir que la gente se una a nosotros para llevar a cabo nuestros planes.

"Y es lógico que así sea. Si usted, en nombre del par

tido comunista, propusiese o apoyase la candidatura de un liberal del ala izquierda o de un radical progresivo, tocaría varios puntos sensibles; entre ellos están el evidente desinterés del partido comunista y el sentimentalismo y la ambición del hombre mismo que en muchos casos le da vergüenza demostrar. Por ejemplo, hay cientos de estos hombres a los que jamás se les ha ocurrido ser Presidente de su país. La propuesta comunista le llenará de júbilo, y el resultado natural será que dentro de su círculo, se creará una corriente de simpatía hacia el comunismo. Estos comunistas que tanto dan sin pedir nada, parecerán muy atractivos. Ayudarán a que el nombre del partido sea más popular, y nos protegerán para que el partido tenga algunos de sus miembros en el gobierno.

"Pero es necesario recordar que esta burguesía progresista radical y toda su camarilla del ala izquierda, han de pasar, mientras que el partido se queda. Nosotros somos los eternos, ellos los efímeros. Los tronos tambalean, pero la Iglesia se mantiene firme".

—Creo —dijo Ravines a Mao— que el Camino de Yenán contempla para nosotros una totalmente nueva política. Si mal no le entiendo, va más allá de los estrictos límites de la clase trabajadora, de los campesinos pobres y de los más pobres de la clase media. Hemos de aventurarnos audazmente en otros campos, mantener clavada nuestra vista en los objetivos que deseamos conquistar, y olvidar todo lo demás; cueste lo que cueste, hemos de conquistar amigos, simpatizantes y criados".

—Eso, sobre todo eso —criados—, contestó Mao Tse Tung. —Personas que nos sirvan, bien por la avaricia, el temor, la inferioridad, la venganza o por cualquier otro motivo, pero que nos sirvan. Que sirvan al partido, que sirvan a los planes del Comintern y que sirvan la causa de la revolución. Mis felicitaciones, joven, se ha dado usted cuenta de la verdadera esencia del Camino de Yenán. Ahora, vaya y aplíquela".

El cuadro de descomposición, de desconfianza y de conflicto que presentan los países de la América Latina, no sólo en su estructura interna, sino en sus relaciones y en el sentido de coperación internacional, constituye una comprobación del acierto con que los comunistas han aplicado estas instrucciones. En todas partes vemos la mediocridad ensalzada, el arrivismo político, la improbidad administrativa de diminutos personajes artificialmente elevados a una u otra formas de poder y que son leales servidores del comunismo.

De ese cuadro sombrío, sólo la República Dominicana ha logrado sustraerse a las influencias disolventes y seguir sus propios caminos, y esta es la causa por la cual su situación general es excepcional en el Continente.

II

Como consecuencia de la Conferencia de Pekín, celebrada en agosto de 1958 entre Nikita Khrushchev y Mao Tse Tung, los planes y las prácticas comunistas en la América Latina han asumido caracteres más específicos. Los propósitos primordiales que inspiran esta acción, además de los habituales de confusionismo y de invivencia, son los siguientes:

a.— Intensificar la lucha para destruir la influencia de los Estados Unidos y sus posiciones económicas y políticas, con pretextos de anti-imperialismo.

b).— Envenenar las relaciones entre los Estados Unidos y las Repúblicas Latinoamericanas, y acentuar las diferencias y controversias entre éstas, principalmente por razones de su organización interna.

c-.— Estimular las corrientes nacionalistas, desviándolas hacia la propaganda de la doctrina marxista, del espíritu revolucionario y de la lucha religiosa.

La organización de esta campaña, su planteamiento y dirección se encuentran centralizados en la División Extranjera del Partido Comunista Soviético, la cual actúa por los siguientes conductos:

a).— Los partidos comunistas nacionales.

b.— Las organizaciones auxiliares con nombres simulados para luchar por la paz o por otro ideal ficticio, que les permita atraer simpatías.

c).— Las redes de agentes que obran con fines definidos dentro o fuera de los partidos comunistas.

d).— Los dirigentes políticos, publicistas e intelectuales no comunistas, cuya actividad debe ser encaminada a acentuar el desorden y la confusión.

La estrategia de la campaña no se limita a las acciones de propaganda, agitación o sabotaje, sino que se extiende a la provocación de conflictos armados, estimulando la pugnacidad política, alimentando las ambiciones de los dirigentes, aconsejando los métodos de insurrección y suministrando, de manera directa o por segunda mano, elementos técnicos y materiales para sostener las revueltas.

Esta estrategia comprende también la intensificación de la influencia sobre la prensa y la publicidad de los diversos países, con el fin de acentuar los recelos y las divisiones existentes entre los ciudadanos y entre los pueblos.

Ya sabemos con qué habilidad y precisión se viene dando cumplimiento al plan de Pekín.

III

Consideramos provechosa la lectura de algunos apartes de un informe oficial rendido en noviembre de 1958 sobre el estado actual de la llamada "guerra fría", cuyas campañas se desarrollan cada día con mayor técnica y más intensidad.

A este informe pertenecen los siguientes datos:

El Estado Mayor soviético nunca entra en acción sin previo estudio pormenorizado del terreno y una preparación perfecta de los medios de acción. Los soviéticos han adquirido en este dominio conocimientos que alcanzan el nivel científico. Esta ciencia se enseña en escuelas especiales donde se reúnen y se estudian todos los datos indispensables a las acciones en cualquiera de los frentes. Estas escuelas especiales forman oficiales, militantes y técnicos, que se reclutan dentro de los países del bloque comunista o en los partidos comunistas extranjeros y, después de 6 meses a 2 años de entrenamiento intenso, son distribuídos entre los diversos sectores del aparato ejecutivo, del cual solamente enumeraremos los principales:

Organizaciones específicamente soviéticas

1— Servicio de espionaje de la U.R.S.S.;
2— Servicio de contraespionaje de la U.R.S.S.;
3— Escuelas del Ejército Rojo para acciones en el extranjero;
4— M.V.D. —División Extranjera de la Policía Secreta;
5— Misiones diplomáticas, comerciales, técnicas y culturales.

Organizaciones oficialmente comunistas

1— Instituto Marx-Engels de Moscú y sus sucursales en el extranjero;
2— Partidos comunistas nacionales;
3— Prensa roja oficial;
4— Socorro rojo.

Organizaciones auxiliares

1— Federación Sindical Mundial (FSM), especialmente los sindicatos marítimos, aeroviarios y metalúrgicos;
2— Unión Democrática de las mujeres;
3— Unión de la Juventud Democrática;
4— Unión de los Estudiantes;
5— Unión Mundial por la Paz;
6— Unión Internacional de los Periodistas;
7— Unión Internacional de los Juristas Democráticos;
8— Unión Internacional de los Escritores;
9— Unión de los hombres de ciencia;
10— Sociedad Soviética para Intercambio Cultural (V.O.K.S.) y sus sucursales;
11— Unión Internacional de los aficionados de radio;
12— Grupo parlamentario comunista en la Unión Interparlamentaria.

Las organizaciones auxiliares internacionales fueron todas concebidas y organizadas por los antiguos Cominform y Comintern, y perfeccionadas por la actual División exranjera del P.C.U.S. Todas ellas fueron creadas de modo que pudiesen penetrar hasta los sectores más diversos de la administración, de las fuerzas armadas y de la sociedad de los diversos países el mundo.

La formación de los cuadros para esas organizaciones y el trabajo educativo, aplicado sistemáticamente en la creación de una fuerza disciplinada y coherente, son objetos del especial cuidado y de una tremenda concentración de recursos materiales e intelectuales.

El servicio de comunicación incumbe a las misiones diplomáticas de un lado, y de otro a la poderosa red radiofónica del bloque comunista, ligada a los "Clubes de radio aficionados revolucionarios".

Recursos financieros y materiales

El imperio soviético chino-comunista dispone, evidentemente, de recursos financieros y de reservas potenciales casi ilimitadas. Una red bancaria propia funciona para subvencionar los gastos de los diversos sectores, utilizando al mismo tiempo un grupo de bancos capitalistas. Por otro lado, las operaciones comerciales las hacen en diversas monedas, lo que sirve muchas veces para proporcionar a los P.C. locales los fondos que necesitan. Por ejemplo, en Italia todas las operaciones comerciales hechas con la Unión Soviética revertieron en beneficio del P.C. italiano. Además de eso, las cotizaciones y colectas de fondos de las organizaciones auxiliares internacionales, y particularmente de la F.S.M. (Federación Sindical Mundial), representan grandes sumas.

Por otra parte, el tráfico de estupefacientes, especialmente intensificado por las organizaciones chinas, representa una valiosa contribución para los cofres de las organizaciones revolucionarias.

Por último, los materiales suministrados por los arsenales de los países comunistas a las organizaciones en el extranjero representan una contribución de gran importancia en lo que se refiere a las armas, explosivos, productos químicos, material sanitario, equipos radiofónicos, impresoras y material de propaganda.

Acción económica

1.—ASPECTO PROPAGANDISTA:— Un porcentaje importante del valor aplicado en la ayuda económica es utilizado para la promoción y publicidad de esta ayuda;

2.—ASPECTO ESTRATEGICO:— El suministro de instalaciones y equipos es planteado de modo que permitan a las misiones comerciales técnicas soviéticas penetrar en los sectores estratégicos de la economía de los países subdesarrollados.

3.—ASPECTO DE DISGREGACION DE LA ECONOMIA DEL MUNDO OCCIDENTAL:— Se caracteriza por la compra de materias primas y de sus excedentes y su lanzamiento a precio bajo en los mercados tradicionales de esos países. Por otra parte, cuando la economía comunista lo permite, lánzanse en el mercado mundial productos a precio tal que desmorona el mercado internacional, como por ejemplo hicieron con el estaño.

La guerra económica está destinada también a provocar en los países occidentales, particularmente en los Estados Unidos, Francia y Alemania, un esfuerzo financiero siempre creciente, que pesa en sus economías sin provecho real para su posición política, porque estos países se muestran incapaces de organizar una **propaganda eficiente** con el objeto de crear amistades y formar un frente unido de las naciones libres.

INDICE

I.—La doctrina de Karl Marx y la estructuración comunista 7

II.—La mística y el imperialismo rusos 17

III.—La propiedad común 25

IV.—El trabajador esclavo 33

V.—La deshumanización del hombre 41

VI.—El propagandista intelectual 49

VII.—La realidad americana y el comunismo... 59

a).— La desigualdad social 64
b).— La imprecisión política 69
c).— Imperialismo y nacionalismo 73
d).— El individualismo 76

VIII.—La primera penetración 83

IX.—La acción inicial del comunismo 93

X.—El desorden y el caos 101

XI.—Infructuosas tentativas de defensa 109

XII.—Depresión y reacción 119

XIII.—Un refuerzo para la infiltración 127

XIV.—La propaganda de la guerra 137

XV.—La innegable victoria soviética 145

XVI.—Los resultados de la propaganda 151

XVII.—Un campeón del anticomunismo 157

XVIII.—La conspiración internacional 165

XIX.—Factores contemporáneos de desconcierto 173

a).— La excesiva industrialización 174
b).— Una teoría de la riqueza 175
c).— Las inversiones oficiales 176
d).— La monoproducción 178
e).— La ayuda económica 180
f).— Una política despectiva 181
g).— La corrupción de la prensa 185

XX.—Los estragos del bacilo de Marx 191

XXI.—Un pueblo inmunizado 229

Apéndice 235

BNPHU

21614-20